

la
Formula
del *Amor*



RAFAEL BELDA ROS

LA

FÓRMULA

DEL

AMOR



Rafael Belda Ros



...Se

escribe con sangre

Copyright © 2014 Rafael Belda Ros
Todos los derechos reservados.
rafaelbeldaros@gmail.com
Obra e ilustraciones: Rafael Belda Ros
Diseño de portada: Rafael Belda Ros
ISBN: 9781790831050

*Al desamor
con mucho
Amor;*

*Al amor, y
a otros alimentos*

AGRADECIMIENTOS

A todo aquel curioso lector que pueda mantener el aliento inalterado hasta el
final de este libro.

A Marina por ser la brújula dirección a mis tesoros: Carla y Daniela.

Un libro escrito con sangre
En un lugar llamado desamor.

Hace no sé cuánto tiempo tus lágrimas ahogaron mi recuerdo; tu viejo, o nuevo amigo te arrolló hacia otros caminos; el viento se llevó en su estela todas nuestras fotos; tu propio cuerpo encerró todas las caricias dadas. Pero ni tus lágrimas, ni tu nuevo amigo, ni el viento, ni siquiera tu propio cuerpo, podrá borrar esta historia surcada con la tinta de mis recuerdos en estas hojas para la eternidad. Por eso, ahora que cuando nos encontramos por ahí no somos más que gente, más extraños que antes de conocernos, podemos reencontrarnos una y otra vez en estas páginas. Quizá fueran la resulta de nuestra extraña historia. No obstante, en estas páginas va mi recuerdo donde quiero para la eternidad su permanencia (ocupa demasiado espacio para llevarlo en mi pecho).

Aunque si no estimas mis palabras lo suficiente, no te molestes en llevar a cabo la lectura, acaba esta página lo antes posible; pues por tú bien y por el mío, para no restaurar la tinta del pasado con mi puño y letra, será mejor así. Será que de veras me has olvidado, o en su defecto habías querido olvidarme. En ese caso, sin más molestia de la que tú habrías expuesto por mí, aquí, en esta página, sin retorno, me despido.

Tal vez siempre te haya ofrecido más importancia de la que alguien como tú merece en realidad; será el foco del objetivo quien te ensalza. No me arrepiento de haberte conocido.

Por otro lado, si este escrito cae de forma aleatoria en cualesquiera otras manos, tal vez seducidas por el título: sepan que La Fórmula Del Amor puede resultar interesante si lo que se busca en su interior no es puramente una fórmula matemática.

En ese caso, tal vez, no la encontrará...

Una ráfaga procedente de la calle de abajo, justo dónde había quedado con Tina, no solamente espoleó su cuerpo, sino, además, agitó todas sus dudas de norte a sur. De principio a fin sucedieron las páginas de aquella obsoleta historia, se recapitaron los capítulos. ¿Era buena idea quedar con ella a estas alturas? En realidad, tal vez no lo fuera. Raúl oscilaba aquietado con la mirada perdida en el trasfondo de su reloj. Después de dos años sin saber de su vida, lo más lógico era recordar si acaso su nombre, Tina, nada más.

Parecía sencillito, pero desde aquel fortuito encuentro hacía apenas tres semanas atrás, una vocecilla embebida bajo el doble forjado de su corazón le inculcaba su mandato cual no era otra cosa que andar quince pasos hacia abajo para culminar el reencuentro. Aquella noche, a pesar de seguir acompañada por el mismo tipo, Tina se había mostrado tan arrepentida que Raúl supuso un cambio en su personalidad. Abierta una grieta en la memoria, su cuerpo fue colmado de esperanza. ¡Maldita y estúpida esperanza!

Ella había despertado a la criatura ubicada en su pecho del forzoso letargo. Por su culpa no hacía otra cosa salvo pensar en ella. Pensaba en la desdichada historia de ambos. Arrimado a la pared, por si acaso ella se cruzaba camino a Sefarad, deseó huir de aquella esquina. Deseaba salir corriendo llevado por el aire a ningún lugar cual cometa de papel. Pero no podía, era demasiado tarde, el peso de su palabra tiraba de la cuerda hacia la calle de abajo. Él había concretado el lugar y la hora con aquel estúpido mensaje a última instancia. Debía presentarse en el sitio sin más preámbulo. No dejarse intimidar por meras contemplaciones.

Entre sus recuerdos visualizó el último encuentro en la discoteca, dónde entre ruido y tumulto apenas pudo escuchar con claridad:

—¿Cómo te va la vida? — le preguntó Raúl.

—Bien, muy bien —su mirada expresaba sorpresa—. Estamos pagando un piso a medias...

—Vaya, me alegro mucho —Raúl ladeó la cabeza—... por ti.

Aún sin agradecerle aquel tono altivo, en su mirada halló una ristra de nostalgia. Su comentario breve abría una gran fisura en sus pensamientos. Deseaba decirle muchas cosas, demasiadas para un lugar donde parecía imposible escuchar siquiera la voz.

—¿Y a ti como te va? —preguntó Tina.

Antes de responder, Raúl conceptuó a quien con las manos en los bolsillos aguardaba pacienzudo tras ella, impasible acerca de quien hablaba con su pareja. En cualquier caso, Raúl tenía absoluta libertad para expresarse ante ella que su amigo no se interpondría entre ellos.

—Simplemente me va.

—¿Sigues teniendo pareja? —preguntó ella colmada de curiosidad.

—Sí, la verdad que estamos muy bien. Estela es maravillosa.

—¡Vamos, Raúl —dijo un amigo que pasaba a su lado camino hacia el servicio—, te estamos esperando!

—Te esperan tus amigos.

—Sí —enmudeció un instante, pues no estaba seguro de si era buena idea decirle la verdad—, esta noche es mi despedida de soltero —de todas formas, pensó, la decisión ya estaba tomada y ella no conseguiría cambiarla—. Me caso dentro de dos semanas.

—Te casas —Tina agachó la cabeza, tras disipar su curiosidad—. Vaya, me alegra ver que lo vuestro va en serio.

—Han pasado dos años, Tina. La vida ha seguido su curso.

Ella sonrió sin retirar los ojos a su encuentro. Parecía extraño, pero de pronto, como antaño, el mundo menguó tanto que solo quedaron ellos dos. En tal caso, decidió deshilvanar la madeja de todos sus reproches depositados durante largo tiempo en lo más recóndito de su alma.

—¿Por qué me hiciste eso?

Ella sabía perfectamente de qué estaba hablando, pero no respondió enseguida, prefería mantener más tiempo la mirada nostálgica.

—Te quería más que a nada en el mundo —prosiguió Raúl—. Eras mi vida. Habría dado cualquier cosa por estar contigo... incluso mi sangre. No sé qué pasó entre nosotros, pero todavía lo llevo conmigo, no consigo enterrarlo para siempre... ¿por qué me hiciste eso?

—Yo... —sus pupilas se dilataron y su corazón se estrechó.

—Todo este tiempo he tratado de evitarte... no quería trastocarte, prefería verte seguir tu camino con cualquier persona sin mi intermisión.

—Lo siento, no sabía lo que quería. Estaba completamente loca. Necesitaba tiempo para recuperar mi —tragó saliva antes de terminar la frase —... esencia. Pero ahora he cambiado, de veras, ya sé lo que quiero... Ahora soy yo.

—¿Y qué quieres? ¿Quién eres?

—Lo nuestro fue amor verdadero. De verdad, lo nuestro fue algo especial. Aunque no lo creas, te llevo en lo más hondo de mi corazón. No creas que he podido olvidarte...

—Yo tampoco —dijo Raúl—. No he podido olvidarte.

Sumidos en la eventualidad más improbable permanecieron unos segundos en silencio. El deseo disfrazado de nostalgia desfilaba ante sus ojos.

—Por cierto, acabé la novela. —añadió Raúl.

—¿De verdad? —Tina se mostró radiante— ¿Me dejarás leerla?

Raúl la miró dubitativo. Después de tanto tiempo, ella no estaba muy en disposición de pedir favores.

—Mándamela por correo a mi casa, sabes donde vivo. Sigo teniendo el mismo número de teléfono, sigo trabajando en el mismo sitio... quiero leerla por favor; me da lo mismo si hablas mal de mí... escribes muy bien.

—No te preocupes, te lo aseguro, tendrás noticias.

—En serio, me muero por leerla.

—Gracias, Tina —irrumpió en su entusiasmo—. Gracias por ser mi musa todo este tiempo. Gracias por regalarme el empeño necesario para escribir día tras día. Por enseñarme y por ser la brújula dirección hacia la fórmula del amor.

Los ojos de Tina cobraron un tinte de nostalgia. Asomaba la gota entre sus ojos que amenazaba con poner el punto y aparte al reencuentro.

—Bueno —dijo Raúl al ver a un invitado acercarse—, tengo que irme, me están esperando para celebrar mi despedida de soltero. En serio, me alegro mucho de verte.

—Yo también me alegro —dijo contrastando con una sonrisa entristecida—. Prométeme que no dejarás nunca de escribir. Me lo tienes que prometer.

Raúl la miró incrédulo. No únicamente pedía favores sino también promesas. ¡Esto era el colmo!

—Lo prometo.

—¡Vamos, Raúl, no te puedes perder tu despedida de soltero! — interrumpió Pol cercándolo por la espalda—. Veo que estás ocupado, pero tus invitados te esperan impacientes.

—Enseguida voy, Pol —dijo Raúl regresando, a su pesar, a su mundo.

—Es tu noche —dijo Tina con un atisbo de tristeza—, diviértete.

—Tengo que irme.

—Tengo el mismo número de teléfono —Tina dio un paso hacia atrás—, ya

lo sabes.

—Lo sé. No lo he conseguido olvidar.

Sabía de sobra su número de teléfono, su dirección, su fecha de nacimiento, las coordenadas de los lunares en el mapa de su piel, cuáles eran sus deseos más fervientes. Por eso estaba ahí, por eso la esperaba en la calle de arriba de Sefarad, con la mirada dilapidada en el fondo del reloj a diez minutos de la hora señalada. Por culpa de esa llamada que nunca debía de haber realizado.

A modo de ensayo avanzó un paso. En efecto, no era nada difícil ir a su encuentro, sino salir inmune. Decidió seguir el camino con el pensamiento en modo pausa. Como en la primera vez, todo el peso quedaba sobre las manos del destino. Las cosas debían de seguir su camino, igual que él hacía, paso a paso. Profería de esa carta la última por jugar.

Conforme se acercaba la suponía impaciente cruzada de brazos en la puerta. Pero no era así. En toda la cercanía no encontró a nadie. Comprobó el deteriorado aspecto de la fachada. Obvio, Sefarad ya estaba cerrado.

¿Esa era la voluntad del destino?

Raúl se acercó a la ventana. Aplastada la nariz sobre el cristal, acreditó como en efecto debía estar cerrado al menos durante al menos un año. En ausencia de todo mobiliario, el entorno permanecía en un estado polvoriento. Eso era su pasado con ella, una habitación vacía colmada de polvo, telarañas y ruinas. Ni restos de la auténtica esencia.

Si Sefarad estaba cerrado durante mucho tiempo, ella debía saberlo. ¿Lo sabía y no había sido capaz de decírselo? ¿Le había querido tomar el pelo? ¿O ni siquiera se había molestado en acudir a la cita?

Otra vez como tantas otras, se juzgó estúpido. Con la mirada derramada tras el cristal, ante él, su pasado oscilaba deliberadamente, hasta terminar por resquebrajarse. El tiempo pasado transmutó rápido a un ineludible presente. Entonces fue cuando sus recuerdos acecharon tanto que dejó liberarlos. Sus piernas le derribaron dejándole de rodillas bajo la ventana, sacó un libro de bolsillo de su chaqueta y su tiempo a modo de espera sucumbió a su mente.



Capítulo 1

«LA LUNA simboliza la noche en un cielo tan opaco que nadie repara en mirarlo. Aquí estoy yo, en una noche de otoño a principios de octubre, con la cara oprimida contra el cristal para entender los entresijos de la noche. Raúl, un pobre idiota romántico, ese soy yo. ¿Y quién es ella? Melania, quien con su mirada marrón desde el otro lado de la ventana me muestra su rabiosa juventud. ¿Rabia, o tal vez insolencia? El lado opuesto del imán ha conseguido despegarme de la ventana. Esa es ella.»

—¿Qué haces aquí? —Melania alzó la voz sobre la música— ¡Te he buscado por todas las salas del puerto!

Ella entró con su andar de precaria modelo. Al contoneo de sus caderas, a su nuevo vestido violeta y a un puñado de curvas, reparaban cuantos hombres se cruzaban a su paso. De no ser por ella, Raúl habría quedado toda la noche admirando la Luna llena, iluminado por su esplendor, sin más pretensión que contemplar aquello que jamás llegaría a alcanzar: el amor. Sin embargo, ahí estaba ella, para su bien o para su mal.

—¿Lo sientes? ¡Más siento yo estar con alguien como tú! ¡Estúpido! —dijo mientras se echaba la melena rubia hacia atrás.

Todo en ella armonizaba en perfecta simetría: el rubio oxigenado del cabello con la correa del reloj; el negro de sus ojos con la ropa interior de encaje; el rojo de sus labios con las piedrecillas que componían sus abalorios. Todo en ella era acorde, todo, menos él: la nota discordante.

Una sonrisa pretendía surgir de su boca para aparentar, pero no consiguió mantenerla tras las dos copas de whisky. Ella extirpaba de su mente cada pensamiento, aunque intentara guardarlo bien adentro, incluso antes de llegar a pensarlo. Sus pensamientos eran alfileres llevados por un desmedido imán.

«¡Lástima no fueran clavados en su cuerpo!»

—¡Vamos a bailar! —impuso Melania mientras tiraba de su brazo en dirección a la pista de baile.

—No me apetece, en serio. Esta noche no estoy de humor para ser objeto de empujones, quemado por algún cigarro, o pisoteado sin siquiera oír disculpas.

Melania se detuvo en seco, una negativa palpitaba en sus pupilas: esa respuesta no era lícita para sus oídos. Tan pronto encaminó su trayectoria, Raúl deseó perderla de vista, pero, a su pesar, no fue así, siguió la estela marcada por el movimiento de su voluptuoso trasero.

La gente permanecía encubierta entre las luces y las sombras. Las copas llenas de algún licor se derramaban entre las manos. Los ojos de ciertas chicas de más de veinte años recorrían su cuerpo, recreados luego en los pantalones, donde se deslizaban por la cremallera con desmesurada curiosidad. Otras participaban en una Olimpiada imaginaria de la más sexy de la noche: inquirían en anhelantes miradas medallas de bronce; en esporádicas conversaciones de coqueteo, medallas de plata; en algún leve contacto, beso o caricia medallas de oro; y en un polvo, por supuesto, la copa. Aunque él, señor modestia, no se consideraba alguien tan atractivo como para que perdieran siquiera un segundo en una mirada de reojo. Por lo tanto, no regalaría alguna medallita a nadie, jamás lo había hecho y jamás lo haría. Menos aún la copa.

Con los ojos cerrados intentó dejarse llevar (cosa imposible de hacer en dicho lugar). Abrió los ojos con el pensamiento cerrado, evadido de cualquier imagen, siguiendo la trayectoria sugerida por su supuesta novia.

«¡Dios bendito! —se dijo— ¿Y el amor? ¿La amistad? ¿Dónde habitan los sentimientos o algún sentido común? ¿Dónde está lo que busco?»

Envuelto en el bullicio un juego de palabras surgió de su mente: «¿Esta es una generación de generación, o una generación degeneración?» Ambas eran convincentes, asimismo, certeras.

En tanto, Melania, complacida de las miradas cernidas sobre ella con un deseo voraz, ni siquiera se había vuelto para ver si la seguía. Ella seguía adelante en dirección a la pista de baile, sin importarle si él la seguía o no. La odiaba. El pulso se agitaba en su sien. Le reprochaba la soledad que emanaba su compañía, sentía más la soledad con ella que sin ella. Sus sentidos decían obstinados que no. No quería estar ahí. ¡No sentía nada por nadie! ¡No ocupaba el lugar que le pertenecía! De ninguna manera soportaba seguir tras ella. El ámbito era un estruendoso desierto de afectos. El dolor era más denso, casi insoportable a cada paso hacia delante. Un paso, otro paso. El camino

ahora no era tal, sino el camino de procesión hacia su eterna plegaria.

Al acercarse a la barra sus pies se anclaron a la madera. Un whisky doble con hielo no le sentaría nada mal. Presuroso de contar con la opción de alejarse de la senda trazada por Melania se acercó a la barra.

Olvidaba cuanto alcohol había ingerido durante la noche, pero no le importaba en absoluto, necesitaba con urgencia otra copa para calmar su negligencia. Tras pedir la bebida a la camarera, su curiosidad se iluminó. Mientras la chica servía la bebida se detuvo en sus opacados ojos verdes, acompañados por una impuesta sonrisa. Raúl apartó la mirada un instante para no intimidarle. Bebió la medicación alcohólica de un trago y decidió preguntarle.

—¿Sabes dónde para el amor verdadero? Estoy esperándolo, esta debe de ser su próxima parada. Me juego la vida saltando de un tren en marcha para coger el suyo... espero no llegue tarde.

La chica le miró inalterable. Raúl pensaba que no le había escuchado, por lo tanto, sin importarle demasiado, siguió:

—El amor verdadero pasará por aquí, me lo dicen mis latidos. Esta debe de ser su parada. Estoy seguro.

—¿He oído bien? —se acercó ella sorprendida—¿El amor? ¿Verdadero? Ah, no. Pasó hace muchos años, demasiados. Yo llegué a conocerlo, pero, no creo que vuelva a pasar. De todas formas, si quieres un consejo, sigue esperando, no desistas, chico.

—Sírreme otro.

—Tal vez te sirva esto —dijo la camarera mientras le entregaba una tarjeta—. Me ha dejado un montón de tarjetas aquel hombre de ahí. —señaló a un hombre que le observaba desde la esquina de la barra.

Raúl frunció el ceño mientras ella se alejaba al estante de las bebidas. Observó la tarjeta de visita, la palabra *Desamor* se extendía en letras enrevesadas en toda la superficie, abajo la dirección, y en la parte trasera decía: *para conocer el verdadero amor, deberás conocer primero Desamor*. La guardó en el bolsillo indiferente y dejó sus pensamientos naufragar en la copa vacía. Tal vez otro whisky con hielo fuera excesivo, tal vez insuficiente. No debía beber para olvidar, porque si se excedía podía olvidar hasta su nombre, o en el mejor de los casos, el de Melania. Pero eso no ocurriría jamás porque disponía de un disco duro de buena capacidad entre las paredes de su propio cráneo.

Cuando la camarera volvió, entre tanto rellenaba su copa, no pudo hacer otra cosa que detenerse de nuevo en su mirada. Aquella mirada hablaba de algún supuesto pesar que llamaba a su atención. Por un momento consiguió leerla. Además de servir copas bajo el disfraz de infligida amabilidad, buscaba como él, algo de amor. Buscaba ese sentimiento imponderable, recurrente, de tan poca veracidad para la mayoría, y por el contrario tan sobrevalorado en la ficción y en la realidad. Tan desgastado que apesta.

Tras la presentación, esperó los respectivos besos, sin embargo, ella evadió su presencia, ladeó la cabeza hacia el hombre de las tarjetas de la esquina: un hombre de más de cuarenta años de apuesto semblante, pelo oscuro ensortijado y mirada lúcida, interesado en todo lo concerniente a ella. A decir verdad, a Raúl le traía sin cuidado si ella le prestaba atención o no. No le importaba conocerla porque era un vago papel en el reparto de su inmotivada novela colmada de actores secundarios. Sabía su nombre, Estela, ella se lo había dicho, era suficiente. En realidad, el único propósito era pasar el sábado noche lo más rápido posible; terminar la velada para reanudar su patético presente con Melania; acabar asimismo con algo que nunca debía haber surgido de su prolífica imaginación: la idea de emprender esa misma noche la novela que contuviera la esencia del amor verdadero, o incluso la fórmula del amor.

Bebió un buen sorbo de su copa. Se preguntaba si su papel en la supuesta novela era el de un borracho a quien nadie ama, ni amará en el resto de su lamentable vida. Se preguntó también quién sería el segundo papel de su patética historia de amor. ¿Dónde podría estar la actriz que representaba dicho papel? Indagó por todo el ámbito del pub en busca de la mujer de entre más de tres centenas que encarnaría por mérito propio ese puesto, pero a simple vista no se decantó por ninguna. ¡Melania descartada! Además, ya la había perdido de vista hacía un buen rato, cosa que no lamentaba. Reparó de nuevo en la mirada de la camarera, ésta seguía abducida por el hombre quien no apartaba sus ojos un instante, por lo tanto, también descartada.

De súbito la desesperación llamó a su puerta para sugerirle una inminente retirada. Y así lo hizo. Colocada la copa con despecho encaminó la retirada hacia la puerta de salida. Entonces, tropezó con quien clamaba la atención de Estela. De súbito surgió la pretensión de hablarle.

—No te preocupes, amigo, quien yo busco no está detrás de esta barra.

Apresurado, con el arrepentimiento recluso en su estómago, se alejó de tal

indiscreción. Temía ser seguido por aquel hombre, por lo tanto, aligeró el paso entre la gente. Una vez a salvo, apenas a unos metros de la puerta, se cercioró de no ser seguido. A su juicio aquel hombre se había quedado inmóvil ante esas extrañas palabras de un ser tan extraño.

Respiró aliviado el aire de la noche y su silencio reconstituyó sus oídos. Volvió a mirar hacia la amplia cristalera de la entrada. Esta vez, para su sorpresa, entre el tumulto del interior distinguió a Melania bailando con un hombre. Debía ser alguien enmarañado en sus redes al instante de ser seducido, inadvertido de las tristes artimañas para dar celos. ¿O no era para dar celos? Sea como fuere lo pasaba de un miedo muy distinto al suyo. Un miedo cual le atribuía incontenibles ansias de estrangularla, incluso al pretendiente bailarín tan bien sujeto a su cintura. Pero no, no era buena idea el estrangulamiento.

Aquella estúpida idea de forma involuntaria le llevó a sumergirse en su mar de oscuros pensamientos llamado introspección. El mar donde todo pensamiento naufraga en la superficie.

Apreciaba a aquella desconocida matriculada en el noviazgo tanto que esperaba que el señor Tiempo asignara el amor, el señor Amor aconsejara un merecido matrimonio, y el señor Matrimonio engendrara en consecuencia unos bienaventurados niños. ¡Demasiados señores! Dos años eran suficientes para saber si la quería de veras, si era el halagüeño amor verdadero, o era simplemente un individuo acostumbrado al sexo gratuito e insatisfactorio de los viernes y sábados noche. A veces prefería ser uno de esos magos de rabiosa imposición en las habituales relaciones sentimentales, la última moda: un mago de los que echan un polvo mágico y desaparece. Pero ni para eso servía porque se atribuía demasiados escrúpulos.

Entre las enormes marañas de dudas el amor no era nada. ¿Qué era el amor? ¿Alguien lo ha visto? ¿Usted ha hablado con él? ¿Alguno lo conoce de veras? ¿No está de moda? ¿Se ha especulado tanto acerca de él que ya no significa nada?

Tanta gana tenía de conocerlo, tanta como para errar al unirse en una relación incoherente, sin futuro y sin sentido. Incluso así, esperaba conocerle algún día antes de morir en un mundo hostil. Estrechada su mano, prometería fidelidad y todo lo demás. Sí, había visto muchas películas: románticas y de terror. Por supuesto siempre con reciprocidad, siempre manteniendo el mismo pensamiento, el mismo deseo, en definitiva, la misma fe. Hasta ese momento,

hasta estar seguro de conocerlo, seguiría esperando amparado por las voces del viento, por frases alentadoras, desesperantes, certeras e inseguras. Patéticas. Habladurías desinteresadas de la gente común de sus propias experiencias.

Esperaría el momento.



Capítulo 2

LLENA su esperanza de puro oxígeno, una imperativa necesidad por escribirlo todo cuanto sentía se apoderó de sus sentidos. Rebuscó en el bolsillo de su pantalón vaquero y sacó una hoja replegada. Solía prevenirse de bolígrafo y papel pues nunca sabía en qué momento se dilataría la vena escritora. Y sin duda, ahora era el momento. Desconocía el valor de sus palabras, desconocía por qué quería hacerlo, pero necesitaba despojarse de ellas arrojándolas al papel.

Concienzudo del peligro de caer al agua sin saber nadar, tomó asiento librando las piernas del borde del dique. Al instante de respirar el olor a salitre con los ojos cerrados se sumergió de lleno en el blanco y amplio papel. Apenas escribió cuatro frases las leyó en voz baja cuál indiferente lector sin obtener visión alguna. Tan solo palabras negras sobre papel blanco. Releyó el escrito pero aquellas palabras seguían sin decirle nada sin sentido aparente. ¡Ni siquiera servía para escribir! Impulsado por una indiferencia desconcertante lanzó el bolígrafo junto al papel tan lejos cuanto pudo. El bolígrafo se sumergió aplomado en el agua, pero el papel navegó de vuelta hacia la orilla como un barquito de papel. Raúl se giró por completo para evadir aquello que no alcanzaba a entender, pero, que, sin embargo, había surgido por alguna extraña razón de su subconsciente.

Respiró sentado el olor a salitre con el procurso de calmar su angustia. Su mirada permanecía perdida en el mar donde naufragaba la poesía, donde todo era del color de sus pensamientos. Ahora, por fin sereno, estaba convencido: nunca conocería el amor verdadero; seguiría como una oveja cabizbaja al rebaño de la mano del destino; no se desviaría un milímetro de su camino por temor a encontrar aquello que buscaba en la vida; seguiría el buen camino trazado con una compañía non grata. Estaba convencido de que nada era como quería que fuera, convencido de no estar convencido de nada salvo de estar vivo.

Alargó el brazo para coger el papel. Intentó acercarse un poco más, perdió el equilibrio y su cuerpo resbaló del borde. Ya se imaginaba ahogado cuando una mano le sujetó con firmeza el hombro impidiendo la caída. Raúl respiró aliviado. El hombre de las tarjetas de *Desamor* le había salvado la vida. Tras un cortés permiso tomó asiento a su lado y permaneció callado. Ignoraba el propósito de aquel hombre, no obstante, al ver aquello escondido entre sus manos la sangre heló sus entrañas: ¡Era su escrito! ¡Era la poesía cual había naufragado en la orilla! Aquel hombre recorría varias veces el ámbito del papel con la intención de descifrar las manchas ilegibles. Debía interesarle lo bastante como para leer las desdibujadas palabras borradas por el agua. Entonces, para su asombro, Raúl escuchó su voz:

—Llena mi esperanza de puro oxígeno dejaría de respirar, dejaría ese hálito de bien cuidar, a buen seguro, a espera de su reclamo.

Con una entonación peculiar pronunció correctamente cada sílaba escrita sobre el papel. De alguna manera debía haber adivinado el escrito, pues era poco probable la lectura de dicha tinta sin forma. Cruzaron las miradas y accedieron por las ventanas de los ojos opuestos. Por un momento hicieron de la mirada escarcha. Raúl sintió frío.

—Se necesita tristeza para conocer la felicidad; ruido para apreciar el silencio; ausencia para valorar la presencia; desamor para encontrar el amor —le dijo—. Sé lo que te ocurre —hablaba sereno, sin apartar la mirada de la suya—. El tiempo real es siempre presente, en él lo encontrarás absolutamente todo. El tiempo presente es un descomunal supermercado donde todo está en venta; en él puedes hallar y comprar cualquier ensueño o souvenir para tu futuro, para tu día de mañana.

—¿No me diga? ¿Y se puede saber quién es usted?

—Muchacho, me conoces más de lo que imaginas, lo que ocurre es que no me has prestado la mínima atención.

Un liviano escalofrío recorrió su cuerpo de norte a sur. Aunque aquel hombre físicamente parecía su padre, no lo era. El immaculado rostro de gesto bondadoso; la mirada verde transparente; las ropas negras que rozaban la discreción. Curiosamente se sentía identificado con aquel hombre, familiarizado de pleno. Nunca en otro tiempo se habría preocupado por conocer a nadie, si bien, ahora la curiosidad afloró llevándole a seguir conversando con aquel desconocido.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta. —continuó Raúl.

—La cuestión no es esa, sino otra bien distinta —tras tirar el papel al agua prosiguió con su filosofía—. Formamos parte del supermercado del tiempo presente, deambulamos por todo el ámbito dispuestos a comprar cualquier cosa, a veces sin necesidad de hacerlo, por el simple motivo de obtener un trocito de felicidad. Miramos aquí y allá dispuestos a acaparar con todo cuanto nos rodea cuando lo que queremos está frente a nuestras narices. Comprar y comprar, esa es nuestra ley, con dinero o sin él. Los billetes que precisamos son el devastador pasado, las monedas de cambio el incierto futuro, y por supuesto, los pequeños detalles son eso, detalles precisos para efectuar la forma de pago. Desconocías la valía del amor verdadero, ignorabas el precio exacto, pues bien, ahora puedes hallarlo, únicamente has de asomarte al escaparate, pagando con una molesta parte de tu pasado, una pincelada de tu futuro y algunos detalles. Así de sencillo. Necesitabas la ayuda de un amigo, pues entonces considérame tal, un buen amigo...

Cruzaron de nuevo las miradas, pero Raúl tuvo que girarse. Apenas lograba mantener más de un minuto la mirada en su dirección, pues presentía que indagaba sus más recónditos pensamientos.

—Yo no he mencionado nada de mi pasado, ni de mi futuro. Respiraba un poco de aire fresco hasta que apareció usted con su extraña filosofía. No he dicho nada de nada. Todo eso lo supone usted.

—Y supongo bien. ¿Verdad, muchacho?

Raúl asintió. De reojo vio a Melania junto al bailarín de salsa. Ambos intercambiaban risas al oído, cogidos por la cintura con total desenvoltura. Los siguió con la mirada hasta la lejanía, sin que ellos se percatasen de su presencia. Eso le enfureció bastante, tanto que, sus ojos se llenaron de agua. Apenas derramó una gota pues ella no merecía siquiera una gota de su sufrimiento.

—De nuevo el amor —dijo el hombre tras observar su reacción—, sigues sin conocerlo y sufres por ello. Lo sé, la historia se repite infinitamente. Ella no es tu amor verdadero, no me cabe la menor duda. Todos os dejáis llevar por la corriente de modas pasajeras...

—Siempre he querido conocer el tan afamado amor verdadero, a mi alma gemela. Mírala, esa es mi novia... he encontrado eso, una mujer que se ha atribuido el titulillo de novia.

—Sin presente ni futuro.

Raúl asintió.

—Si fuese un mago generoso, con mi varita mágica te concedería un único deseo; si fuese Cupido, te aunaría con mi flecha a un nuevo y repentino amor; si fuese un buen amigo, con un golpecito en la espalda te daría ánimos; si fuese un papel sin importancia en tu imaginaria novela, desaparecería de inmediato sin más... Pero no siendo nada de eso, me queda una cosa: un regalo, un insignificante pero valioso regalo. Permíteme, por favor.

Introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y con sumo cuidado le dejó algo en la palma de la mano. Parecía una simple piedra arcaica, desbastada, esculpida en forma de cono, semejante a un colmillo, pero demasiado blanca y ligera para ser una simple piedra. Ostentaba mucho valor a juzgar por la forma de desprenderla de su mano.

Raúl dibujó una sonrisa en su rostro.

—La Luna influye mucho en el mar, en nosotros mismos, en nuestros corazones. Se dice que ilumina algunos corazones apagados, sueños infortunados... pero cuando no se cree en ella, cuando no se aprecia lo suficiente, ese influjo se revela contra nosotros, nos convierte en seres insensibles, sin sueños, sin amor.

—No dejaré que eso me ocurra.

—Tú no eres así, hijo: eres romántico, tienes visión, te mereces lo mejor. Puedes mirar tras el cristal que todos llevamos afuera, asomarte a nuestras ventanas, ver la vida en otra panorámica. Puedes ver algo más que unos cuerpos luciendo el dinero y el esfuerzo con que son empleados. Tú puedes navegar en los sentimientos hasta el puerto que tú elijas. Puedes incluso vivir de aquello para lo que estás concebido, sabes a qué me refiero, no de ese aburrido trabajo que no llena tu alma.

Raúl asintió de nuevo con la cabeza. Sus palabras tímidas en extremo no querían salir de su boca, tal vez porque la conversación de aquel hombre le mantenía absorto. Casualidad o no, aquel hombre sabía mucho de su vida, o era una especie de vidente.

—¿Y esto? —apuntó con la mirada al colmillo sobre su mano.

—Es un colmillo de Luna llena. Un colmillo que ella nos regaló hace quinientos años —alzó la cabeza—. Con el paso del tiempo se ha reducido, pero sigue funcionando. Cada noche de plenilunio, cuando este colmillo es colocado junto al pecho, si tienes la suficiente fe de haber encontrado el verdadero amor en el supermercado del tiempo presente, y pagas con los ya mencionados billetes, puede unir para la eternidad... por siempre y jamás.

¡Por siempre y jamás! Resultaba una frase un tanto novelesca.

—Perdóneme, pero esto me suena un poco exagerado —Raúl observó la piedra, procuraba darle la misma importancia para no parecer descortés—. ¿Su intención no será reírse de mí?

—Tienes dos opciones: o bien soy un cómico vocacional, por lo tanto, tan pronto te alejes de aquí te deshaces de todo cuanto te he dicho, incluso del colmillo; o bien, aún sin creer en esa absurda historia lo colocarás cerca del pecho por si estuviese en lo cierto. ¿Quién sabe? Tal vez esta noche cambie tu vida para siempre.

—Esas cosas no ocurren.

—Muchacho —su tono de voz cobró un repentino tono severo—, Para querer primero hay que creer. Límitate a elegir.

—Supongamos que yo cumplo con su legado o como quiera llamarlo... y con la paradójica filosofía de lo del supermercado y todo eso... ¿cómo sabré quien me espera? —preguntó Raúl, batido en un duelo entre la esperanza y la incredulidad— ¿cómo sabré dónde demonios me está esperando? ¿Qué piel puede vestir al amor verdadero? ¿Con qué rostro se presentará? Puede ser cualquier persona a mi alrededor, hay mucha gente en el puerto... ¿Tal vez aquella chica solitaria apoyada en el banco? ¿Aquella otra que pasa de largo con una indiferencia que me hiela la sangre? ¿Aquella otra que se ríe de mí en la lejanía? Como usted dice, es un descomunal supermercado, si todo está en venta puedo escoger la que más me gusta, he de pagar con el pasado, futuro y con detalles... ¿Qué detalles?

—No todas están en venta para ti —procuraba el hombre mantener la calma ante tal avalancha de preguntas—. Además, las preguntas no te sirven de nada.

—¿Por eso debo creer en la magia del colmillo?

—Por eso debes limitarte a dejarte guiar por él.

—¿Cómo sabré si funciona?

—Lo sabrás muy pronto, límitate a protagonizar tu propia historia.

—¿Muy pronto? —se levantó del suelo inquieto—. Si es muy pronto no debería perder un minuto aquí, hablando con un desconocido. Ella no me vendrá a buscar, se lo aseguro. Debería ir en su busca ahora mismo. ¿No cree?

—Anda, empieza a buscarla... quién sabe, a lo mejor la encuentras esta noche —dijo el hombre con un tono conciliador mientras se levantaba también del suelo—. El que busca encuentra, no lo olvides. Tu alma gemela está más

cerca de lo que tú crees.

—Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—San Luar.

En un instante, ese nombre zigzagueó su cerebro. En un principio no halló más sentido que el propio de un nombre cualquiera, aunque peculiar.

—Yo me llamo Raúl. —le tendió la mano enseguida estrechada con firmeza.

—Buena suerte, muchacho —dijo sonriendo—. Que encuentres aquello que buscas.

—Si no sé ni lo que quiero hacer con mi vida.

—El amor pasará por aquí, te lo aseguro. Pero no olvides la tarjeta de Desamor: *para conocer el verdadero amor, deberás conocer primero Desamor.*

San Luar se alejó con una risa irónica por la retórica de su última mención. Estaba claro que había escuchado toda la conversación con Estela. Confundido por aquella extraña risa, Raúl corrió hacia el pub. Reafirmado a la pared, paralizó un instante sus cinco sentidos en busca de una resolución. Un segundo fue suficiente. Abrió el colgante que llevaba en el cuello, pasó el colmillo de Luna por la cuerda y volvió a colocarlo en el cuello, cual si de un talismán del amor se tratase. Tal vez fuera un estúpido enredado en un cuento para adolescentes, pero más estúpida era su vida hasta ahora. Justo cuando un desconocido le regalaba el billete de un sueño no debía desaprovecharlo.

Una vez reunida cuanta fe halló en sus entrañas, aunque no la suficiente, comenzó a andar a lo largo del muelle a la espera de ese encuentro pasional bajo la Luna llena. Anduvo a contracorriente, cruzándose con cientos de personas, docenas de mujeres, sin causar la mínima acepción. Anduvo detenido en la mirada de cada mujer: mujeres de cuerpos imponentes, de piernas interminables, de miradas indiferentes; mujeres corpulentas de sobradas carnes, de excedida simpatía; mujeres de delgado talle, de alta vista, de baja tolerancia; mujeres hermosas, de bellas facciones, de dudosos pensamientos; morenas, rubias, pelirrojas, azulonas... bajas, altas, enormes, diminutas... «¿Quién, de este enjambre de mujeres será mi amor verdadero?» La elección era desorbitadamente complicada, más aún cuando apenas nadie cruzaba siquiera una mirada de soslayo con la suya. ¡Tan difícil era!

Buscó a San Luar hasta donde la visión le permitía sin hallarlo. Aquel maldito ideólogo había desaparecido mucho antes de poder reprocharle nada.

Quería increparle la portentosa mentira. Se concebía engañado, estúpido por haber creído que encontraría el amor verdadero en aquellas mujeres cuales tenían ojos para quienes vestían las pieles de adornado desparpajo, a quien lucía el más despampanante envoltorio. Maquinaba cada palabra, cada detalle guarecido, hasta rozar la locura. Las palabras de San Luar viajaban de un lado a otro, creaban miles de conexiones inexplicables.

Removía las palabras sucesivamente por una imaginaria cuchara, hasta espesarla tanto que las letras eran deshechas, reducidas a un viscoso puré.

Una masa baldía, eso había sido toda la conversación con aquel hombre. Dos páginas de su vida colmadas de superfluas palabras.

Sentado en un banco de pino de espaldas a los barcos pesqueros, entre el pub y el muelle, se profesaba un naufrago. Distante de la realidad. Encendió un cigarro rubio y se dejó llevar apacible por el humo que sobrevolaba la ligera bruma. Todo era blanco, vacío, leve, como su vida. Flotó junto a la brisa envuelto en un fresco olor a salitre, extendido en calma, en silencio. Se elevó más y más, hasta diluirse en un decorado fascinante y apacible.



Capítulo 3

SINTIÓ como una mano le presionaba el hombro. Miró hacia arriba. Una maliciosa risa le arrebató de su ensoñación. No soportaba la impertinente risa de Melania. Nunca le había gustado ni su risa, ni el gesto de su cara, ni el sonido de su voz, ni el irrespirable perfume. Saltaría al mar para no escucharla reír.

—Te he estado buscando. —Melania se esforzaba para que su mentira pareciera una verdad.

—Yo también me he estado buscando. —dijo Raúl a duras penas incomodado por su presencia con el pensamiento sumergido en el mar.

Las tres menos diez de la madrugada. Llevaba sentado casi una hora y apenas conseguía sacudir unas piernas que emulaban dos bloques de hielo a punto de romperse al menor movimiento. Era el despertar de un frío y descabellado sueño. El mundo de los sueños acababa su función, tras él, cada uno volvía a su parcela individual en la vida mundana. Buscó bajo la camisa. Por suerte, el colmillo de San Luar seguía colgado del cuello. La idea de la ensoñación descartada. Melania tenía el don de sustraer la realidad para anteponerla a la fantasía. Los sueños se desvanecían a su lado como un témpano bajo un hálito de fuego. Pero esta vez la realidad de Melania no surtía efecto.

Ayudado por el hombro de ella, se levantó con temor a partirse por la mitad.

—¿Quién paseaba a tu lado? —preguntó mientras articulaba las rodillas con sumo cuidado—. Parecía muy contento.

—Un viejo amigo.

—No debería ser celoso —crujieron de nuevo los huesos—. ¿Para qué debo serlo, para demostrarte mi falso amor? Yo nunca he sabido qué es el amor. ¿Dónde está? No lo veo, no veo nada que nos una para siempre con ese título. De hecho, dudo de su existencia. Nadie muere por amor, nadie entrega

la vida por nadie, nadie vive sin nadie, eso ya pasó de moda... ¿no crees?

—No seas estúpido.

Quizá lo fuera. Era tan estúpido que seguía a su lado con la intención de vincularse a ella. Tal vez el único vínculo fuera la antipatía, porque en la mirada de aquella chica simplemente presenciaba el color de su iris. No veía nada más allá de la blanca capa de su piel.

—Vengo enseguida.

Melania partió a toda prisa. La cara de Raúl se descolgó tornada interrogante mientras la veía desaparecer en el interior entre la multitud. ¿Otra vez le dejaba solo? ¿Cuánto tiempo tocaría esperarla? ¡Maldita sea! —pensó — ¡Maldita seas, Melania!

Tanta gente aquí y allá constituía más soledad, formaba un amasijo de vanidades, un amasijo de frivolidad. Un escaparate cual te acercas para verlo, pero en definitiva te deja indiferente. Era el escaparate del descomunal supermercado del tiempo presente. Aquel desconocido llamado San Luar se lo había dicho. Ahora le daba la razón. Desde luego, él estaba allí para mirar ese escaparate, con la intención de comprenderlo. Miraba tras el cristal para ver más allá de los cuerpos para asomarse a los sentimientos, aunque no siempre lo conseguía y moría en el intento. En efecto, ahora estaba del todo seguro, era un escaparate de presunciones, vanidades, apariencias.

Decidido a formar parte del espectáculo dio el primer paso. La gente deambulaba de un lado a otro como maniqués bien retocados, maniqués deambulando en busca de compradores con la mirada perdida en la nada. Subió por una escalera lateral hacia un balcón donde se divisaba el Pub de forma panorámica, donde se asomaban aquellos más audaces, quienes buscaban algún maniquí en concreto, o quienes, como él, admiraba ese escaparate con la intención de sino comprenderlo, integrarse. Sumido en aquel panorama, alguien se interpuso en su ascenso intentando atraer su atención. No le importaba la presencia de aquel tipo bajito que le preguntaba por su soledad e insistía en presentarle una amiga suya que según decía tal vez fuera la mujer de su vida. ¡Qué barbaridad! ¡A estas alturas las medias naranjas debían ser gajos y seguro dos no formaban unidad! ¡Vaya estupidez! En una mirada de soslayo lo reconoció, recordó su apodo: lo llamaban Cucharilla; tal vez fuera por su costumbre de comer el cerebro a cucharadas.

Pensaba en la manera de dejar atrás al Cucharilla, cuando de un modo fulgurante, unos rasgados ojos se adhirieron a los suyos. Aquella mirada le

provocó un suspiro tan helado que el corazón distraído dio un vuelco. En consecuencia, todo el cuerpo se había paralizado en un segundo. Era la mirada más sincera, deslumbrante y hermosa por imaginar. Ahí estaba, a unos metros del último peldaño de la escalera, de mente desnuda. Mostraba su encanto en un cruce infranqueable. A cada paso, menguaba su mundo reducido a dos personas desconocidas, con certeza a punto de conocerse. Una vez al final de la escalera, frente a frente, mantuvieron una conversación muda unos instantes. El corazón ansiaba escapar de su jaula, desconcertaba al resto de sus sentidos. Al parecer era la noche de la revelación de sus órganos, todos querían su protagonismo, le hacían sentirse más vivo que nunca: su estómago, su corazón, los ojos...

El Cucharilla efectuó las presentaciones. Sin embargo, ambos le ignoraron. Todo lo ajeno a ellos ya formaba parte de una imagen de fondo, un tercer plano. Cuando intercambiaron los nombres de la presentación, en su rostro se dibujó una sonrisa más amplia si cabía. Su nombre era Tina, y su voz era cálida, femenina, dulce. Nada más verla, había experimentado la sensación de que la conocía desde hacía mucho tiempo. Quizá aquella sensación fuese certera. ¡Se veía reflejado en un mismo espejo!

—¡Qué curioso, mi abuelo, mi padre y mi hermano se llaman Raúl!

—Tu marido y tu hijo también se llamarán Raúl. —dijo con la convicción de trastocarla.

Cuando ella se acercó a su cara para darle los besos de protocolo, Raúl se sintió cautivado por un delicado aroma a jazmín. Le embriagaba el anhelo de besar aquellos labios rojos que acariciaban su cara. Sin embargo, evadió la tentación detestándose. «¡No la besarás, maldita sea! ¡Todavía no! ¡Es muy pronto!» Tal vez debiera morderse un labio, desgarrarlo en cuajo para evadir esos pensamientos. «No trama esas cosas un caballero —pensó—. Claro que tampoco queda del todo bien llevar un labio colgando»

Por si fuera poco, prevenía la rebelión de sus partes íntimas. Todo su cuerpo era tornado en su contra. ¿Qué estaba sucediendo?

—Bonito colmillo llevas en el cuello. —le dijo Tina a su oído.

—Es de un hombre que he conocido esta noche.

—¿A qué te dedicas, Raúl?

—¿De veras quieres saberlo? —tan pronto ella asintió, no dudó en responder también a su oído—. La mayor parte del tiempo me dedico a transportar zapatos en una vieja furgoneta de un lado a otro. Es mi trabajo, un

trabajo rutinario que abarca casi todo mi tiempo y apenas me deja tiempo libre para dedicarme a mi pasión: escribir poesías, relatos... pero nadie suele leer mis escritos, salvo mi papelera. Lástima que no mencione su parecer. Es broma, en realidad, Sara, mi agente literario, alabó mi primer manuscrito, pero lo desestimó por tratarse de novela romántica; al parecer hay saturación de romanticismo y no ofrecía nada nuevo. Tal vez todavía no he encontrado la musa para encontrar la fórmula. ¿Y tú a que te dedicas?

—¿Yo? —dibujó una sonrisa más amplia si cabía—. ¿De veras quieres saberlo?

Raúl afirmó.

—Soy secretaria. En mi tiempo libre, que también es muy poco, dibujo con lápiz, aunque mis dibujos sí los ve alguien: Panchito, mi perro, es el mejor crítico que tengo, al menos de momento; cuando le gustan mis dibujos ladra agitando la cola.

Enmudecidos unos minutos hablaron sin palabras. Raúl la contemplaba incrédulo. Los ojos de Tina decían muchas cosas, velaban algunas a su vez. Aquella mirada le había deslumbrado hasta el extremo de descuidar su atención al resto de su cuerpo. Una melena color cobre oscuro le cubría media espalda y parte de los ojos negros que además de mostrar una enorme curiosidad asomaban tímidos de entre el fleco; sus labios finos pintados por un rojo vivo destacaban sobre un rostro pálido en extremo; unos vaqueros marrones desgastados y un jersey azul de cuello vuelto delimitaban su perfecta silueta. Era encantadora, interesante, conocida, desconocida, ingenua, perversa...

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó ella.

—Suelo venir los sábados, casi siempre acompañado, aunque hoy, curiosamente, me han dejado solo. ¿Y tú? Es la primera vez que te veo por aquí.

—De vez en cuando. Casualmente hoy me he librado de una boda. Sí, al final he decidido no ir —desvió la cara—. No me apetecía casarme con alguien a quien no quiero.

Pronto, todo se tiñó de incertidumbre. El ámbito no parecía ahora el de una noche especial, sino un envolvente traje de luto. Enseguida tras un hondo respiro eludió aquella situación. Apenas necesitaba preguntarle nada más, sabía de su ruptura sentimental. Sabía del recíproco deseo, con eso era bastante. Casi apreciaba el estrepitoso traqueteo de los corazones acelerados.

Deseaba abrazarla para sentir ese latido mutuo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Raúl.

—Te lo digo si bailas conmigo.

La frase quedó enmarcada en el aire un instante. Ninguno de los dos necesitaba añadir nada al respecto porque ambos estaban de acuerdo. Aquella proposición era simplemente una artimaña para concluir ese juego de preguntas y respuestas, de insinuante y amistosa palabrería, con la certeza de un mismo deseo.

—Cuando quieras. —respondió Raúl con un tono de impaciencia.

Nada más escuchar la respuesta, tras asirla de la mano, la llevó escalera abajo hacia el mismo centro de la pista de baile donde no cabía un alfiler.

En un mundo comprimido entre cuatro paredes fueron dos almas no llevadas por el diablo, sino por un extraño amor hasta ahora desconocido. Fueron llevados por algo tan extraño que cien mil palabras no lo definirían ni conjugadas en cien mil años.



Capítulo 4

COMO nunca. Llevados hacia el centro de la pista como si en vez de bucear entre muchedumbre estuviesen solos, bailaron entre nubes, dejándose llevar el uno por el otro con plena desenvoltura.

De un oportuno giro Raúl apoyó a Tina sobre sus brazos.

—Tengo miedo —dijo Tina a su oído—. Me siento muy bien contigo, la verdad, nunca me había sentido así con nadie, pero tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Crees en el destino?

Raúl asintió sobrecogido por su comentario.

—El destino ha forzado la situación para retenerme aquí —dijo Tina ensimismada—, para conocerte esta noche, para bailar contigo. ¿No te das cuenta? Ahora estaría deseando largarme de esa estúpida boda a la que he decidido no asistir. Pero ya lo ves, aquí estoy —su voz recobró un tinte de amargura—. La verdad, a lo mejor me asusta sentirme así con alguien. Quizá prefiera buscar excusas.

—No debes pensar eso. — Raúl no entendía ese repentino temor.

—Esto es un sueño y cuando despierte volveré a estar sola. Tú te cansaras de mí incluso antes de despertar...

Como respuesta a su plegaria, Raúl la ciñó en un fuerte abrazo. Bajo sus brazos la sentía estremecida, tristemente protegida. Un sentimiento protector invadía su cuerpo obligándole a sujetarla con tanta fuerza que por un momento sentían el latir de los dos corazones por encima del estruendo de los altavoces.

—Te lo aseguro, no seré yo quien te deje, no seré yo quien rompa esto. Te lo prometo, no seré yo, de ninguna manera.

Para erradicar la repentina tristeza volvió a darle otro giro reanudando el baile. No podía apartar sus ojos de los de ella, enamorados y turbados al mismo tiempo. Brillaban sobre luz cualquiera. Brillaban y concebían brillo en

un lugar donde no correspondía dicha luz. Temía abalanzarse en cualquier momento sobre ella para besarla. Temía no controlar las riendas cuando se desplomaba sobre su hombro en uno de los giros, cuando su boca se acercaba sigilosa a su boca. Quería besarla para descartar la utopía, para comprobar a su vez si la magia era certera.

Raúl se mordió el labio inferior imaginando qué pasaría si llegara a desgarrarlo. Eso debía ser un mal principio, un tanto sangriento e insólito. Lo darían por un loco a quien vuelven a buscar para vestir de blanco, pero por otra parte un loco caballero que no besa a la chica en el primer encuentro, ni quizá nunca, después del embarazoso momento. De cualquier forma, quería besarla. Ignoraba cuanto tiempo aguantaría esa atracción, cuanto tiempo aguantaría el labio presionado bajo los dientes. Quería besarla porque tenía la sensación de haberlo hecho. Quizá fuera recíproco, ella también lo deseaba, sentía lo mismo y lo juzgaba un imbécil por no hacerlo. ¡Eso era, un imbécil! Soltó el labio oprimido ya medio amoratado, y sin más preámbulo, la volcó sobre su hombro izquierdo abalanzándose sobre sus labios para estrecharle el proclamado beso. Pero ella, no reaccionó como esperaba. Tina, más pálida de lo normal, se apartó atónita de su lado, le inculcó una mirada de despedida y se alejó dirección a la escalera.

La expresión *tierra trágame* bailaba ahora en vez de ellos, paseaba insolente por todas partes. La tierra de ningún modo lo tragaría, al menos que un terremoto o algún otro desastre escuchase sus plegarias. No soportaba verla en ese estado de congelación. Deseaba morir en el acto, pisoteado por las trescientas personas de la sala. Agarraría con sus manos la expresión e invocó a los cuatro vientos que la tierra le tragase. Tal vez así la tierra hubiera obedecido rasgándose por la mitad en un espeso temblor bajo sus pies, para engullir su abrumada persona de la terrible decepción, volviéndose a cerrar después, cicatrizada bajo la estatua de hielo.

Sin otra opción, decidido a dar la cara, anduvo en su busca.

—Lo siento —Raúl modeló toda la sinceridad en sus palabras—, ha sido sin querer, no sé qué me ha pasado. Si quieres desaparezo ahora mismo y lo olvidamos todo.

Esperaba un bofetón, sin duda lo más conveniente para despertar de su ensoñación. Pero no llegaba. Tampoco le otorgaba el perdón, ni siquiera una mirada compasiva. Seguía del mismo modo congelada e inexpresiva.

—Es demasiado pronto.

Raúl frunció el cejo ante aquellas palabras con regusto a gloria. Vislumbraba, a más o menos corto plazo un segundo acercamiento.

—Yo no suelo comportarme así. Nunca me he comportado así —dijo Raúl—, soy bastante tímido. No quiero que te lleves esa impresión de mí. Por un momento sentía la necesidad de besarte y no pude contenerme. Pero ha sido un error, un terrible error. Lo siento, de veras que lo siento. ¿Me perdonas? ¿Podrás hacerlo? ¿Me podrás perdonar alguna vez?

Esperaba impaciente una respuesta, un monosílabo, una despedida, un tortazo, una reacción cualquiera. Pero seguía enmudecida. Los castillos en el aire caían al suelo derribados por su aliento a cada segundo. Todo parecía derrumbado en un momento. Se interponían kilómetros entre ellos.

—¿Me perdonas? —insistió Raúl.

Hicieron una leve pausa en su alejamiento. En la distancia se miraron frente a frente. Al fin, ella asintió, una leve sonrisa dio paso a unas contundentes palabras.

—No ha sido para tanto, tonto.

—¿Tampoco ha sido para ti? —dijo Raúl desconcertado— ¿No te ha gustado el beso?

—Únicamente ha sido un beso.

—Te lo juro, no entiendo lo ocurrido. No volverá a suceder mientras no me lo pidas —observó que la había hecho reír—. No entiendo que me ha sucedido en esta cosa ovalada incrustada sobre los hombros...

—¿Sabes? —dijo Raúl— Eres extrañamente encantador.

Enmudecidos, henchidos de satisfacción, se oprimieron el uno contra el otro en un fornido abrazo. Pretendían transformar ese abrazo en un nudo forjado de acero, pero cuando les faltaba el aire, Raúl la soltó, tiró de su la mano y la incitó de nuevo a bailar como antes del incidente.

—Tengo veintitrés años —dijo Raúl—. ¿Y tú?

—Veinticuatro cumplidos el mes pasado.

—Soy muy joven para ti, tú tienes más experiencia.

—Tonterías, eso son tonterías, no tengo más experiencia que nadie. Además, la edad no tiene importancia en ese aspecto. No existen reglas. Por favor, no quiero seguir con eso.

—¿Sabes? —dijo Raúl—. Es como si ya te conociera de antes, no sé, de toda la vida.

—A mí me ocurre lo mismo. Pero no nos conocemos de nada.

Raúl acarició su mano. La miró como nunca miró a nadie. Descubrió su propio reflejo en el brillo de sus ojos. Sintieron una energía que traspasaba los cuerpos por el contacto de sus manos, una corriente agradable y placentera, que, además, esta vez ambos estaban seguros, era recíproca.

Como fuera de esperar, el temido reloj giraba más rápido en los momentos de armonía y ya rozaba las cinco de la madrugada. De ninguna manera nadie podía imponerse al impasible ritmo de sus agujas, porque detuviera su reloj o no, marcarían la hora otros relojes dispuestos a señalar cuando era tarde o pronto. Y ahora era tarde. Tina quería irse antes de las cinco campanadas, pero en la sala no sonaban campanadas, ni ella era Cenicienta, sino un cuento bien distinto. Escasos metros tras ella una chica bajita de pelo rubio rizado mandaba un saludo. Quizá fuese una amiga suya, impaciente por saber con quién había estado bailando desde hacía un buen rato.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Raúl.

Esperaba oír un sí por respuesta, pero de momento ella no respondió, se limitaba a aquietar con la palma de la mano a su amiga. «Un segundo más —pensó Raúl—, quédate un segundo más.»

—¿Nos vemos el sábado que viene? —dijo Raúl.

—Te espero a las siete en la Glorieta, sentada en un banco junto a la cabina.

—¿Me esperarás? Lo dudo. No tengo suerte en el amor. No me vas a esperar, lo sé...

Ella ya no le escuchó, se había alejado mezclada entre la multitud. Comentó algo al oído de su amiga, y ambas rieron en voz alta. Encaminadas hacía la puerta de salida cuchicheaban ante sus ojos, se giraban de vez en cuando para mirarle, hasta que al fin desaparecieron entre el gentío.



Capítulo 5

AÚN no había amanecido. La noche transcurría como de costumbre, excepto para quienes todavía se negaban a ver el nuevo amanecer. La noche colapsaba las horas en su reloj, negada a dejar caer el oscuro manto: el manto donde albergaba cada nocturno romance, cada secreta pasión, cada sueño desvelado, y cada anhelado sueño.

Raúl no daba crédito pues todo transcurría demasiado rápido. Al poco de la despedida estaban juntos de nuevo, en su cuarto, dos enamorados, casi desconocidos, uno frente al otro en soledad. Era una noche mágica, imperecedera. Una noche donde se impregnaban de olores de deseo, acompañados por voces extasiadas y gemidos de placer. Había empezado por besarla sereno, dejando a Tina jugar con la lengua en su paladar. Sospechaba que era un sueño, pues además de la facilidad del acontecimiento, ingrávido, dejaba llevarse en abrazos cediendo una piel por la otra como confidencia pasional. Cercaba sus pechos con las manos, en busca de los pezones bajo el jersey, recreándose con ellos entre los dedos mientras advertía su paulatino aumento. Ella resoplaba, gruñía cual inofensivo tigre quemando la cara con su aliento. De pronto estorbaban los pantalones. Raúl esperaba urgente una intervención, inadvertido de cómo sus curiosos dedos partían en busca de la fruta prohibida dentro del pantalón de Tina. Ella suspiraba insistente, empeñada en aflojarle el cinturón sin dejar de darle leves mordiscos en el cuello. Descendía sin cesar de morderle en todo el trayecto. Hasta que se detuvo, con las manos sobre su miembro. Volvió la cabeza hacia la suya, y con unos ojos vidriosos le dijo: «Es demasiado pronto, apenas nos conocemos. Mejor me voy.» Y al instante desapareció.

Raúl Cayó de la cama sobresaltado, con las manos sobre la erección. Desde el suelo la buscó por toda su habitación iluminada por la luz matutina. Pero no la encontró. No encontró ninguna señal de su existencia bajo las sábanas. No la hallaba en ningún lugar de su pequeño cuarto. Miró en su

armario, bajo la cama, dentro de los cajones de la mesilla. Únicamente estaba en su obstinada cabeza. Era todo producto de su imaginación. Un producto alterado en exceso, pero rico, no obstante. ¿Cómo había soñado algo así? Luego si todo había sido un sueño, ella no era real, ni mucho menos San Luar... aunque, como enseguida se apresuró a comprobar, el colmillo seguía colgado del cuello. Tal vez había surtido efecto el colmillo.

Suspiró aliviado. Odiaba soñar porque era una realidad enmascarada. Todo se evaporaba para cederle el paso a la realidad. Odiaba soñar más que tener pesadillas. El despertar de una pesadilla lo consideraba un frío alivio y el de un sueño erótico una bochornosa penuria. Sentado en la cama, descorazonado, cubrió con ambas manos su cara con la intención de reanudar el sueño. Desplomado sobre la cama con los ojos cerrados, intentó con todas sus fuerzas volver a coger ese ensueño fascinante y durmió.

Al cabo de algunas horas, cuando por fin creía volver a reanudar la fantasía, el teléfono clamó desde la mesilla dispuesto a disipar la neblina del sueño. Una chica de voz quebrada llamada Melania se presentó por el auricular.

—Uli, sabes quién soy. Apenas han pasado unas horas. ¿No recuerdas nada?

En efecto, a su pesar la recordaba de cuerpo presente. Todo acudía tras la línea telefónica a su sentido como una descarga eléctrica de mil voltios. Ella era la realidad. Volvía a buscarle para retenerlo anclado en la tierra, para desahuciarle así de los sueños. Pero Raúl decidió seguir el juego.

—Espere un momento por favor, miraré en el índice del olvido. ¿Por qué letra empieza su nombre?

—¡Ya está bien la broma! ¡Uli!

—Yo no me llamo Uli, me llamo Raúl. Es más, me parece una bobería ese nombre. Siento decírselo, pero se ha equivocado.

—Yo te refrescaré la memoria: estuvimos toda la noche en el Puerto de Levante; estabas sentado en un banco y te dije que me esperases; entré a comprarle a Pol material, pero cuando salí ya no estabas. Después, te vi bailando con una tía como un loco.

Aunque se negara en un principio a esa realidad, de súbito todo se tornaba más próximo y certero. Acudían arrebatados detalles, demasiados para su gusto, detalles que se golpeaban contra su sentido en un día de resaca. Ahora todo encajaba, la rueda de la realidad giraba de nuevo.

—Perdóname por lo de anoche, fue una noche muy rara.

—Estás perdonado. Te echo de menos. ¿Quedamos esta noche?

Durante unos instantes el teléfono le helaba la mano instándole a colgar de inmediato. Ninguno decía nada al otro lado de la línea. Entonces la idea de colgar se forjaba con más contundencia en su pensamiento. Colgaría cuando la respiración se hiciese escarcha, cuando la voz se obstruyese por la helada. Colgaría en cualquier caso porque ahora lo recordaba cierto: había quedado con Tina y no quería perder el tiempo con disculpas ni explicaciones. Si los diablos de la memoria no le mentían, Tina le esperaba en la Glorieta a las siete, y las agujas marcaban las siete menos cuarto.

—¿A las ocho? —dijo Melania.

—Imposible.

—¿Te has cansado de mí?

—Me es imposible —dudó un instante—; he quedado con alguien.

El teléfono se volvió un poco más helado; apenas lograba sostenerlo paralizado por su frío; apenas escuchaba en él la respiración de Melania.

—¿De quién se trata? ¿Es ella? ¿Esa que bailaba como una loca? ¿Es ella? Respóndeme, maldita sea.

—Lo siento, me están esperando, se me hace tarde. Ya hablaremos otro día. Adiós.

Esperó un instante antes de colgar por si ella añadía algo, pero enmudecía rota en llanto. Colgó el teléfono sin compunción, convencido de haberle hecho un daño irreparable, un daño que tal vez marcaría su pertrechado corazón para la eternidad. Todo había sido un error. Se lo tenía que decir en otro momento. Era un error de dos años colmado de un equívoco amor mutuo. No debían seguir así, dejándose llevar cegados por un camino incierto. Pero ahora no era momento de darle, ni de darse explicaciones a uno mismo. Lo mejor era no volverla a ver, al menos como pareja. No volvería a verla jamás. Ese ineludible momento, aunque despeñado, lo consideró el primer final de su particular historia de mal de amores, pues para empezar con un nuevo amor habría de terminar con otro.

Encontró su rostro de radiante simpatía en el espejo, los téjanos negros en el armario, el polo negro bajo las sábanas. Cogió las llaves y salió de su casa.

«Quizá lo haya pensado mejor —pensaba—. Sí, claro, lo ha pensado mejor. Anoche escuchó a su almohada y le aconsejó que no debía presentarse a la cita. Ella le ha hecho caso. ¡Maldita almohada traicionera! ¡Nadie debería

hablar con su almohada, son puro egoísmo! ¡Maldita sea!»

De camino carretera abajo los nervios traqueteaban su piel, tiraban de sus pensamientos mientras el cerebro buscaba en el diccionario de estupideces sin interrupción.

«¿Recordará mi cara? A lo mejor no se acuerda de mi cara porque no se acuerda de mí. ¡Maldita sea! No se acuerda de mí. De no verla hoy, lo cual creo muy posible, quizá no vuelva a verla nunca. No volveré a tener la misma suerte. No tengo su número de teléfono y ella no tiene el mío. Fue pura casualidad y las casualidades no se repiten. Erraré en mi destino por impuntualidad. Soy un imperdonable impuntual. ¡Maldita sea! Después de estar en el sitio preciso a la hora adecuada, soy impuntual. El destino. Tal vez magia. Cosa del colmillo.»

Cuando divisó a su derecha la citada cabina, sus pupilas se dilataron en su busca. ¡Sí esperaba! Ahí estaba, la chica más encantadora del mundo sentada cruzada de piernas y brazos en el mencionado banco junto a la cabina, con una expresión de prudente impaciencia. Mientras pasaba de largo con el coche le parecía más hermosa que en su recuerdo de la noche anterior.

«Maldito manojo de nervios entumecidos.»

Pasaban veinte minutos de las siete cuando por fin encontró un hueco libre para estacionar. Quizá fuese demasiado tarde. No obstante, aparcó sin mucho escrúpulo, paró el motor y salió del coche.

—¡No deberías presentarte a tu cita! ¡Aún estás a tiempo!

Le sorprendió aquella voz mientras atravesaba el parque. Aminoró la marcha, miró en todas direcciones, pero no había a nadie a su lado. Apenas visualizó a una pareja que se comía a besos en un banco a su izquierda, a una mujer que hablaba por un móvil en voz alta, y a Tina sentada en el banco a unos metros más adelante. Debía de haber sido una especie de ilusión, tal vez a causa de la emoción de la cita. Entonces, cuando aceptaba esa explicación, surgió tras su espalda de nuevo aquella voz:

—¡Aún estás a tiempo!

Le había parecido la voz de San Luar, sin embargo, no lo veía por ninguna parte. Dejó de pensar en ello pues Tina le ocupaba todo el pensamiento. Por suerte ella seguía allí, de pie, de brazos cruzados, con la intención de marcharse, saciada de la espera. Raúl expiró aliviado. Se deshilachaba el manojo de nervios ante su presencia. La sangre volvía a circular libre por los conductos.

—Lo siento —dijo fatigado—... mucho tráfico, demasiado.

Mientras ella se inclinaba para besarle en la cara, Raúl se asombró al cerciorarse de que su encanto era el mismo al de la noche anterior. Mantenía el indescifrable brillo en la mirada, y radiaba un extraño imán cual inducía a besarla. En efecto era real, de carne, piel y hueso. Llevaba el pelo recogido, la misma ropa que la noche anterior apenas unas horas atrás, y por supuesto, el mismo encanto.

—Te quiero enseñar algo —dijo Tina con la dulzura intacta—. Es una prueba de que no te mentí anoche.

El ramillete de nervios volvía a anudarse mientras rebuscaba en el bolsillo del pantalón. No era momento para muchas sorpresas o acabaría petrificado por completo. Cuando le entregó el DNI lo giró curioso para ver la fotografía, pero no pudo, pues enseguida ella la cubrió con la mano. ¿Acaso no salía favorecida? Al parecer no era fotogénica por lo que no quiso presionar. De todos modos, a él tampoco le gustaba su propio rostro plasmado en un papel. Demasiada superficialidad, demasiada apariencia tras el cristal de un objetivo cualquiera.

—Mira la fecha de nacimiento no la foto. ¿Ves? Nunca miento. —dijo Tina radiante.

—No lo creo, hay demasiadas mentiras. Todo el mundo miente tarde o temprano.

—No todo el mundo. Vamos a probar un juego, se llama *el juego de la verdad*. Te va a gustar. Es muy interesante. ¿Jugamos?

Raúl asintió detenido un instante en aquella mirada cuya luz le deslumbraba como si llevase la larga. Aquellos ojos negros de aparente inocencia ocultaban algo desconocido, eran las puertas de entrada a un abismo donde sabía que caería de un momento a otro, unas puertas que sugerían ser llamadas antes de entrar, unas puertas que tarde o temprano cruzaría sin ninguna duda. No obstante, con temor a encontrar el enigma demasiado pronto, decidió no indagar mucho de momento.

—¿Puedo cogerte de la mano? —preguntó Raúl.

Después de que ella asintiera fascinada por el tono amable, con el mismo entusiasmo de un niño con su juguete favorito, la cogió de la mano.

Así pues, cogidos de la mano anduvieron sin prisa. Se dispusieron a recorrer las viejas calles del centro de su pueblo tan distinto de repente. Se deleitaron sobre el grisáceo asfalto aferrado a sus pies, entre la gente que los

envolvía. Sucumbidos al ritmo de un simple reloj cuyas agujas marcaban la velocidad de la vida y el transcurso de ella. Al fin y al cabo, ese, de momento, era su mundo.



Capítulo 6

PODÍA decirlo sin ninguna duda, el *juego de la verdad*, aún con la simplicidad de sus reglas, era un juego inteligente donde sucedía el intercambio del manual que debía llevar todo el mundo escondido en alguna parte de su existencia. Se trataba de una aproximación, lenta, firme y segura, donde únicamente servían unas palabras no acomplexadas a decir la verdad por turnos. Era un interesante juego a tener en cuenta, un juego que debía ser obligatorio para el inicio de cada relación sentimental. Pero una duda no dejaba de vacilarle en la cabeza: ¿quién ganaba el juego?

Tina, sentada enfrente, había pedido un té de rosas para dos, miraba expectante sin dejar de darle vueltas a la taza. Por escenario había escogido a Sefarad: una acogedora casa de té de perfiles árabe—africanos donde circundaba una relajante música étnica además de un aroma de infusiones variadas; las paredes de piedra blanca terminaban en unos arcos grabados con letras árabes; en cada mesa junto a una lista de precios una vela roja por única iluminación.

Tina no parecía del todo cómoda: ahora se escondía entre el fleco con una tímida mirada de apenas dos segundos, y con una risa nerviosa por vez detenida la cuchara. Tina esperaba impaciente la respuesta a su pregunta: «¿Cómo es tu pareja ideal?» Él intentaba por todos los medios plasmarlo en sus ojos, darla por aludida, halagada al mismo tiempo. Pero de ninguna manera lograba dárselo a entender.

—Pues —Raúl le alejó la taza—, sincera, ante todo, natural. No me gusta escondida tras un exceso de maquillaje, ni de adornos, ni por supuesto de mentiras. Aunque me entusiasma que tenga un rincón sin descubrir, una sombra inaccesible, o un flequillo donde esconderse.

Batieron risas nerviosas. Ella por fin parecía haberlo captado, surgía de entre el fleco advertida de ser la mujer cual describía. Sin duda era ella, ya lo sabía. Los nervios la obligaban efusivamente a retomar su labor de remover la

cuchara, mientras le miraba de soslayo.

—Inteligente —continuó—, capaz de mantener conversaciones subjetivas, además de usar los ojos para hablar; comprensiva, capaz de escuchar abiertamente; soñadora, cómplice de mis sueños... y por supuesto yo de los suyos. Y, sobre todo, que cuando esté en mi onda mueva la taza o cualquier otra cosa.

Por fin, Tina detuvo la cuchara. Él sonrió, deseaba una sonrisa recíproca porque, cuando sonreía, su rostro era si cabía más encantador. Pero al parecer ahora no le apetecía sonreír, prefería decirle con los ojos, cuánto lo deseaba.

No quería desconcertarla muy pronto con preguntas de doble sentido o sobre su intimidad, sin embargo, aunque quería sonsacarle demasiadas cosas, prefirió darle tiempo al tiempo. Por lo tanto, decidió reintegrar la misma pregunta.

Ahora sí sonrió.

—Inteligente —respondió ella—, capacitado para entender la vida y en especial a mí... soy demasiado complicada —volvió a sonreír—. Soñador, capaz de hacerme soñar. Encantador, admirador de la naturaleza, las cosas buenas...

Ostentaba señalar a la persona descrita posada ante sus narices, bebiendo un té de rosas con cara de incrédulo distraído. Tal vez lo retratará adrede. Un repentino deseo voraz de besarle el cabello, la frente, los ojos, la nariz, hasta llegar a los labios, le invadió de repente. Ya puesto, optaba por permanecer anclado a su cuerpo para siempre, por lo que, para sujetar las riendas de la pasión, sin mucho atino se encendió un cigarro. Ella le preguntaba ahora si había querido alguna vez de verdad.

—No, bueno, no lo sé —respondió Raúl—. Con la única chica que sentí algo parecido al amor, me dejó porque yo le gustaba demasiado; decía que no era el momento. Quizá no estábamos preparados. ¿Has querido alguna vez?

—Jo, eres un copión... Bueno, sí, pero él se marchó para siempre. No creo que vuelva a verlo. —su voz se vistió de un tinte de amargura.

Tina llevaba una espina clavada bien adentro, y ahora, en su turno, debía encontrar las pinzas adecuadas para desclavarla con la precisión de un cirujano del desamor.

—¿Crees que se acaba el amor?

—Sí. No sé. Pero todo tiene final. Tiene que tenerlo. Además, lo sabrás cuando acabe lo nuestro —dijo Raúl con ironía—. Porque seguro acabará, y

no dentro de mucho tiempo. Ojalá no acabase nunca, pero ya se sabe. Aunque siendo el verdadero...

Surtió una corta pauta de silencio mientras la expresión *amor verdadero* se dibujaba ante ellos tendida cual pancarta en tiempo de huelga. Apenas respiraron hasta la pregunta de Raúl:

—¿Has encontrado alguna vez tu alma gemela?

—No exactamente. Mi alma —desvió la cabeza—, claro, mi alma... No. Bueno, eso ya pertenece al pasado. Prefiero no recordarlo. Ya terminó todo — la voz de Tina cobró un espeso tinte de amargura—. ¿Cuántas veces has hecho el amor?

—¿El amor? ¿Te refieres a hacer el amor?

—Recuerda que, si no vas a decir la verdad, es mejor que no respondas. — la voz de Tina mostraba un atisbo de rubor.

Por inexplicable que fuese, no sabía responder a esa pregunta. La frente empezaba a bañarse de un frío sudor, el pulso le hacía tambalear las manos. Se sentía intimidado, ataviado entre las sombras bajo la fulgurante lámpara de un interrogatorio. Recordaba cuando de pequeño: la profesora lo llamaba a la pizarra para preguntarle algo que ignoraba delante de docenas de despiadadas miradas adolescentes. Era el mismo sudor frío. Pero el caso no era el mismo, porque de serlo ahora se agolparían risas sobre su espalda.

—Ninguna. —respondió sin más.

Tina sonrió, con aires de incredulidad. Sin embargo, decía la verdad, pues no consideraba hacer el amor a algo que no era hecho con amor, aunque tampoco a desgana. Era verdad, una verdad relativa. Por lo tanto, Tina no debía reírse de ese modo, cubriéndose la boca con las manos. Al parecer le hacía gracia pensar en la posible virginidad. De todos modos, el motivo cual fuese de su risa, le era indiferente porque le gustaba mucho su forma de reír.

—¿Y tú, cuantas veces lo has hecho?

En su cara fulguró un color más vivo combinado con algo de timidez. Cuando empezaba a sofocarse, agachó la cabeza y el flequillo echó el telón sobre el espectáculo de su mirada. No respondería a esa pregunta. Entonces Raúl decidió formular otra pregunta:

—¿Crees que hay magia entre nosotros? —Raúl optó por otra pregunta.

—No necesitas respuesta. Es evidente.

En efecto era evidente. Raúl apagó el cigarro en la taza ahora vacía ya que a primera vista no encontró ningún cenicero. Tal vez la carencia de ceniceros

fuera porque los clientes usaban cachimbas. Aunque no veía a nadie fumar.

—¿Eres sincero?

—Sí, siempre, bueno, casi siempre digo la verdad. Además, este juego es para decir la verdad. Aprovecha ahora.

—Dalo por hecho.

—¿Y tú? ¿Eres sincera?

—Sobre todo ahora.

De pronto alguien salió a la calle dejando entrar una fría aireada. Ambos se detuvieron ante la corriente cual interceptaba entre ellos meciendo las llamas de las velas, apagando algunas a su paso. Entonces, teñida de extrañeza, ella intensificó su mirada.

—¿Crees en Dios? —Tina le apuntaba con unos ojos penetrantes—. ¿O en el diablo?

El ambiente de pronto dio un vuelco. La cándida niña de enfrente miraba ahora con unos ojos más oscuros y sarcásticos; parecían no ser los suyos. Raúl sentía escalofríos. Las llamas bailaban al son de la brisa ahora colada por la ventana; todas menos la de su mesa agitada bajo la desproporcionada respiración de Tina. Las velas eran el decorado de un terrible ritual, donde sin duda él era la ofrenda. No llegaba a estar aterrado, hasta que la incertidumbre de su espera le causaba desasosiego. Ella esperaba, con una terrible sonrisa de par en par, con una sonrisa aún desconocida en ella. Parecía haber perdido su alma tras la ráfaga. Ahora estaba vacía, con una expresión inconcebible. Esa no era ella.

Una mirada turbada cruzó el rostro de Raúl.

—Creo —balbuceó mientras arrastraba indeliberadamente la mano zurda por la mesa, sin darse cuenta que podía a tirar su taza de té—... más bien, ninguno de ellos cree en mí.

La taza al final cayó al suelo, dio un bote y se desmenuzó por completo. Seis trozos y medio de porcelana sin forma, quedaron esparcidos bajo sus pies. De repente ellos dos eran el objetivo de cada mirada furtiva del local, el centro de cada tema por debatir en forma de susurro sobre el repentino silencio. Pero afortunadamente la tensión acabó pronto, gracias al camarero que sin enojo con una escoba y un recogedor recogió los añicos mientras cantaba en alguna lengua extraña. La escena a ambos le parecía un tanto cómica, tanto que no lograron reprimir unas reciprocas risas. Raúl y Tina rieron, casi sincronizados. Las risas inciertas al principio, inseguras y

apagadas, enseguida cobraron nitidez, cobraron el mismo color de antes de la escabrosa escena. Los colores volvían sucesivamente al mismo lienzo, los sonidos a los mismos oídos. Raúl restó importancia a la escena anterior, prefería olvidar lo acontecido para no desgarrar la ensoñación. No pretendía aguarle la velada tan pronto. Todavía deseaba vivir muchas cosas antes de que una circunstancia se interpusiera en su camino. Todavía no habían terminado de jugar al *juego de la verdad*. Dicho juego estaba resultando un estrecho entretenimiento. Ambos se aproximaban cada vez más, pregunta a pregunta. Desvelaban poco a poco su persona, descubriendo en cada respuesta la semejanza del otro. Pudieron pasar horas repicando con estruendosas campanadas que no desviarían su camino por nada: el camino escarpado del enlace de corazón a corazón.

Tina insistía en temas relacionados con el amor y el sexo, desinhibida un poco más en cada turno. Mostraba los temores girando la taza de té ya vacía, o cualquier otra cosa hallada en la mesa. Ostentaba mucha curiosidad en ese ámbito. Por eso, le gustaba aún más si cabía, incluso cuando estaba a punto de ruborizarse con sus propias preguntas: las preguntas nunca respondidas por ninguno de sus novios cuales dejaron profundas heridas. Raúl, sin embargo, recurría más a los temas relacionados con los sentimientos y deseos personales, aunque de vez en cuando disfrutaba al retornarle sus preguntas cual inocente reto.

Así saciaron cada curiosidad, cada enigma paseado de puntillas por la mente, hasta dejarla desértica. Aunque, en la cabeza de Raúl sobrevivieron algunas incógnitas. En ella había hallado algunos vestigios inaccesibles. Si bien, no quería seguir con el juego más allá de lo previsible, no quería presionarla, quizá fuera demasiado pronto para acceder a sus escondrijos. Por lo tanto, aunque todas las preguntas no fueran contestadas, el juego fue zanjado.

—¿Qué pasa si uno de los dos ha mentido en el *juego de la verdad*? — preguntó Raúl.

—Pagaré las consecuencias. La mentira pasará factura y se volverá en su contra.

Raúl tragó saliva. Escudriñó todas las respuestas y encontró una pequeña mentira. A su pregunta de si creía que se acababa el amor había respondido que sí; sabía que todo tenía final, pero aquella relación en realidad deseaba que fuera imperecedera. En realidad, la respuesta correcta era NO. ¡No se

termina el amor cuando es auténtico pues es para toda la vida! De todos modos, era un juego, no pasaría nada por una pequeña mentira.

—¿No me habrás mentido?

—No —Raúl tragó más saliva sin darse cuenta había vuelto a mentir—. Creo que no.

De repente, Tina le sorprendió pinchándole en la yema del dedo índice con una aguja, luego se pinchó ella y selló ambos dedos con la gota de sangre que brotaba.

—Queda patente la resolución del *juego de la verdad*. —dijo Tina mientras guardaba la aguja en la cajetilla con plena serenidad.

¿Qué hacían las agujas en su bolso? —se preguntaba Raúl absorto— ¿Para qué las usaría?

—Este anillo fue un regalo de mi niñez —Tina mostró en el dedo anular un anillo de oro—. Cuando tenía ocho años nada más, mi abuela me lo regaló. Para mí es algo muy preciado. ¿Te gustaría llevarlo?

—Pues —¿cómo podía decir que no si todavía estaba impresionado por el repentino pacto de sangre?—, desde luego. Me encantaría. —dijo Raúl mientras se chupaba el dedo.

Tina lo desprendió y se lo entregó junto a la mejor de sus sonrisas. De no ser tan pequeño, Raúl también lo llevaría en su dedo. De igual modo, lo llevaría encantado en cualquier lugar. Mientras pasaba el anillo por el cordón donde colgaba el colmillo, un presentimiento cruzó su alma. ¡Aquello iba demasiado en serio!

—¿Sucede algo? —preguntó Tina mientras le ofrecía un cigarro.

Raúl lo cogió. Expulsó en pequeñas bocanadas las inseguridades, los temores y devaneos. Formaba con el humo las imágenes de todo cuanto le preocupaba en ese momento. Esa imagen fría, muy distorsionada, se alejaba junto al incienso, apenas reconocible. Pensó hasta qué punto sería humo los miserables sentimientos. Tina también contemplaba el humo, en su ascensión, hasta su estrellato en el techo.

—Nunca dejaré de fumar. El humo me consuela —dijo Raúl—. Ocurre como en todas las cosas: es muy fácil entrar, pero muy difícil salir. ¡Y no sé cómo diablos acabar!

—Seguro que sabrás que un punto final nunca es el final, sino un punto y seguido. El punto final es un regalo del destino.

—Lo sé, pero me gustaría poner ese punto final personalmente a algunos

capítulos —dijo Raúl mientras dejaba en la mesa un billete del cual no esperaba vueltas—. ¿Nos vamos?

En la calle, el cielo había oscurecido por completo. La noche excluía las sombras dormidas para envolver la ciudad de un tinte oscuro. En un suspiro todo el paisaje se vestía de su color favorito: lúgubre, enigmático, místico, desconocido. El misterio de la noche. Camino al coche, la imagen de San Luar invadió la mente de Raúl. Tenía la sensación de que los seguía. Creía escuchar sus pasos, el traqueteo del cuero de sus tacones golpeando la terraza, en intervalos arrítmicos, afónicos de repente. El sonido se volvía cada vez más obsesivo. Apresuraron el paso. Al llegar al coche buscó de esquina a esquina por toda la extensión del parque. Apenas un perro negro decrepito deambulaba perdido, nadie más, al menos a simple vista.

—Vaya —dijo Raúl—, casi he sentido miedo.

—¿Si yo fuese Satán me tendrías miedo?

La mirada comprensiva de antes de nuevo se tornó gélida, los ojos se tornaron más oscuros, el rostro quedó rígido e inexpressivo, su sonrisa maléfica e insolente. ¿El diablo? Aquello se convertía por momentos en algo extravagante, desconcertante. Descartaba la idea de una broma; más aún que ella fuese el mismísimo diablo. Para colmo, su aspaviento se intensificaba como si en realidad lo fuese. Tina no bromeaba. ¿Qué pretendía decirle? ¿Qué insinuaba? Quizá llevaba grabado en la nuca los tres seises. Quizá fuese una actriz novel rememorando un antiguo papel de una oportuna escena. Quizá tuviese problemas psicológicos. «¡Una loca de remate!», pensó. San Luar había emigrado de su cabeza para cederle paso a la pregunta de Tina. Esa pregunta adquiriría forma de una enorme pierna que le golpeaba en la ingle sin intermisión.

—¿Me tendrías miedo?

La sonrisa era diabólica. Reaparecía una amplia dentadura, demasiado grande para su formada boca. Su expresión se acentuaba hasta mostrarse grotesca, casi irreal. Le intimidaba. Su calor le angustiaba, le empañaba el corazón.

—Esto ya no es el *juego de la verdad*... ¿verdad? —le preguntó Raúl. El aire le congelaba la nuca.

—Sí, bueno, como quieras.

—No —titubeó—, no te tendría miedo. Claro que no.

El rostro de Tina fue descongelado feliz por la respuesta. Volvía a sonreír

hinchida de satisfacción, volvía a ser la niña encantadora de la noche anterior. Raúl profesó a aquella la mejor de sus sonrisas, reservada para ocasiones desconcertantes. Y en realidad, estaba desconcertado. Tina le trastocaba.

Enmudecieron un instante, absortos en unas miradas definitivas. Ninguno entendía qué ocurría entre ellos. Había algo de sobrenatural en lo sumamente natural. Una fuerza imponderable los empujaba vehemente hacía el prójimo, y una vez fusionados, rendidos a aquella magia, un manto los arropaba para convertirlos en seres especiales. Si bien cabía la duda de si esa sensación era buena o mala, ambos coincidían en la misma apreciación: era algo recíproco y con toda certeza real.



Capítulo 7

«SERVIR cielo donde no alberga luz es tarea inútil —pensaba Raúl con la mirada puesta en el cielo—. Pero entre Tina y yo hay demasiada luz.» De súbito, Raúl y Tina vislumbraron de pura casualidad unas estrellas fugaces recorriendo el firmamento.

—¿Qué deseo has pedido? —preguntó Raúl.

En la estrecha pauta de silencio ambos concibieron una recíproca respuesta. ¡Habían pedido el mismo deseo! Raúl no podía evitar observarla indeliberadamente. Parecía muy cómoda, dispensada en el habitáculo de su coche. Y eso le gustaba.

—¿Te fías de mí? —preguntó Raúl mientras hurgaba en el bolsillo de la americana—. A pesar de tener esa sensación de conocernos hace más tiempo, me conoces desde anoche. Aún no sabes quién soy. —Raúl sacaba del bolsillo un pañuelo negro.

—Confío por completo en ti —dijo sin perder de vista el pañuelo tensado sobre sus manos—, no me vas a hacer daño. Además, tú tampoco me conoces del todo. Todavía no sabes quién soy, y, sin embargo, te fías de mí.

—Tengo todo el tiempo del mundo para conocerte.

De repente sonó una alarma: el estómago de Tina que empezaba a hacer ruidos extraños. Ruborizada, con la pretensión de manejar los nervios colocó una mano encima para aquietarlo. Confiaba en él, pero no lo suficiente para controlar su inquieto cuerpo, vulnerable a la incertidumbre; Tina lo miraba con expresión de fresca travesura inquiriéndole un poco de silencio.

Ambos sonrieron rígidos. Por un momento creían partir los gestos.

—No, no te haré daño. Únicamente quiero que cierres los ojos —Raúl procuró palabras tranquilizadoras. No quería parecer un incondicional de Jack el destripador, ni nada parecido. No era su estilo. No tenía cara de asesino, ni de violador, si acaso de alguien interesante—. Tranquila, dile a tu estómago que se calme.

—Es una sorpresa, ¿verdad? ¡Jo! Dame al menos una pista, solo una pista. Por favor.

Raúl subió el jersey de Tina a la altura del abdomen y besó apacible el ombligo. Estremecida ante el cálido beso enmudeció. De momento su estómago y ella enmudecían henchidos de satisfacción. Entonces, fiel a sus palabras, convencida de estar en buenas manos, cerró los ojos. Raúl se acercó a ella con el pañuelo tenso entre sus manos descubriendo una fresca fragancia a jazmín embriagadora que clamaba a gritos su atención. ¡Tan difícil era luchar contra el deseo! ¡Mordía su deseo con todas sus fuerzas en vez de morderse la boca! Evadido a la tentación de su aroma, de besarla irremediamente, le vendó la cabeza bajo el flequillo a la altura de los ojos. ¡Escuchaba a su deseo gruñir de dolor!

El pañuelo no le dejaba ver nada, ahora estaba al servicio de la oscuridad, al servicio de su tutor. Un desfile de sugerencias discurría en su cabeza en ese momento, mientras él la observaba perplejo a medio metro. Quizá las mismas sugerencias cuales se avecinaban sobre él con voracidad: una sorpresa; un regalo; un beso; una caricia.

«Hacer el amor. Hacer el amor con los ojos vendados.»

¡Ojalá fuesen sus intenciones! ¡Ojalá fuesen reciprocas! De momento él procuraba espantar aquel enjambre de avispa avecinadas en su mente para ceder tiempo al tiempo. Todo se hallaría a su debido momento. Por consiguiente, guardó la calma. Tras la última contemplación arrancó el motor todavía haciendo esfuerzos para creer en su presencia. ¡Seguía a su lado! ¡Excitada y relajada al mismo tiempo! Su estómago callaba, pero no reinaba el silencio, ahora hablaba otra cosa, algo más significativo para ellos, más difícil de discernir: el corazón.

A golpe de tal órgano tras pisar el embrague metió primera. En todo el trayecto no dejaba de mirarla. Era realmente bella. La miraría despierto, dormido, en vida y en sueños. La miraría incluso sin usar sus ojos, mientras conducía con toda la calma posible, con las manos agarrotadas al volante. En tanto la ciudad acababa a su paso, carretera abajo, envuelta en más y más oscuridad. Se alejaba sin saber a dónde se dirigía, pero convencido de a dónde ir. Confuso, pero sobre todo seguro.

Al encuentro de un cruce donde surtían cuatro ramificaciones decidió girar a la derecha. La oscuridad en total plenitud devoraba las luces del insignificante vehículo que apenas le guiaban por el recóndito camino. ¿Dónde

la llevaba? Conducía, eso sí, giraba el volante, oprimía los pedales de freno y acelerador respectivamente cuando el camino lo requería, pero no sabía dónde iba. Sus ojos extraviados miraban hacia delante sin fijarlos en ningún punto en concreto, conducía un vehículo que a su vez le conducía a él. Era un conductor pasivo, un conductor conducido y abducido.

—Tranquila, estamos llegando. —dijo sin saber por qué.

De pronto un pinar abrió sus fauces ante los ojos. Los primeros pinos dieron paso a amplias dunas cargadas de cientos de ellos. Antes de darse cuenta se halló en el paraje de una calma serena, una aislada playa al anochecer. Una hilera de casas viejas a dos metros del mar era la única población cuya ausencia debía residir en otro lugar, para dejar el apartamento en exclusiva para el mes vacacional de veraneo.

Detuvo el coche embutido entre dos casas abandonadas, paró el motor y apagó las luces. Miró a ambos lados para cerciorarse de cualquier otra existencia humana sin toparse con otra cosa que no fuera arena blanca, un mar esclarecido bajo la luna llena, oscuridad absoluta, y un silencio ensordecedor impregnado por el sonido de un eterno oleaje.

—¿Puedo mirar ya? —dijo Tina— ¿Me vas a quitar esto? ¡Jo, sospecho que se me han dormido las pestañas!

Raúl bajó del coche, abrió la puerta de copiloto, pasó la mano derecha bajo sus rodillas, la izquierda tras su espalda, y con sumo cuidado la sacó en brazos. Calculaba los cincuenta kilos, pero no quiso preguntar. A cada paso dirección a la orilla el olor a salitre sobre la arena era más esclarecedor.

—Tengo un poquito de frío —dijo Tina— ¿Dónde estamos? Bueno, tampoco me importa estar sobre tus brazos. Tarda cuanto quieras, estoy muy a gusto...

En la orilla, a un escaso metro de donde guarecían las olas, detuvo los pies y hundió las rodillas Despacio, dejó a Tina recostada bajo el cielo. Llegado el momento soltó el nudo y la libró del pañuelo. Tras un leve suspiro reapareció aquella añorada mirada de inquietud llena de curiosidad, miró a su alrededor hasta cruzarse con su mirada y clamó a la brisa de la noche:

—¡Estamos en una playa desierta!

—Me alegro te guste.

—¿Bromeas? Me gusta mucho —le regaló un beso en la mejilla—... Gracias, gracias, gracias. Miles y miles de gracias. En mis sueños aparecía un lugar como este, insólitamente tranquilo, apartado de la codicia de la

humanidad, donde nada logra destrozar una relación eterna. ¿No lo ves? Aquí las cosas se ven de otro modo. Aquí todo es diferente. ¿Por qué no son así todos los días? ¿Por qué no nos quedamos aquí para siempre? Yo quiero quedarme aquí...

—Porque, puede que esto no sea real —dijo Raúl embelesado bajo un cielo de ensueño propio de un cuento, con una Luna menguante acompañada por un enjambre de estrellas, con Tina a su lado. ¿Qué más podía pedir? ¿Que fuese real?—. La realidad es otra muy distinta, la realidad abre heridas que no llegan a cicatrizar jamás. Además, la gente disfruta interviniendo para abrirlas, por eso a veces esas heridas llegan a infectarse. Pero procurando ser algo optimista, en la realidad disponemos de agua oxigenada.

—Aquí no necesitamos agua oxigenada, idiota. No hay heridas vitales por curar. No existe el desamor. Aquí no, en esta playa no. Aquí no hay nada de eso.

Raúl asintió mirando al cielo. Buscaba un fútil destello para matizar aquella inolvidable noche, pero para su sorpresa no fue uno, ni dos, sino varios los que surcaron el cielo. Cerca de media docena de estrellas fugaces relucieron sucesivamente en un cielo azul oscuro. Aquellas estrellas llenaron de deseos sus corazones. En una repentina mirada, sin remedio, desvelaron los deseos formulados. Cuando lo habían comprendido un par de sonrisas cruzaron sus rostros. Pegó la cabeza a la de ella en busca de cobijo, y sumido al abrazo cerró los ojos. A pesar de ser una noche fría se sentían arropados. Raúl la miró. Apretaba los labios con gracia, como si fuera a hacer pucheros, mostraba unos morritos carnosos, apetecibles. Ella no lo sabía, pero de forma imprevisible le habían tornado los estímulos de besarle, de apoderarse de los tentadores morritos. Quería acariciarlos, devorarlos. ¡Quería besarla! Sin poder resistirse a la tentación de su boca se aproximó a sus labios sin darse cuenta. Pero al recordar la bochornosa escena de la noche anterior se detuvo. Se maldijo un par de veces, oprimió con más fuerza los puños hasta clavar las uñas en las palmas, y se volvió a maldecir. Una vez roto el deseo en dos como papel se guardó los jirones.

Pronto cayeron rendidos los párpados. Flotaban sobre densas nubes, progresivamente, con los cuerpos ingravidos. Flotaron empujados por la brisa mientras les inundaba el sueño, el sueño dictado por la melodía del mar rompiendo sin descenso contra las rocas: el eterno oleaje.

Durmieron, luego, siguieron soñando.

Frotándose los ojos para reorganizarse en el mundo real, comprobaron cómo despertaban casi al mismo tiempo. Mientras Tina enderezaba la espalda le regaló una sonrisa; él respondió con otra más amplia si cabía. A decir por el frío de la noche, debían haber dormido al menos un par de horas. Entonces, nada más ella vio su reloj, comenzó a gritar sobresaltada de espanto:

—¡Jo! ¡Me tengo que ir, mi madre me va a matar, me va a matar...!

Su mirada le acusaba de algo insólito, presa de un repentino pánico. De pronto dominada por una preocupación histérica empezó a moverse de un lado a otro.

—Tranquila, no será muy tarde.

—¡No entiendes nada, me tengo que ir! —exclamaba perturbada— ¡Mi madre me matará! ¡Ya te puedes despedir de mí porque sé que me matará! ¡Búscate otra chica!

De camino hacia el coche no evitaba escucharla repetir lo mismo. La situación no podía ser tan alarmante. Su madre no podía ser tan asesina como decía.

—Me va a matar, mi madre me va a matar...

Cuando encauzó el vehículo de vuelta por el mismo camino, de soslayo vio cómo se golpeaba contra el reposacabezas sumida en la reiterada frase. Se daba cabezazos con los brazos agarrotados sujetos al asiento, con los ojos extraviados, desordenados por completo. De nuevo descubría en ella otro semblante de paranoia. Una paranoia que empezaba a encresparle. Le encrespaba el cambio de personalidad a cada instante.

—Mi madre me va a matar, mi madre me va a matar...

—No te matará, te doy mi palabra. —dijo Raúl.

El continuo sonido de los golpes contra el cabezal le hizo acelerar más de lo habitual. Pisó a fondo el acelerador. Impresionada por el acelerón, Tina enmudeció. Todavía no estaba acostumbrada a verlo perdiendo los estribos. Pero justo al aminorar la marcha, ella resurgió de nuevo con aquellas obsesivas palabras.

—¡Por favor, no lo repitas más, ya está bien! —dijo Raúl— ¡Tu madre no te matará porque lo aré yo antes que ella! ¡Te lo aseguro, si sigues así, antes de que llegues a tu casa te habré matado yo en un accidente de coche!

Una sonrisa amarga cruzó el desquiciado rostro de Tina. Raúl oprimía

rígido las mandíbulas, las manos al volante y el pie derecho el acelerador. Encendió la radio y subió el volumen para mitigar el incesante repicoteo de su voz. Los altavoces distorsionaban en exceso. Miró a Tina de soslayo. Por fin había callado: un par de lágrimas recorrían su cara, rodeaban los pómulos estrellándose en los pantalones. ¡Por fin se había callado!

—Tina, lo siento —dijo Raúl con la mirada fija en el asfalto tras apagar la radio. Empezaba a evidenciar remordimientos—. ¿Estás bien?

Esperaba escucharla, pero no había respuesta, permanecía inmóvil con los ojos cerrados. Las lágrimas ahora secas habían esparcido por su cara el escaso maquillaje. Raúl creía que se había dormido, pero, un leve esbozo de satisfacción ratificó que lo había escuchado todo.

—¿Quién eres? ¿Quién diablos eres?

Tal vez era alguno de tantos diablos. Alguno vivía con ella enredado entre marañas de su pasado dispuesto a surgir en el momento más inoportuno. Algún diablo se guarecía dentro de ella para confundirla, para atormentarla el resto de su vida. Quizá fuera eso, quizá no era la persona adecuada. Sin embargo, por alguna extraña razón, tenía que volver a intentar deshacerse de esas escabrosas interrogantes que ya empezaban a alarmarle. ¡Debía aparcarse esos pensamientos en el aparcamiento del olvido! ¡No debía pensar eso! No, porque, aunque no quería decírselo a ella, ni siquiera a él mismo, sentía que ya la quería de veras. Era el amor que andaba buscando. Aunque ahora sus sentidos empezaban a desvariar; llamaban a las puertas de la razón para buscar respuestas a sus preguntas. ¿De veras le acompañaba un diablo en el coche?

La miró de soslayo. Parecía haber cogido un sueño de ángeles y diablos, donde sin duda ella recorría pendiente de un hilo. Quizá librara una batalla para conseguir una posición en alguna parte. Ese rostro de encanto angelical no cobijaba nada salvo un prematuro amor de infinita benevolencia. Bajo la cortina de sus ojos cerrados permanecían las ventanas de un cielo abierto, nunca un infierno. Cielo e infierno no formaban buena armonía.

—Tina —la llamó del hombro cuando el vehículo se adentraba en la ciudad por la zona norte—. Tina, despierta. Ya hemos llegado.

—Ah, sí, sigue hacia abajo —señaló con la mano derecha—. Todo recto, el semáforo a la derecha, luego la primera calle a la derecha otra vez. Por cierto, ¿ves aquello? —señaló hacia la izquierda—. Voy a ese gimnasio todos los días. Bueno, de lunes a viernes. Hago mantenimiento, bicicleta, un poco de

pesas... cosas así —bostezó—. Quiero mantenerme en forma.

—Yo trabajo aquí cerca, en ese mismo lado al final de la calle, justo la última puerta...

—¿En serio? —Tina volvía a mostrar una sonrisa encantadora—. Vaya coincidencia. Trabajas cerca de mi casa. Me pasaré por allí un día de estos para hacerte una visita...

—Te esperaré. —Raúl sonrió.

—¿Estará mi padre paseando a Panchito? —su mirada poseía unos ojos ingenuos— Para por aquí —miró a su alrededor—. Ojalá no lo esté mi padre paseando.

Paró el coche en doble fila al cabo de la desértica calle.

—Bueno, me tengo que ir —mostró un atisbo de resignación—. Yo vivo ahí, en el primer piso, al volver la esquina...

Raúl respiró bloqueado anclado al volante. Próxima la predecible despedida, el maldito final, no sabía qué le correspondía hacer. Profesaba que ninguna de sus despedidas era la correcta, pues siempre desaparecía dolorido, odiado así mismo por la dolorosa despedida. Por eso, su sistema funcional se había bloqueado, justo al apagar el motor de su coche.

—Tengo que irme.

Había llegado el momento. Ella se marchaba, desaparecía de su vista hasta que la casualidad volviera a juntarles, y él seguía con la misma cara de tonto, sin reaccionar de alguna manera.

—¿Si te doy mi número de teléfono me llamarás alguna vez? —preguntó Raúl.

—Ajá.

—O dime el tuyo y te hago una llamada perdida.

—Imposible —dijo Tina con una sonrisa—. No tengo teléfono móvil. Tenía uno, pero lo perdí hace unos meses... ya no me interesan.

—¿Ni siquiera para hacerte fotos o para entrar en las redes sociales? —dijo Raúl algo desconcertado.

—No quiero salir en ninguna foto. No me interesan las redes sociales —se detuvo para dar paso a una sonrisa más inquietante—. No leo nada en digital. Soy un poco rara. Adoro el olor del papel, el tacto rugoso y el sonido de las hojas al pasarlas. Adoro la letra escrita a mano. Soy un ratón de biblioteca.

—Yo también soy de papel y tinta —dijo Raúl sorprendido ante tal similitud en cuanto a gustos—. No se hable más. Necesito papel. —dijo

apresurado a buscar en la guantera algo para escribir, antes de que cambiaba de idea.

—No es necesario, tengo buena memoria —cerró la guantera—, tengo una memoria de elefante —su estómago volvía a resonar—... y un estómago muy parlanchín.

En pos de una corta carcajada, Raúl le dictó el número a ella que escuchaba con suma atención. Una vez Tina se cercioró de retenerlo en la memoria le dedicó una formidable sonrisa. Entonces, a la espera de una pizca de solidaridad, a la espera de algo definitivo, con el corazón a cien, se detuvieron encarados por última vez. Las miradas perplejas detonaban los latidos a flor de piel. Sin perder la guardia intentaban ocultar los indicios de debilidad al adversario. Pero la mirada no consiguió esconder por más tiempo sus deseos, y al final, en un descuido habló por ellos.

—Quiero decirte algo —Raúl titubeó—. Soy un hombre de palabra, aunque a veces quisiera no serlo. A veces quisiera romper esas promesas que no sirven de nada, pero no puedo... bueno, lo que quiero decirte es —tragó saliva—... ¿Cómo decirlo? ¿Recuerdas cuando te prometí no volver a besarte hasta que tú no me lo pidieras?

Ella asintió sobrecogida de nuevo escondida tras el fleco. Deseaba que se lanzara de una vez. Deseaba besarle en la boca, pero no era capaz de pedírselo.

—Pues, eso... no sé cómo decírtelo, me resulta un poco difícil —continuó Raúl esforzándose por ser claro—. Tal vez tenga que recurrir a algún viejo tópico, tal como: «me muero por besarte»; o quizá: «si no te beso ahora mismo no podré seguir viviendo.»

Tan pronto Tina asintió con la cabeza Raúl le extendió un amable beso en la frente. Ésta agachó la cabeza escondida tras el pelo. Ocultaba la disconformidad porque, en realidad, ese no era el beso que esperaba. A decir verdad, lo último que esperaba de él era un beso en la frente.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Raúl.

—No me hagas esto —dijo Tina—... me trastocas. No soporto que me preguntes si me puedes hacer una pregunta. Jo —se detuvo en busca de concentración—. Espera... —se preparó para salir corriendo.

—¿Te puedo dar un beso de verdad?

Ella le miró radiante, sorprendida. Lo deseaba. Sus labios hablaban por sí solos, eran dos fresas maduras, apetecibles, humedecidas, brillaban como sus

ojos que no se apartaban de su boca.

—Prueba. — se acercó con discreción unos centímetros.

Cual si aquella palabra fuera el pistoletazo de salida, Raúl escapó de las dudas que le sujetaban al asiento, y con los ojos cerrados se aproximó hasta juntar sus labios con los de ella. Primero sintieron el corto abrazo de labio con labio como algo supremo, algo nuevo, extraordinario; después bañaron las pieles con la saliva del otro. Al cabo de dos segundos abrieron los ojos para dedicarse una amplia sonrisa de par en par, de agradecimiento. ¡Se habían besado!

—Me ha gustado mucho. —susurró Tina.

—Nunca había sentido nada parecido.

Con temor de que sus piernas no obedecieran, Tina logró salir del coche. Debilitada tras el beso miró desde afuera un último instante. Volvió a mirar tras ella por sí alguien la había visto; y tropezó de nuevo con su mirada.

—Jo, no me quiero ir...

—Yo tampoco me quiero mover de aquí... entre otras cosas porque no lo consigo, el pie derecho se me ha dormido en el pedal del acelerador.

Apresurada, con un adiós por despedida dio media vuelta y se marchó a la carrera, saltando, a punto de tropezar con las bolsas de basura. Tocó el timbre de su portal, le envió un beso y desapareció en su interior.

Al cabo de un rato, después de haber digerido los incidentes, los pensamientos y devaneos del transcurso de la noche, una vez su pie derecho despertó del ensueño, Raúl arrancó el motor.



Capítulo 8

PARA colmo, la semana no fue una parsimoniosa procesión de sueños, sino, además, una inclusión de recuerdos y sentimientos. Cada minuto era un universo saturado de pensamientos donde Tina guardaba cobijo; saludaba con entrañable inocencia mientras mostraba la sonrisa de su tristeza. Por mucho empeño en ignorarla, era soñada el domingo, compañera de trabajo el lunes, interrogante sobre algún papel en blanco, comida cuando se sentía hambriento. Aunque quisiera, aunque pretendiera olvidarla siquiera un segundo, no conseguía arrancarla de su obstinada cabeza. Siempre con su agradable sonrisa de chiquilla, con su inexplicable derroche de simpatía maquillando un extraño fondo sombrío. Una luz que siempre iluminaba su oscuridad desintegrándola por completo.

A la salida del rutinario trabajo diario, sentado frente al escritorio junto a la ventana cara a la calle intentaba escribir cualquier cosa como hacía a menudo. En su pasión hallaba un trocito de paz. Miraba las hojas blancas, después miraba por la ventana. Gente conocida y desconocida acicalaba la calle, gente deambulando extraviada en todas direcciones. Entre tanto surgían palabras, una detrás de otra, sin un propósito aparente, sin sentido. Ahora necesitaba de Tina para poder escribir. Esperaba verla con su jersey de cuello vuelto, con su ilustre gracia derrochada a cada paso; destacada entre una esparcida multitud, destacada por su ausencia entre decenas de personas cuyos pies arrastraban unas vidas a sus ojos indiferentes. Esperaba su llamada, esperaba impaciente su voz; cosa no aceptada por el teléfono que se empecinaba en no cantar.

De súbito el teléfono azotó el aire predispuesto a despejar la espesa inquietud. Enseguida descolgó halló una voz nada agradable, nada que ver con la esperada, se presentó por su auricular. Conocía a Pol Soler más que se conocía él mismo. Bajo la estúpida preocupación por su salud escondía algún malogrado interés.

—Me he enterado de tu nueva conquista... según dicen está muy bien.

El olor del polen parecía llegar hasta su auricular. Repugnaba ese olor en este preciso instante, repugnaba aquello en otro momento considerado un aroma esencial.

—¿Qué le has hecho a Melania? Resulta cómodo cortar con una persona por teléfono.

—¿Qué te propones?

—Desde que la dejaste no quiere comer, las ojeras le llegan a las rodillas. Odio decir esto, pero, llámala. Es capaz de cometer una locura, es capaz de...

—Eso ya está hablado. Gracias por tu preocupación, pero debo colgar, espero una llamada importante. Lo siento, pero debo colgar. Adiós.

Golpeó el teléfono sobre la base, oprimió el cráneo con ambas manos, y miró el reloj por entre los dedos. El teléfono, el reloj, el teléfono, el reloj... Las posibilidades de volverla a ver se esparcían entre los dedos, líquidas cual aguas en tiempo de sequía, tan lejanas que jamás alcanzaría a beber. Oprimió el rostro, aplastó la nariz contra el desnudo cristal. Pintaba el traslucido vidrio con el vaho, mientras desterraba las últimas esperanzas al final de la tarde. Imaginaba otros ojos, otra boca, otros labios, otro cuerpo, justo en la ventana de enfrente, tras otro vaho, otro cristal, otra mirada. Imaginaba a alguien que pensaba como él, alguien que también esperaba una llamada quizá viendo la lánguida calle del mismo modo; alguien que quizá también le observara, a la espera de una desconcertante llamada. Quizá fuese ella.

Tina manipulaba los dígitos con el designio de encontrar el número de teléfono que Raúl le dio aquella noche, pero la memoria, esta vez, le jugaba una mala pasada. Conocía todos los números, pero oscilaba entre las dos últimas cifras. Al parecer los nervios no debían haberla dejado memorizar todos los números.

—No lo conseguiré. —dijo Tina.

—Cosas más difíciles hemos conseguido —dijo Rosa—, no te des por vencida tan pronto.

—No lo conseguiré, tengo muy mala suerte. La mala suerte va conmigo a todas partes. Mírala, te has sentado encima de ella. ¡La estás aplastando!

Rosa tomó asiento más cerca de ella, por si acaso aplastaba su mala suerte de veras, y le frotó la rodilla en signo de ánimo. Ella siempre estaba a su lado en los momentos difíciles, y este sin duda parecía ser otro momento difícil en

su larga lista del infortunio. Era su mejor amiga, de no serlo, no la dejaría sentarse en la sala de estar de su casa irrumpiendo en la relación con su novio. Pero pese a todo Rosa intentaba extraerle la sonrisa esperanzadora, frotaba aún más fuerte, como si quisiera sacarles brillo a los desgastados vaqueros azules.

—No —abrazada a su amiga abrió la presilla de los ojos—. Esta vez no lo conseguiré, era mi única tabla de salvación y la perdí. ¡Me ahogaré!

Dos gotas se estrellaron sobre el hombro de Rosa. Comenzaba a resignarse, no lo volvería a ver, ni aún por casualidad. Se resignaba a creerse gafe. Tal vez en realidad lo era. ¿Cómo podía olvidar su número de teléfono? Siempre había presumido de su formidable capacidad de memoria y ahora, sin embargo, olvidaba un estúpido número telefónico. ¿Soportaría la consecuencia de no verlo nunca más? En definitiva, no. ¡No lo resistiría!

—Espera un momento —Rosa cogió de la mesilla de cristal una tarjeta y un bolígrafo—. Únicamente has olvidado los dos últimos números, ¿no?

—Sí, supongo —Tina se frotó los ojos esbozando pucheros—. Aunque el penúltimo era seguro un cuatro, o un cinco... ¡Jo! —se cruzó de brazos haciendo morritos—. No me acuerdo.

—Empieza de una vez a escribir todas las combinaciones oportunas, yo iré marcando.

Rosa acomodó el teléfono sobre sus rodillas, le entregó el bolígrafo junto a la primera hoja sobre la mesa de cristal, cruzaron una mirada de complicidad y se abrazaron como dos buenas amigas.

—¿Todas?

—¿A qué esperas? —Rosa le regaló una mirada afable, consciente del deseo frenético de que Tina por reencontrarse con Raúl—. Y a partir de ahora espero que no salgas de tu casa sin un teléfono encima como todo el mundo.

Sin más preámbulo, dispuesta a sacudir la memoria, Tina empezó por escribir cuantos números sabía con certeza. Alineaba a la derecha del papel las posibles combinaciones empezando por cuatro. En realidad, también titubeaba entre los primeros números, por lo tanto, surgió alguna variante más. Demasiadas variaciones, demasiados números para tan poca esperanza, casi una veintena. Los nervios desahuciados, le hacían dudar hasta de su propio nombre. ¡Ya no sabía ni como se llamaba! Y, a decir verdad, aunque moría por aquellas palomitas de maíz que no dejaba Rosa de comer, no podía permitirse perder un minuto de su valioso tiempo. ¡Tantas combinaciones para tan poca

esperanza! ¡Tanta esperanza para tan poco tiempo!

En la estación de servicio, Raúl aclaraba el coche por enésima vez. Insistía en saciar la carrocería ya desteñida. Intentaba ahogar la preocupación bajo el chorro a presión. Harto de las insistentes llamadas de Melania, había descuidado por un momento la llamada Tina dejando el teléfono móvil en el asiento derecho. Intentaba no pensar tanto en Tina. Intentaba evadir una nefasta conclusión que sin su permiso se mostraba firme en su conciencia. Tina no llamaría, tan solo Pol, o Melania insistiendo en la reconciliación.

Al cierre del agua se cerró la última esperanza. Subió al coche resignado, descorazonado. Frente al volante se miró en el espejo retrovisor. ¿Con esa cara de estúpido esperaba su llamada? ¡Estúpido! ¡Un hombre desquiciado sobre la cuerda de la exaltación no merecía llamada alguna! Un desquiciado, eso era. Un torpe trapecista a punto de caer sobre la red. Sin embargo, antes de caer optó por asomarse al balcón del asiento derecho para ojear el teléfono móvil. Entonces para su sorpresa el texto de la pantalla le volvía a saturar de esperanza. Una llamada no respondida con número desconocido. No podría ser otra sino ella. Al menos eso deseaba con todas sus fuerzas. ¡Por fin!

Reapareció el manajo de nervios que se dilatava en sus entrañas. Esa llamada perdida debía ser de Tina, por lo que no dudó en llamar al número mostrado en la pantalla. Entonces, antes de llegar a pulsar el botón de llamar volvió a sonar el teléfono. Descolgó sin mirar quien era.

—Raúl, te llamaba para saber de ti... —la voz de Melania le golpeó por el auricular.

—Por favor, cuelga, Melania, no me apetece hablar contigo ahora.

—Perdóname.

Raúl colgó el teléfono con el perdón de Melania descartado. Si acaso el único perdón que debía adjudicarle era por su insistencia. Volvió a mirar en la lista de llamadas perdidas de su teléfono móvil, encontró el último número, y apresurado llamó. Un tono. Dos tonos. Tres tonos.

—¿Tina? —se anticipó Raúl.

—No está...

—¿No está? —las pocas esperanzas supervivientes tornaron ante sus narices— ¿Quiere decir que ha estado? ¿La conoces?

—Sí, claro, soy su amiga. Tú debes de ser Raúl si no me equivoco. ¿Verdad? Pues me ha hablado mucho de ti. Te ha estado llamando desde mi

teléfono toda la tarde como una loca, al no localizarte, se ha ido a Sefarad. A lo mejor todavía está allí esperándote. Estaba destrozada...

—¿Hace mucho tiempo que se fue?

—Media hora más o menos.

Aunque en realidad no lo parecía bajo aquellas ropas era ella. La reconoció por la melena cobriza, porque era la única chica del local. ¡Qué demonios, porque en realidad la reconocería sin mirarla! Llevaba una cazadora de piel negra remachada, unos vaqueros azules desgastados y unas botas militares negras. Una apariencia de chica rebelde en los años ochenta. Terriblemente excepcional, indiferente, paciente. Los brazos echados alrededor de una taza de té en la barra, con la mirada ahogada en el fondo de la taza. Se giraba sobre la banqueta giratoria a ambos lados cual peonza extraviada. Seguro ya le daba por perdido. Entonces, puesto que estaba sentada de espaldas a la entrada, aprovechó para acercarse sigiloso.

—¿Esperas a alguien? —le dijo.

La banqueta chirrió al girar a su encuentro. Sus ojos no le reprocharon nada, sino todo lo contrario, se mostraban sobresaltados.

—A ti, tonto.

Enseguida se estrecharon en un abrazo henchidos de alegría, como quien tarda varios años en reencontrarse. Luego, esta vez sin ningún prejuicio alguno se besaron. Dilataron el beso algunos minutos, a punto de quedarse sin aliento, hasta que ella se separó para hablar:

—“*Sepo a palopitas*” —dijo con un tono de ingenuidad premeditada—. He estado comiendo palomitas en casa de mi amiga Rosa. Creo que me he pasado. ¡Jo! He comido muchas palomitas. Me duele la *pancita* —refunfuñó graciosa con la mano sobre el estómago—. ¡”*Sepo a palopitas*”!

—No me importa, me encantan las palomitas de maíz. Me gustas con cualquier sabor. Me gustas de todas las maneras posibles...

—¿Sabes? Pensaba que no te volvería a ver. He estado toda la tarde en su casa llamando a un montón de números de teléfonos para dar con el tuyo... No recordaba los dos últimos y he tenido que ir probando...

Raúl se sintió encandilado, le encantaba ese aire de inocencia e ingenuidad, aunque fuera fingido. Ni resto de diablos, ni resto de sobriedad. Ahora en ella todo era translúcido. Sus ojos rezumaban pura vida, rezumaban sobre todo amor.

Condensaron los labios más despacio acariciando las lenguas. Sintieron sus cuerpos por dentro con los ojos cerrados, anudados en un fuerte abrazo, sin prisas, sin agobios. Por un momento olvidaron dónde se encontraban.

—He comprado algo para ti —buscó Raúl en el bolsillo del pantalón—. Espero te guste, me encantaría que lo llevaras contigo para así recordarme cuando no esté a tu lado. Abre la mano y cierra los ojos. Ahora puedes mirar.

Tina halló bajo su desprendida mirada una pequeña caja de terciopelo rojo. Raúl creía que Tina ya había deducido su contenido, pero esperó para asegurarse mientras deshacía el lazo que la cubría. El interior la sorprendió. Sus ojos se iluminaron por el fulgor de un resplandeciente corazón de oro blanco. Brotó de su rostro una formidable sonrisa y saltó a sus brazos. Apresurado Raúl despasó la cadena que llevaba ella en el cuello, descubriendo un embriagador aroma de jazmín. Una vez terminó de pasarle el corazón de oro por la cadena se tornó ante ella para contemplarlo. En realidad, aunque conocía la valía del regalo, ostentaba en ella muchísimo más valor. Ella radiaba más que el mejor de los metales, más que la mejor de las piedras preciosas.

—Me gusta mucho —lo observó entre los dedos—. Por cierto, yo también he traído algo para ti: mis dibujos. Pero vamos a hacer un trato, si me enseñas alguna de esas poesías que escribes te los enseño... es que me da vergüenza. ¿Llevas algo escrito?

Raúl frunció el ceño. Ella le mostró una carpeta azul cruzada por dos bandas elásticas. Una vez sobre la barra apartó las bandas elásticas.

—De casualidad, llevo en los bolsillos una poesía. Además, me muero por ver esos dibujos —sacó del bolsillo el papel—. Es muy íntimo, tal vez un poco desalentador... pero a lo mejor te sirve para conocerme mejor. Lo escribí anoche en un arrebato de introspección... quizá te parezca escabroso o desagradable. Luego no digas que no te lo advertí.

Su mirada expectante, entallada en un deseo recíproco por compartir el arte personal, no la separaba de la hoja. Raúl encantado por el olor a jazmín pudo descubrir cuánto le interesaban sus escritos, siguió el camino de sus ojos sobre el escrito.

*¿Qué demonios hace mi cuerpo por esos retorcidos senderos?
si me reciclo de las sensaciones que nadie percibe,
y divago esparcido por esa imagen tan fría y trivial*

*que me desprecia,
y me despoja, mezclándose en su mundo,
junto a otros cuerpos,
formando parte de un decorado tan absurdo,
y tan plano que resbalo,
me escurro mientras contemplo esa película,
como un espectador obstinado,
considerando cada movimiento de ese actor que posee
mi cuerpo, observando cada detalle.
Esperando oír un comentario sobre la escena
y buscando complicidad,
una comprensión de lo incompresible,
y volver a ser carne, convirtiendo una caricia
en la prueba de que no es un sueño...
entonces, pues, acaríciame...*

Desfilaron varios segundos de silencio. El mensaje parecía haberle calado muy hondo, eso daban a entender sus ojos humedecidos.

—Te entiendo perfectamente —plegó la hoja con la cabeza agachada—. Yo me siento igual. Parece de mi puño y letra, es como si lo hubiese escrito yo —dijo boquiabierta—... en realidad me ha impresionado mucho. De verdad, estoy impresionada ¿Puedo quedármela?

—Te la regalo si me enseñas tus dibujos.

Una sonrisa afirmativa cruzó el rostro de Tina. Se levantó de la banqueta indicándole a Raúl que la siguiera a una mesa. Acomodada, extendió la carpeta azul sobre la mesa y abrió las bandas elásticas con su impecable encanto, consciente de jugar con los nervios ajenos.

Ante la primera imagen, Raúl se sorprendió, maravillado por la calidad del buen trazado del lápiz sobre el papel. Era algo hermoso e inefable, en realidad sorprendente. Algo no esperado, a decir verdad. El primer dibujo era fascinante: un duende de puntiagudas cejas, de encandilados ojos sobre una enorme sonrisa de par en par; el segundo, sin embargo, era más místico, sarcástico, descabellado: un árbol de cuyas frágiles y enrevesadas ramas atravesaban decapitadas cabezas sobre un fondo aterrador, repleto de ojos flotantes sobre un extraño cielo grisáceo; el siguiente era al igual fascinante, similar al primero: un duende, este con un tercer ojo sobre la frente, con una

sonrisa todavía más desproporcionada. Después, otro paisaje terrible, donde manos de uñas afiladas emergían del suelo para arañar las nubes ennegrecidas. Luego, el dibujo de una playa fiel a un atardecer, enclaustrada entre interminables enredaderas y flores variadas. Los sucesivos también fueron admirables, sorprendentes. Unos mostraban ingenuidad e inocencia; y otros todo lo contrario: maldad y sarcasmo. Una vez llegó al último cerró la carpeta azul. Aunque ella escudriñaba una respuesta en su rostro, enseguida la averiguó, pues leía en su mirada aquello que no lograba ocultar: estaba impresionado.

—Me ha encantado... es decir, me encantas. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Apresurada extrajo un paquete de cigarrillos de su bolso negro. Tras colocarse el cigarro en la comisura de los labios lo encendió sin demasiado atino. Le ofreció uno, pero Raúl esta vez lo negó; advertía comprometerla y trastocarla, y, además, desafiarla. Expulsaba el humo en intervalos pausados, con la clara intención de prolongar la colilla el máximo de tiempo sobre sus dedos. Al fin tiró el cigarrillo a medio consumir.

—Venga, hazme la pregunta antes que me arrepienta.

—De acuerdo, pues... —titubeó un instante para recolectar las palabras pertinentes.

—Si tardas mucho cambiaré de idea. Me ponen muy nerviosa tus preguntas.

—Allá va —tras tomar un leve respiro, Raúl comenzó—. En tu mirada veo algo diferente. Además de la magia que nos une, veo algo nuevo, algo que no había visto jamás, algo oscuro... tan desconocido que me asusta, pero a su vez algo que me llena de curiosidad y no puedo dejar de querer descubrir. Quizá sea algo unido a tu desconocido pasado, algo que no me quieres contar, tal vez por temor a que te deje... Lo sé, tú me has contado lo que querías contarme... y no te lo reprocho. No quiero obligarte a nada. Por eso mi pregunta es esta —se detuvo de nuevo—: ¿qué esconde tu mirada? ¿Por qué miras de ese modo?

—La verdad —una sonrisa tranquilizadora cruzó el rostro de Tina—, nunca había mirado así a nadie, ni tanto tiempo. Pero, permíteme explicarte, te miro por esto...

Aproximada desde su silla le regaló un beso para volver a trastocarlo. De nuevo esquivaba la respuesta de la mejor de las maneras posibles: con pasión. Por un instante se disipaban sus dudas. No era la respuesta esperada, pero era satisfactoria. Al menos con su beso deshacía el hielo de la copa del licor de sus dudas.

—¿Qué esconde tu mirada? —insistió Raúl esquivando sus labios.

—Esconde un amor inexplorado, un terreno nuevo para mí —volvió a besarle para zanjar la frase—. Me gusta cuando me besas así, despacito. Tampoco había besado nunca así. Contigo descubro cosas nuevas cada minuto, contigo estoy en otro mundo, nada que ver con el mundo trivial. Ahora soy tal como soy en realidad, sin tapujos —volvía a besarle—. Y me encanta besarte.

Raúl, con sus dudas intactas, la miraba absorto en aquellas palabras, absorto en esa mirada con la imagen de niña confundida. Ella sacaba unos sugestivos morritos que esta vez Raúl no dudó en morderlos, con sutileza, después, los acarició con los labios para degustar la rosada piel.

—Te quiero. —Dijo Tina.

Raúl se levantó. Aquella expresión dicha con tanta naturalidad supuso una flecha incrustada en su alma. El amor, aunque discernido en alguna parte de su cuerpo, no podía concebirlo todavía, con tantas dudas al respecto. Su cerebro y su corazón de súbito cerraron las puertas implicados en referéndum. Tal vez fuera demasiado pronto para escuchar esas palabras.

En la calle brotaban los suspiros, la euforia, el júbilo propio de un viernes por la noche. Si bien, todo eso pasaba a otro nivel. Para Raúl, el único motivo de estar con Tina le era de sobra suficiente. El simple hecho de pasar un momento a su lado, un mero segundo, era superior a cualquier otra alternativa. Además de primordial, no era perjudicial, o al menos eso creía. Ni siquiera le importaba a dónde podían ir en ese momento. No le importaba dónde pudiera acabar.

De pronto, Tina se reafirmó a la pared sobresaltada ante algo. Raúl, perplejo se acercó a ella para asirla en un fuerte abrazo. En sus ojos llevaba escrito un repentino pánico, a floraba un repentino pavor. ¡Estaba aterrorizada!

—¿Qué te ocurre, Tina?

Buscaba respuesta a su extraña reacción, pero no la entendía. Balbucía presa de trémulos ahogos. Parecía abducida a cualquier otra parte (nada que ver con la supuesta realidad en donde no le oía en absoluto). De repente como si su cuerpo se desvaneciera, se escurría del abrazo en ausencia de toda fuerza de voluntad. Entonces el incesante murmullo ascendió a un inquietante grito.

—¡Lo he visto! ¡Lo he visto!

—¿Qué has visto? Dime, ¿qué es lo que has visto?

Su respuesta era la misma. Aquello que decía haber visto debía figurar

justo a su espalda, donde parecía no haber nada. Indagó a su alrededor, pero no encontraba nada, no encontraba explicación alguna. Lo único que podía hacer era presenciar con impotencia en sus ojos la angustia, el temor y una sombra añadida que la derribaban sin remedio. ¡Se iba a caer! Entonces se apresuró a sujetarla.

—¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto!

—¡Me estás asustando! —dijo Raúl de pronto fuera de sí— ¡Si no me dices qué te ocurre me voy, te dejo ahora mismo! ¡No soporto esta situación...!

De súbito enmudeció. La funesta mirada la reafirmó a la suya; sus piernas progresivamente fueron recobrando la postura. Ahora se tenía en pie. Aquellas palabras se habían hincado en su pecho forzándola a volver en sí, porque esas palabras iban en serio: la dejaría sin pensarlo un segundo. Tina, todavía vulnerable recobró en sus ojos una pizca de cordura.

—No, no —dijo atenuada, asiéndose con fuerza a Raúl—, no me dejes. No, no, por favor, no, no me dejes nunca.

—¡Pues contéstame, maldita sea! —la sacudió—. ¿Qué has visto?

—He visto unos cuerpos, unos cuerpos ensangrentados —temblaba —...venían por mí, venían por mí reclamándome con los brazos teñidos de sangre —miró detrás de Raúl—. ¡Están ahí! —señaló tras él— ¡Están esperándome! ¡Están ahí! ¡No puedo esconderme!

Su cuerpo derrumbado ante tal visión volvía a perder el equilibrio. Raúl desesperado se giró para mirar a los alrededores, pero seguía sin ver cuerpos ensangrentados, ni nada parecido. No había nadie salvo gente deambulando por la calle pasmada de admiración ante aquella escena. ¡Todo era fruto de su imaginación!

—¡No hay nada! ¡Estamos solos tú y yo! ¡No hay nada anormal aquí! ¡Maldita sea escúchame!

—¡Están detrás de ti! ¡Diles que me dejen en paz! ¡Quiero que se vayan de aquí, quiero que se vayan! ¡Me dan mucho asco! ¡Quiero que se vayan!

Un grupo de gente se detuvo a mirar tras ellos, consideraba la actuación como algo curioso, de entre ellos brotó una risa. Al final todos se alejaron entre risas y murmullos.

—¡Que se vayan! ¡Que se vayan! ¡Que se vayan!

—¡Mírame! —la sujetó con fuerza por los hombros— ¡No hay nada salvo gente normal! ¡Quiero que mires ahora mismo y me digas que no hay nada! ¡Por favor, compruébalo ahora mismo!

—No quiero mirar, no quiero mirar —cerró los ojos—... ¡Quiero que se vayan!

—Te lo aseguro —dijo Raúl dispuesto a dejarla de una vez—, no hay nada. Abre los ojos y compruébalo tú misma. Confía en mí. No hay nadie más, salvo nosotros y gente normal... por lo demás no hay nada, te lo prometo.

Tina obedeció, paulatinamente alzó los párpados para comprobar el ámbito. Primero miró cautelosa a su alrededor, después miró a todas partes instigándose de no ver más sangre. Erguida con la ayuda del hombro de Raúl se reincorporó de forma gradual. Tras respirar calmada le miró con unos ojos perdidos, esta vez ojos llenos de gratitud.

—Era horrible, algo grotesco —se aferró—... era alguien que quería hacerme daño, quería matarme...

—No entiendo nada, todo esto es desconcertante. Te lo digo en serio, esto no me gusta.

—Era algo horrible...

—Esto no me gusta nada.

—¿Ves? Lo temía. ¡Ahora piensas que estoy loca! —dijo de nuevo llena de cólera—. ¡Ya no te gusto! ¡Ahora querrás deshacerte de mí! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Pues si me vas dejar, vete de una puta vez! ¡Déjame ahora mismo! ¡Desaparece de mi vida, hijo de puta!

—Tranquila —la sujetó fuerte—. Tranquilízate.

—¡Tú también me dejarás, maldita sea! ¡Lo sé!

—¿Quién te va a dejar ahora?

—Lo siento —dijo entre sollozos—. No me dejes, por favor. No, no, no —derramó una lágrima sobre el apuesto hombro—... no me dejes, tengo miedo. No me dejes por nada del mundo...

—Tranquila, estoy contigo en esto. No te dejaré. Te lo dije la primera noche y te lo repito: no seré yo quien abandone, te lo aseguro. Te doy mi palabra. No seré yo quien te deje.

—¿De veras? ¿Estás seguro?

—Tanto que quisiera ser psicólogo, para entenderte mejor... tu psicólogo particular. ¿Será muy tarde para matricularme en la universidad?

—Te quiero. —dijo Tina con su encantador tono de inocencia.

—Yo también —enmudeció un momento para preguntarse la razón de aquel extraño sentimiento todavía impronunciable—. Yo también. No me preguntes por qué, pero pese a todo... te quiero.

Una sonrisa tranquilizadora secó sus lágrimas alumbrando su imagen cuyo rostro se tornaba radiante. Regresaba a su estado de pura inocencia dispuesta a dejar atrás la extraña escena. Ahora la criatura más casta del planeta le daba las gracias, le decía que lo quería guarecida en su regazo, aferrada entre sollozos. Al final la sonrisa de Tina se amplió a toda la cara. En tal caso Raúl se sintió agradecido, bendecido, el remedio, la protección. Se sintió confundido ante esa extraña realidad, pero ahora convencido del sentimiento de amor.

Podía quererla, odiarla, dejarla, sin embargo, ante las esquivas de duda a cada momento, no encontraba elección alguna. La incertidumbre le tiraba de la cuerda de la conciencia y sin darse cuenta se hallaba encadenado a su amor. Por lo cual quedó rendido a aquel abrazo. Tal vez fuese el precio del amor verdadero. Entre tanto, estrechados en el abrazo, sin mediar una palabra durante mucho tiempo, compartieron múltiples sensaciones: sonrisas, abrazos, comprensión.

Tal vez no fuera el final esperado para la noche de un viernes a su lado, pero trascurridas dos horas sumidos en un mismo abrazo, decidieron aplazar el encuentro para el sábado.



Capítulo 9

AL cabo del viernes noche, Raúl anuló una horrible pesadilla, tan real que al abrir los párpados se vio inmerso en un frío baño de sudor. Reclinado sobre el respaldo de la cama encendió la luz hallándose en su habitación. Al fin y al cabo, todo había sido un sueño por lo que procuró borrar lo antes posible aquella espantosa imagen de su mente.

Todo había transcurrido en el letargo de una noche cualquiera. Tina dormía a su lado, en su propia cama. A altas horas de la madrugada tras el apropiado descanso posterior al acto de hacer el amor, despertó con el deseo de contemplarla. Esperaba verla dormida felizmente complacida, pero para su sorpresa se topó con unos ojos abiertos de par fijados a los suyos. El color negro de la córnea empezó a esparcirse paulatinamente sobre la blanca esfera, como una mancha deforme, una mancha sin expresión humana. Aquella criatura cogió el colmillo colgado de su cuello y le amenazó con pincharle en el cuello de no ser complacida sexualmente. Raúl no podía mover ningún músculo de su cuerpo, sentía sucumbir al pánico.

Sentía la punta del colmillo incrustarse en su piel, a punto de brotar la sangre. Entonces consiguió despertar y se apresuró a retirar el colmillo de su cuello.

Conocía a Tina, aunque no suficiente. En realidad, no la conocía en absoluto. A decir verdad, desconocía tantas cosas de ella que sentía vértigo al filo de su pérdida mirada. No encontraba la razón a sus temores injustificados, a sus cambios de personalidad, a las continuas preguntas sobre el diablo. A veces era una completa desconocida que deambulaba sobre la cuerda floja; una actriz cuyo papel desconocía si era la niña adorada, o la mujer misteriosa. Desconocía la próxima secuencia, el próximo diálogo, su próxima apariencia. ¡Demonios! ¡Desconocía el final!

Sin duda, esa incertidumbre había sido la causa de sus pesadillas.

Apresurado, corrió al cuarto de baño y abrió el grifo sirviéndose del agua

fría para despejarse de una vez de aquella pesadilla. Debía olvidar la pesadilla, se decía ante el espejo con la cara humedecida todavía desencajada. Debía olvidarla porque había sido eso, una absurda pesadilla, sin la menor relevancia. Lo importante, según decía la más certera sabiduría, era el lenguaje del corazón. Tenía que aprender el idioma escondido en su pecho. Lo escuchaba minucioso después de haberse secado con la toalla; escuchaba los golpes en su pecho para comprenderlo. Ahora lo entendía. ¡La quería de verdad! Pero ¿a quién quería? La balanza del juicio cedía por momentos a sus encantos, cuales no eran pocos. En gran medida sobrepasaban los momentos buenos a los malos. ¡Era mayor el amor que sentía por el ángel que el odio que sentía por el diablo! Esa era la razón que buscaba para seguir adelante, para seguir con el desarrollo de su libro en blanco. Todo era cuestión de encontrar el equilibrio, de hallar la fórmula para seguir a su lado, de encontrar la definitiva fórmula del amor.

Al salir del cuarto de baño evadió un instante la imagen de Tina. Sentado en el recién iluminado escritorio por un nuevo amanecer emparejó los folios en un montón. Se preguntaba por qué motivo había de escribir, qué sentido tenía escribir para uno mismo en un momento así. Tal vez fuera porque la situación lo requería, necesitaba despojar sus sentimientos en forma de grafías, aunque nadie las percibiera. A veces surgían derivadas de su sentimiento poesías, cuyas palabras enseguida encontraban hueco en el papel. Volvió a suceder. Esta vez, el motivo era ella: su primera reconocida musa. Por eso, sin más preámbulo, comenzó a escribir todo cuanto surgía de su más recóndita profundidad, decidido a dejarse llevar ser llevado al universo de la escritura.

La noche del sábado dio paso al esperado encuentro. Fue rasgada la realidad ante sus ojos para prestarle a Tina que reaparecía con paso firme tras la esquina cual daba a su calle; para su extrañeza radiante, pues hasta el último instante ignoraba su nueva apariencia. Y era genial. Lucía un bonito conjunto ceñido de falda y suéter de paño gris, unas botas de cuero negro de tacón hasta la rodilla, el pelo recogido bajo un pasador con una pequeña rana de trapo. Tan encantadora que se desvaneció todo lo acontecido la noche anterior. Tan preciosa, pensó Raúl, que no la merecía a su lado. Aunque ella andaba dirección hacía su coche, dudaba de su reencuentro cual, al fin fue culminado. Raúl abrió la puerta del lado derecho del coche y ella accedió a su interior

con una sonrisa de par en par. Pasó la mano derecha tras su nuca dispuesto a besarla en los labios, pero ella se retiró reafirmando al asiento.

—Jo —refunfuñó sorprendida con irresistible cara de ingenuidad —, ¿por qué has hecho eso? ¿Por qué lo has hecho?

El semblante de Raúl adoptó una risible mueca. Esa pregunta no le parecía nada adecuada. Le había besado porque lo creía correcto para el encuentro de una supuesta pareja de novios; porque no se resistía a su encantadora imagen; porque no se resistía a los excelsos labios barnizados de rojo oscuro. ¡Qué demonios; porque sí! ¿Acaso bromeaba?

—Me ha gustado —añadió risueña—. Te he echado de menos. He echado de menos tus besitos... mucho, mucho, mucho... Abrázame, por favor.

Raúl le tendió un fuerte abrazo enseguida correspondido. Se sentían unidos por completo sumidos al abrazo. Permanecieron mudos incalculable tiempo, mientras sentían la agitada respiración de la añoranza bajo el implacable abrazo. Tras respirar un poco se besaron.

—¿Dónde te gustaría ir esta noche? —preguntó Raúl—. ¿Dónde te llevo esta noche?

—¡Al cielo!

—Ojalá pudiera llevarte tan lejos como tú quisieras, pero necesito un nuevo par de alas blancas, las mías se rompieron hace tiempo.

—Descuida, eso corre de mi cuenta.

Raúl asintió, arrancó el motor y metió la primera marcha. «Hallar el cielo en la tierra —pensó—, no la tierra en el cielo.» Carretera abajo cruzó la ciudad sin prestar excesiva atención en su trayectoria en la tierra. Ignoraba el destino, no obstante, confiaba en el devoto talante de su coche: él los llevaría a alguna parte, con certeza a buen recaudo. Si bien cualquier lugar era de sobra adecuado para paladear su trocito de cielo en su estancia en la tierra. Vadeó la ciudad para adentrarse en la zona centro donde, enseguida las calles recorridas cientos de veces con sus amigos los fines de semana se fueron sucediendo. Las largas travesías atiborradas de gente aquí y allá, colmadas de tascas situadas a intervalos de diez metros, le llevaron hacia el punto de encuentro de su pandilla.

Al cabo de la calle llegó a un gran descampado destinado al aparcamiento público. A esa hora no encontraría un hueco entre un centenar de coches aparcados de cualquier manera, por lo que siguió hacia delante en busca de una salida, hasta que un mendigo emergido de entre los coches con la mano

alzada le indicó un hueco. Nada más aparcó tiró de ella adentrándose en las estrechas calles, hasta que sus pies se detuvieron bajo un cartel de madera donde figuraba un indio que miraba hacia el horizonte y unas letras negras indicando el nombre *Más Allá*.

Tras las buenas noches del portero accedieron al interior donde la aglomeración fue servida tan pronto cruzaron el umbral. A la izquierda figuraban tres pequeñas mesas con sus correspondientes sillas; a la derecha una barra de aluminio extendida hasta el final donde figuraba el cuarto de baño; la inapreciable música era fruto de las continuas quejas de los vecinos; además de eso, la escasez de iluminación aportaba también matices deplorables al tugurio. A golpe de empujón, llegados al fondo, como era de esperar, Raúl se encontró con todos sus amigos. En apenas veinticinco metros cuadrados en forma rectangular no resultaba complicado encontrar a su pandilla. De los cuatro amigos, ninguno se había percatado de su presencia, pues adoraban al alcohol con tal devoción que no querían ver más allá; bebían sobremanera sumidos en su común ideología de cuanta mayor borrachera mayor satisfacción.

Raúl tendió una sonora colleja a Andrés en la nuca, quien de forma sistemática corrió a abrazarle. Todos se alzaron dejando un instante su ritual. Andrés, Pol, Ángel y Fonsi actuaron correctamente. Todos, se presentaron, tomaron de nuevo asiento y cedieron con amabilidad espacio en la mesa para aunarlos a la tertulia.

—¿Qué te parecen mis amigos? —dijo Raúl al oído de Tina— ¿Te gusta alguno?

—Me gustas tú, tonto. La única persona que me gusta de este mundo eres tú. Además, a ellos no los conozco...

—Lo mismo te digo.

—No deberías preguntármelo.

—Era broma —se levantó de la silla—. Voy a la barra a pedir dos whiskys con naranja, vuelvo enseguida. Ten cuidado con esta gente, tiene mucho peligro. A ver qué haces mientras regreso. —le dio un beso.

—Echarte de menos, ¿qué otra cosa iba a hacer sino?

Raúl la miró embelesado. La tasca se reducía de nuevo a ellos dos. Apenas escuchaba en la lejanía las inquebrantables carcajadas de sus amigos, el insondable murmullo del alrededor, la canción de moda del momento brindada por los altavoces.

—Oye —susurró Raúl a su oído—, no se lo digas a nadie, pero te quiero.

Tras darle otro beso se alejó hacia la barra con la miel de su boca en los labios. Ella le miraba mientras pedía las bebidas entre la multitud. A pesar del difícil acceso a la barra era atendido con un cómodo gesto de su mano. Sin duda algunos años bastaban para que la camarera supiera de memoria sus gustos y gestos.

—¿Qué tal te va con Raúl? —Andrés tornó a escena al lado de Tina—. ¿Lleváis mucho juntos?

—Tú eres esa tal Tina —Añadió Pol—. Tenía ganas de conocerte. Raúl me ha hablado mucho de ti. Seguro no duráis ni dos semanas.

Tina aseveró con una mueca de repugnancia. No sabía por qué, pero no le producían buena impresión aquellos personajes llamados amigos de Raúl. Aún era pronto para juzgarlos, pero intuía que Pol era un indiscutible arrogante. Andrés, no tanto, según su ropa oscura, barba de dos días y rostro de sobrio talante, a simple vista daba una imagen de más respeto, sin embargo, reparó en cómo su mano derecha se aproximaba a su cuello, dirección a su escote.

—Vaya, vaya, vaya —continuó Pol—. Pues debes saber que yo soy el mejor amigo de tu novio. Tal vez, si me dejas, seré también tu mejor amigo, Tina. Por cierto, eres más guapa que su antigua novia, ¿no te ha hablado de ella?

Raúl regresó a tiempo con los vasos hasta el borde, desbordando unas gotas al golpearlos en la mesa. La mano de Andrés se desprendió de la espalda de Tina. Raúl frunció el cejo. Se había percatado de toda la actuación, a su parecer, deplorable. Estrechó a Tina contra su hombro para dar a entender la importancia de su relación con ella, y todos volvieron a beber brindando por estupideces como antes de su llegada.

Tina respiró aliviada, ahora se sentía protegida y dichosa. Esos personajes en más de una ocasión se la habían jugado con las mujeres; a ciencia cierta habían metido la pata hasta el fondo. Los miró uno a uno para entender el porqué. Ángel, parecía el más cuerdo, apenas sonreía, era rubio y la cara de buena persona hablaba por él. Fonsi, a pesar de su desenfadada imagen militar, también le parecía encantador.

—Bonita rana llevas sobre la cabeza —dijo Pol—, te hace muy juvenil. ¿Cuántos años tienes, Tina? ¿Quince? ¿Tal vez dieciséis?

Evadida de las cínicas risas de todos ellos, bebió en busca de la complicidad de Raúl. Pero no soportaba a aquel tipo un segundo más. Al final

con una sonrisa burlona mostró los cinco dedos de la palma derecha. Raúl bebió un buen trago para guardar la calma. Mientras la situación no pasara de ahí, todo estaba controlado. Volvió a beber, con disimulo, sin perder un detalle de cómo reaccionaba ella.

—Eres una cría —Pol surgió de nuevo—. Eres más joven de lo que pensaba. Cinco añitos. ¿Quién lo diría? Incluso parece tener menos, yo calculaba cuatro. Vaya, eres muy joven.

—Tú parece más simpático de lo que pretendes —espetó Tina—. ¡Estúpido cabrón!

—Tina, por favor... —Raúl oprimió su mano ante el significativo cambio de tono.

—Te reto a un pulso, Pol —se alzó de la silla—. Venga, desenfunda, niño. Aunque si no tienes huevos, lo dejamos para otra ocasión, cuando los traigas contigo. ¿Tienes huevos para hacerte un pulso conmigo?

Pol soltó una raquílica carcajada. Miró a Raúl para preguntarle sin palabras si ella estaba bien de la cabeza, luego le tornó a Tina la misma pregunta. Sobre la mesa rodaron las miradas colmadas de indiferencia con la misma cuestión.

—No hago pulsos con mujeres, lo encuentro algo retorcido y de mal gusto. Lo siento.

—¡Maricón! ¡Eres un patético maricón!

—Tina, tenemos que irnos —se interpuso Raúl. La situación escapaba de sus manos por momentos, requería de su ayuda para llevar las riendas, pero se encaraba hacia Pol con los puños oprimidos dispuesta a golpearle—. Se nos hace tarde. Tina, por favor, hemos quedado con... la noche. Vámonos...

—¡Sí, lo reconozco! —Pol se alzó acaparando con las miradas del local— ¡Estoy liado con tu novio! ¡Somos pareja! Raúl, nos han descubierto, ya no tenemos que ocultar lo nuestro. —le abrazó.

—¡Si no te separas de él ahora mismo, te corto la cabeza y te arranco los ojos! ¡Puedo ser tu peor pesadilla, te lo aseguro, gilipollas! ¡No tienes ni puta idea de quién soy!

—¡Raúl, abrázame por favor! —insistió Pol.

—¡Soy más lista que tú! —Tina se interpuso en el abrazo— ¡No puedes tomarme el pelo, no estás liada con mi novio porque eres repugnante! ¡Me das asco!

—Raúl, por favor, dile a tu novia que se calle de una vez, o le pego una

paliza. ¡La mato ahora mismo!

—¡No tienes huevos! —gritó Tina.

—¡Está como una puta cabra! ¡No la soporto!

—¡Ni yo a ti, hijo de perra!

—Tina, por favor... Pol, siento interrumpir la fiesta, pero nos vamos — Raúl la apartó de Pol—. Hasta la vista a todos, me alegro mucho de veros, ya hablaremos en otro momento...

—¡Hasta nunca, gilipollas!

—¡Encantado de conocerte! —soltó Pol— ¡Farfollas!

—Hijo puta. —dijo Tina entre dientes.

Abochornado por la implacable mirada cernida sobre Tina, Raúl tiró de ella para retirarla del desastroso encuentro. Quería liberarse para matar a Pol. ¡Quería golpearle! ¡Quería encajarle un puñetazo! ¡Reventarle los cristales en los ojos para dejarle ciego! Cuando parecía amansada por el frío de la calle, en un arrebato de exasperación hundió el puño en la pared de cemento.

—¿Estás loca?

El chasquido le sobrecogió, le dolía más que a ella. Cogió su mano. Llevaba desollados levemente los nudillos. Un hilillo de sangre comenzaba a manar de la pequeña herida. Aunque no se había roto nada, requería un mínimo miramiento o desinfección.

—¿Te duele? —le preguntó Tina con cara de chica traviesa. Tras la afirmación de Raúl alzó los hombros—. A mí no. No me duele.

Sin más tiró de ella en busca de un sitio para curar su herida. Cruzaron la puerta de madera de un karaoke a unos pocos metros dirección a la barra. Raúl le mostró a la camarera la desolladura de la mano de Tina mientras le explicaba la verdad de lo sucedido. Ambos dieron las gracias, preguntaron si debían algo y tras la amable negación salieron a la calle entre resoplos de alivio.

—Siento lo ocurrido, no he podido contenerme.

—No te preocupes, estas cosas suelen ocurrir. No habéis congeniado demasiado —dijo Raúl consciente de haber fracasado en su primera prueba de aprobación, si bien no la culpaba, pues conocía a sus amigos—, ¿no te parece?

Rieron al mismo tiempo.

—Por cierto, me has presentado tus amigos, lo cual, me parece correcto pese a la fatídica escena. Pero yo también tengo amigas que, además, desean conocerte. Ahora me corresponde la presentación.

Raúl asintió. Ahora Tina tiró de su mano dispuesta a guiarle hacia otro destino, él se dejó llevar, guiado por ella que corría encantada en su propio vestigio. Accedieron por la misma calle a otra paralela, esta vez en sentido inverso. Atrás quedaba una tasca tras otra, una gente tras otra. Vadearon las calles colmadas de gente sumidos en una fervorosa alegría, tan reciproca que las vías públicas eran suyas.



Capítulo 10

MENOS de cinco minutos tardaron en llegar al destino. Tina se detuvo bajo un cartel de madera cuya inscripción indicaba *Rua Bella*. Saludó al portero y empujó la puerta negra dispuesta a encontrar a sus amigas bajo la escasa luz de quince metros cuadrados entre una treintena de personas. Alrededor de una mesa alta ubicada junto a una barra colateral terminada junto al cuarto de baño estaban casualmente sus cuatro amigas. Una de ellas, cual recordada cruzada de brazos en la memorable noche del primer encuentro, advertida de su presencia saltó de la silla para abrazarla. Enseguida, las demás hicieron lo propio, nada más verla corrieron a sus brazos para zarandearla hacia arriba llenas de júbilo. «¿Es que no lo vas a presentar?», preguntó una de ellas mientras se acercaban en torno a él colmadas de curiosidad. Raúl procedió afectuoso ante las presentaciones, con el protocolario beso en la cara, una tras otra, sucesivamente, Rosa, Viviana, Asunta y Marcela. Rosa, la más obesa de las cuatro, se plantó ante él con su postura más conocida de brazos cruzados.

—Ya tenía ganas de conocerte —le dijo—. No ha dejado de hablarme un minuto de ti. Y la verdad, tenía razón, eres tan guapo como decía.

—Cállate, tonta. —dijo Tina entre dientes.

—No te preocupes, no he dicho nada malo. Está muy bueno.

Raúl sonrió halagado por el cumplido.

—Pues si te gusta te lo regalo —dijo Tina enfurruñada—. Todo para ti. Es tuyo. Cógelo, estás tardando.

—Siento interrumpiros, pero no estoy en venta. Lo siento, chicas. Otra vez será.

Se miraron unas a otras sobrecogidas. Al rato una contagiosa sonrisa se adueñó de todas ellas incluso de él. «Vaya —pensó Raúl—, tienen sentido del humor. Me gustan.» A priori parecían chicas agradables, nada sugestivas ni extravagantes, vestían ropas discretas de colores oscuros y tenues. Viviana y Rosa llevaban el pelo castaño ensortijado por debajo de los hombros; Asunta,

un poco más largo de color dorado; Marcela liso, se servía de él para ocultar su extrema timidez; ésta, al darse cuenta de ser observada ladeó la cabeza. Una vez acomodados custodiados por cuatro pares de miradas, Rosa les ofreció bebida, algo así como licor de whisky con refresco de naranja pasado de hielo.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida —Tina se levantó de la silla—. Ahora me corresponde a mí traer las bebidas.

—Descuida, estoy en buenas manos.

Mientras Tina se hacía un hueco en la barra, empezaron rompiendo el silencio con el juego de acertar la edad de cada una que, a decir verdad, no era su fuerte. Todas ellas debían rondar los veinticuatro años, la edad de Tina, salvo Viviana: la hermana pequeña de Rosa, quien según le había dicho, era tres años menor. Una vez terminaron el juego, sin ningún acierto, comenzaron a preguntar qué secretos conocía de Tina. En realidad, no sabía mucho de ella, cosa que avivaba la llama de la curiosidad.

De pronto, sin previo aviso, Rosa tomó su mano con la palma hacia arriba dispuesta a leerla.

—Pisarás terrenos extraños junto a una persona, estos terrenos serán necesarios para hacer realidad tus deseos —decía con tintes de seriedad surcando con el dedo las líneas de su mano—. Tendrás que renunciar a esa persona para poder lograr tu objetivo. Tendrás una difícil elección impuesta. Ella no es para ti, se debe a un ser extraño... Esa persona es...

—¿Tú no te ganas la vida con esto? —Raúl retiró la mano.

—No te preocupes, es únicamente una afición, casi nunca acierto mis predicciones.

—Lo siento, no creo mucho en las artes adivinatorias. —dijo Raúl ahora con las manos bien seguras en los bolsillos. No creía en la videncia, aún menos en aquella, aunque en realidad sí había cierta coincidencia: ¡sí, a veces pensaba que Tina no era para él!

—Lo que yo creo es que no tienes más amigos como tú. —dijo Asunta para romper un poco la tensión.

—¿Amigos como él? —dijo Tina oportuna con las copas, cuya irónica sonrisa fue desilusionante para sus amigas—. Rotundamente no. No se parecen en nada. Aunque si queréis conocerlos... a uno de ellos casi me lo cargo.

Enmudecieron un instante, rondaban las miradas en completo silencio. A decir por sus muecas despectivas, no les seducía la idea. Raúl bebió un buen

trago de whisky con naranja.

—Brindemos por nosotros aquí presentes —Tina alzó la copa—. Porque el lado oscuro permanezca cobijado entre las sombras y no vuelva resurgir jamás de su estirpe. Porque la vida sea siempre así pues.

Extrañados por el curioso brindis estrellaron las copas y bebieron. Raúl había vislumbrado otra sombra en Tina justo mientras pronunciaba aquella macabra oración para un brindis. En el tono de su trémula voz halló el miedo de enfrentarse al pasado y al futuro. Era la sombra de un pasado oscuro tal vez, el recuerdo de su exnovio, o de aquel ser mencionado en la lectura de su mano, aquello que parecía atormentarla de vez en cuando. Sin embargo, ahora bebía como si nada, compartía risas recíprocas con sus amigas. Hablaba con ellas de trivialidades propias de mujeres. Ajeno al cometido de aquella mesa por un momento la contempló de forma objetiva. Deliberaba en su pasado oculto e inconfesable. Ella sonreía con una desmedida dentadura, su tenue oscuridad pasaba inadvertida para sus amigas; miraba con los ojos perdidos más negros que el tizón en busca de un presente, encontrándose con cuatro chicas frente a ella dispuestas a seguirle la corriente en sus temas sin interés. De pronto comenzó a escribir algo en una servilleta con un bolígrafo que había pedido en la barra. Sin borrar su sonrisa ahora más pícaro, con el proclamo de no levantar sospecha le entregó la servilleta junto al bolígrafo y volvió a retomar la conversación con sus amigas para disimular. Raúl volvió la servilleta colmado de curiosidad. Para su sorpresa vio unas letras indescifrables. Levantó la vista de la servilleta y se encontró con la mirada de Tina que le enviaba una sonrisa de complicidad. Eran unas letras enrevesadas, surcando el blanco papel cual enredaderas de gran envergadura. Apenas lo entendía, no obstante, paciencioso, con mucho esfuerzo logró desvelar el mensaje silaba a silaba:

Te deseo tanto que me cuesta contenerme...

Tina ladeó la cabeza ruborizada.

para no echarme encima de ti delante de mis amigas.

Raúl la miró fuera de sí de gozo. Parecía un cumplido demasiado bonito para ser verdad. «Me desea tanto que le cuesta contenerse para no echarse

encima de mí —repitió en voz baja—. A mí también me cuesta resistirme.» Hinchido de complacencia dobló la hoja para devolvérsela, pero Tina, involucrada en la conversación de sus amigas, no la aceptó, le indicó que él debía escribir algo en la misma servilleta.

Comenzó a rebuscar entre un enjambre de elogios el más acertado, pero en realidad todos le parecían poco, ninguno le sorprendería del mismo modo que el suyo. Dispuesto a atrapar el primer pensamiento sugerido por su conciencia cerró un segundo los ojos, los abrió para mirarla y los volvió a cerrar. En efecto, ese era, el único, autentico, puro, sin aderezos. Lo escribió sin pensar en las posibles consecuencias, tal como se había forjado en su pensamiento, palabra tras palabra, con unas fuentes pequeñas previendo espacio por si ella volvía a escribir. Una vez acabado se lo entregó hecho una pelota junto con el bolígrafo.

Tina, sin perder la compostura ni la sonrisa, sin que ninguna amiga suya se percatase, desdobló la arrugada servilleta y respiró hondo dispuesta a zambullirse en su mensaje. Le había escrito que deseaba hacer el amor con ella más que nada en el mundo, deseaba hacer el amor en el justo sentido literario, en el propio sentido de la expresión. Tal vez fuera demasiada frivolidad, tal vez se había excedido en su designio, pero ella le indicaba lo contrario con su entusiasmado miramiento: le había encantado, le costaba esfuerzo mantener la mirada y sonreía ruborizada. De inmediato, se dispuso a escribir de nuevo en el mismo papel.

—Raúl —interrumpió Rosa—, dentro de seis meses me caso con Tony. Que sepas que además de mis amigas aquí presentes tú también estás invitado a la boda, si quieres venir, claro. ¿Vendrás?

Tina se agitó ilusionada. Raúl la miraba indiferente: seis meses era mucho tiempo para predecir si estará con ella para entonces. Tal y como concebía la situación no pronosticaba demasiado tiempo juntos. Ojalá no desconfiase tanto, ojalá fuese una relación eterna. Para siempre y jamás como le dijo San Luar. Ojalá aquellas palabras fuesen certeras y esa noche conoció su amor verdadero. ¿Lo conoció aquella noche para ambas cuestiones? Al fin asintió.

—Sabía que dirías que sí —dijo Tina mientras le entregaba con disimulo la servilleta y el bolígrafo—. ¿Chicas, no es un encanto?

Sus amigas ladearon la cabeza con total indiferencia. Raúl desplegó la servilleta y leyó de nuevo con dificultad las ilegibles letras más pequeñas todavía:

¿Por qué deseas hacerme el amor más que nada en el mundo?

La miró con una prominente sonrisa. La mirada traspasó la frontera de su córnea, la sangre de su cuerpo, la piel de su corazón. Ella, ruborizada por completo, se encrespó con los brazos estirados entre las piernas; había sentido un escalofrío que a su vez se lo había transmitido a él. Raúl no necesitaba explicarle nada pues era evidente: deseaba hacerle el amor, sin embargo, buscó una respuesta y la escribió en el papel devuelto de nuevo a sus manos. Tina lo cogió, lo desdobló de inmediato. De súbito el escrito cortó las imaginarias cadenas y sin contención, ante la expectación de sus amigas, saltó a sus brazos con una sonrisa de par en par.

—¿Qué le has hecho a mi amiga? —preguntó Marcela—. Ha saltado hacia ti como una rana... como esa que lleva en la cabeza...

«¿Una rana?» —rieron por la comparación.

—Cosas del amor —respondió Viviana—. No le hagáis caso, son dos tortolitos.

Ambos se besaron convencidos de ser tortolitos en realidad. «Vaya —se dijo Raúl— no pensaba que iba a causar tal efecto.» Únicamente le había escrito: «porque eres mi amor, eres mi mundo... ¡Santo cielo, estás preciosa!»

—Es hora de irnos —interrumpió Marcela con cierta envidia—. Nos vamos a la discoteca, ¿os apetece venirnos?

Tina inquirió una respuesta afirmativa en la mirada de Raúl.

—Nos vemos allí. —respondió Raúl.

—Cuidado qué hacéis de camino. —insinuó Rosa mientras cogía su bolso.

—Nada malo. Soy una chica muy, muy buena. Antes de nada, brindemos de nuevo. Vamos, alzar las copas...

—¡Por nosotros! —se anticipó esta vez Raúl.

Estrelladas las copas en un nuevo brindis bebieron hasta vaciar por entero su contenido. Marcela ordenó a sus amigas la partida, les hizo salir de sus asientos con una irrevocable voz de mando, con el dedo sobre el reloj. Apresuradas encaminaron su retirada una tras otra en fila india. Curiosamente, Raúl, desde su última posición, se percató de algo insólito: todas ellas recorrían el trayecto sin perder la formación, incluso, parecían llevar el mismo paso, como un desfile militar a la voz de mando.

—¡Rompan filas! —exclamó Raúl nada más salir a la calle.

—Hasta luego, parejita —añadió Marcela—. Allí os esperamos.

Dos horas después, las amigas de Tina debían esperar encalladas en una esquina de la discoteca, maldiciendo el patrón de los enamorados, atisbando en vano por encima de la espesa multitud las insolentes cabezas de Tina y Raúl. A la espera de la orden de la voz de mando quien, ojeaba el reloj pensando en la retirada y, además, en el paradero de la pareja cual no era otro que el interior del coche rojo de Raúl.

Allí estaban. Surtían los besos con ardua pasión dentro del coche rojo estacionado en un vado a pocos metros de la esquina cual daba a la casa de Tina. Se besaban descuidados a todo lo ajeno, tanto que se olvidaron por completo de sus amigas. Se besaban con tal vehemencia que presentían que terminarían devorados como caníbales. Cerca de dos horas de dilatados besos, rezagados de llegar más lejos les hizo creer en haber batido el record de besos prolongados. Permanecieron abrazados mirándose al fondo del alma.

—Me lo he pasado muy bien esta noche. —susurró Tina—. Le has parecido un encanto a mis amigas. Estoy muy orgullosa de ti, has causado muy buena impresión. Gracias.

—Son encantadoras.

—¿Sabes? —dijo Tina tintada de amargura—, ojalá siempre fuese así la vida. A tu lado olvido lo maldito, la trivialidad que nos hace seres indiferentes; sin embargo, la trivialidad está ahí afuera esperándome para asediarme, lo sé, en cuanto te vayas volverá a buscarme, a envolverme con sus sombras y sus pesadillas, las odio.

—Es bien fácil, cuando me aleje esta noche has de llevarme contigo en el pecho. Estaré guarecido en tu corazón dispuesto a transformar la sombra en luz. Transformaré la trivialidad en ilusión. Transformaré tus pesadillas en sueños eróticos. —le tendió un beso en la frente.

—Ojalá fuese tan sencillo como dices. Pero cuando no estás a mi lado, tu magia se desvanece ante la confusión. Nada más alejarte mi mundo se desmorona.

—Quisiera que no fuese así...

—¡Es tan patética la vida que me espera afuera!

—No temas nada, desvéleme tus adentros. Confía en mí.

—No quiero alejarme un instante de ti —se aferró con fuerza a su cuerpo

—. Eres la única persona que me escucha. Contigo puedo hablar de verdad. Contigo estoy en otra dimensión, nada que ver con la realidad...

—Cuéntame tus temores...

—No quiero volver a mi casa... ellos no me entienden —una lágrima brotó de sus ojos y resbaló por su mejilla—... No quiero volver a esa estúpida oficina, no soy la chica tonta de tres al cuarto que recoge sus archivos a última hora, no lo soy. No soy la chica buena que creen en mi casa, que no dice nada por no molestar. No soy la chica que tiene tantas amigas como para sentirse sola. No soy quién creen que soy. De verdad, no lo soy. Ellos no saben quién soy, no me conocen, no me conoce nadie. Nadie tiene idea de quién soy...

—¿Quién eres?

—¿Quién soy? —una sátira sonrisa reapareció en su rostro—. ¿También crees saberlo? Tú sabes quién soy, lo sabes, sabes quién soy, pero no lo que soy.

—No lo sé... No te conozco del todo.

De súbito el cálido ámbito del habitáculo se tornaba incertidumbre. Tina de pronto inquieta se apartó de su abrazo y le miró impasible. En su imperturbable rostro se congelaron las lágrimas.

—¿Quién eres? —insistió Raúl a la espera una respuesta.

—Soy Tina, Tina Ferrán. —dijo altiva.

—Encantado. Yo soy Raúl.

—Igualmente encantada —le estrechó la mano con una grotesca sonrisa—. ¿Ves?, ya nos conocemos.

La paradoja situación al cabo de unos minutos le arrancó una incontenible carcajada a Raúl que, aunque no muy convincente, enseguida fue acompañada por Tina. Los ojos volvieron a relucir tras el leve devaneo.

—No te conozco del todo, pero dispongo de todo el tiempo del mundo para conocerte. ¿Sabes? No tengo prisa.

—Bueno, yo ahora sí tengo prisa, tengo que irme. Se está haciendo muy tarde, mis padres me echaran en falta.

—¿Cómo quedamos?

—Bien, supongo... ¿Nos vemos mañana a las siete?

Raúl asintió perplejo. Enseguida besado en los labios a modo de despedida.

—¡Oye! Espera un momento —la llamó—, no te vayas todavía... tengo algo para ti —bajó apresurado hacia el maletero—: lo compré esta mañana, espero

te guste.

Con pronta inquietud Tina se acercó para ver de qué se trataba. Aunque envuelto en papel de periódico no presentaba forma alguna, enseguida adivinó el interior: era una maceta; debía de serlo a decir por el peso y la forma que podía percibir. Arrancó despacio los papeles de periódico, sin arrojarlos al suelo y se sorprendió ante la casualidad.

—¡Un jazminero! ¡Me has regalado un jazminero! ¡Mi flor favorita!

—Se llama Raúl. Debes regarlo a diario y crecerá como si de nuestro amor se tratase.

—Gracias, gracias, gracias. —Tina le tendió un beso en la comisura de los labios.

Ella no lograba concebir tanta coincidencia: el jazmín era su flor favorita, incluso lo usaba por perfume. Adoraba el jazmín y él se lo había regalado a conciencia. ¡Por todos los santos, la había traspuesto por completo! ¿Cómo lo sabía? Quizá esa voluble mirada parda de reflejos verdes leía su pensamiento. Por si acaso, intentaba no pensar en nada, Únicamente en la despedida.

Acompañada por una desorbitada sonrisa agitó agradecida la mano y enseguida se alejó arrastrada por una mística magia.

Agua para alimentar las demacradas ramitas de Raúl todavía sin florecer, agua para convertirse en un fabuloso jazminero dueño y señor de su balcón. Roció la tierra con el agua del grifo de la cocina. En realidad, le hacía falta beber un poco. Entonces, junto al tronco en el oscuro de la tierra Tina vislumbró un diminuto papel en forma de canuto asomado un centímetro. Lo desterró perpleja. Parecía un pergamino en miniatura, sin embargo, era un cuarto de folio. Raúl de nuevo la había sorprendido. Lo desplegó de inmediato y se encontró con un escrito a modo de legado. Parecía a simple vista una poesía escrita a máquina, adoraba las poesías, tanto que el corazón sobrecogido saltó de alegría. Apresurada corrió a dejar la maceta en el balcón, junto a otras dos, y se dirigió a su cama. Apagó la luz de su cuarto desvistiéndose de inmediato. Una vez sumergida bajo las sábanas, acomodada bajo la luz de su mesita, tapada hasta el cuello, con el corazón a cien, desplegó el legado. Y a golpe de suspiro empezó a leer:

*Sus pétalos fueron testigos del llanto del cielo,
estuvo dibujando en el suelo con su fría savia,*

*diluyendo cada gota en una aciaga pincelada.
Contemplaba sin dolor ese reflejo de rosa descuidada,
encerrada en un jardín en sequía,
un jardín secreto cual nadie podía conocer.
Pero alguien en ese momento la desterró de raíz,
mostrándole donde residía:
sobre el duro perfil de una ladera,
donde tan solo asomaba una reseca y olvidada rama
en la profundidad del precipicio.
Él la apartó de aquel paraje
derramando a su paso desprecio y frialdad,
transportándola a un mundo peor, ignoto e inquietante.
Un día él lloró,
y le pidió que secara su llanto con los rojos pétalos.
Apretó demasiado fuerte, y una espina cual antes no existía,
le hizo ver brotar sobre ella un hilo de su sangre,
roja y espesa.
Y gritó, gritó tan fuerte que el sonido del viento
fue un escandaloso murmullo
cual acarreó con ella con etéreas voces.
El viento la llevó en sus manos durante mucho tiempo,
y un buen día la dejó caer por aquella colina
donde antes anidaba.
El viento silbaba cual doloroso susurro a su caída,
la savia y el pasado ya eran hielo, y preveía el final.
Entonces, una rama se interpuso,
en medio de un vacío lleno de menosprecio,
se extendió cuidadosamente para asediarla,
no solo protegiéndola a ella,
sino, además, a sí misma.*

Al unísono de un extenuado suspiro apagó la luz.



Capítulo 11

HACER una escapada era la intención de Tina nada más vio el amanecer del domingo. Desbandarse llevada por el viento que desgarraba su piel en ninguna dirección, tal vez al paraíso de la sinrazón. Evadirse para averiguar el motivo, para encontrar justificación. Correr, correr y correr. «Los pies siguen los caminos dictados por nuestras mentes» Eso pensaba, aunque esta vez no alcanzaba a guiarles; sus pies estaban anclados al asiento del banco de madera y no encontraba forma de hacerlos correr. Tal vez en busca de otro camino, como alma llevada por el mismísimo demonio. «¿Por qué correr? —se preguntaba con la cabeza embutida en el nudo de sus brazos— ¿Por qué no dejarse arrastrar por las corrientes del presente?»

De súbito Raúl la sacudió desde atrás por la cintura con la intención de sorprenderla, pero no surtió efecto alguno. Quién sino llegaría unos minutos de retraso pretendiendo asustarla. ¡A estas alturas! Parsimoniosa alzó la cabeza. Siquiera sin responder al saludo, abrió las puertas de su infierno con una mirada gélida y oscura. No hacía falta ni una palabra de su boca. En sus ojos de perdida había expuesto un temor desconcertante, una renegación y una despedida.

—¿Vamos? —le preguntó Raúl mientras sentía invadirle un escalofrío en lo más profundo de su alma.

Esperaba de ese enrarecido gesto otro absurdo, de esa mirada otra intención, sin embargo, Tina añadió una mueca de despreñada burla. Su insensible expresión ratificaba el temor, el rechazo y el adiós.

—No me voy a ninguna parte. —mostró su blanca dentadura.

Aquellas palabras surcaron el vacío cual frío bloque de acero cortándole el aliento. Ahora estaba seguro: esa frase no la retiraría bajo ningún concepto. El acero de sus palabras atravesó sus oídos y acuchilló sus sentidos. Aunque se sentía una figura entallada en piedra, las heridas se rasgaban desde sus entrañas. Sangraba por dentro.

—Es mejor que lo dejemos. —dijo Tina con una alarmante indiferencia.

—¿Por qué? —Raúl buscó asiento junto a ella—. Dame una razón.

—No puedo estar con nadie, lo siento. Debo estar completamente sola.

Tina ladeó la cabeza; intentaba esquivar la inquieta mirada de Raúl, pero al final la interceptó. Para no resolver sus dudas, su oscura mirada se encerró tras la puerta de la superficialidad, quedaba dentro lo máspreciado.

—Me esperaba de ti cualquier cosa menos esto. Me has dejado fuera de juego por completo. No lo dices en serio, ¿verdad?

—Mi camino está lleno de cosas malas, de piedras que no logro apartar a un lado, de telarañas que me enredan, de abismos y lagunas. No puedo decirte más, he hablado demasiado. Lamento me hayas conocido y haberte hecho perder el valioso tiempo conmigo.

Los ojos de Raúl se llenaron de agua. Se ahogaban sus latidos al escuchar aquellas palabras. Aunque el agua de sus sentimientos se golpeaba en el borde, consiguió cerrar la presa antes de desatase el llanto. «Los chicos no lloran, o al menos se pretende», se dijo. De ninguna manera ofrecería su llanto a aquella desconsiderada que rompía una relación sin más. No lloraría ahora, presenciando una bochornosa despedida, una repentina despedida. ¡Odiaba las despedidas! Antes retrocedería que llegar al final.

—Al otro también se lo dije. Él se fue para siempre, sin saber por qué lo dejaba. Aquel maldito hijo de perra se lo merecía, me hizo mucho daño —oprimió las mandíbulas—, aunque tal vez lo siga añorando. Ojalá aquella noche se hubiera ahogado en su llanto.

Raúl apenas conseguía decir nada. La locura empezaba a llamarle, le guiñaba un ojo desde la esquina de la calle, la misma esquina cual daba a la casa de ella.

—¿Esto es el final? —preguntó Raúl a la espera de una respuesta negativa.

De no ser el final, sería otro final, el segundo de su desdichada vida, el principio del final de un amor imposible.

—Toma —le colocó en la palma de la mano el corazón de oro blanco que le regaló—. Yo no merezco llevarlo, entrégaselo a otra

—Lo compré para ti. Tú eres quien debe llevarlo. Es tuyo.

—Yo no lo merezco, lo siento. Es lo mejor para los dos. Quedamos como amigos si quieres.

De nuevo la típica excusa anti-culpabilidad, para quedar bien en lo posible, y salir airoso de la comprometida situación. ¡Amigos! Intentaba cortar una

relación proponiendo una amistad inverosímil.

—¿Te puedo llamar algún día? —preguntó Raúl anticipando su esperanza.

—Mejor que no —ella enterró de nuevo la cabeza entre los brazos—. Es mejor que no me llames nunca. Deberías olvidarlo todo, incluso mi número de teléfono.

—¡Vaya mierda de amigos!

—Lo siento, me tengo que ir —Tina brincó del asiento de pino para dar por concluida la conversación—. Me trastocas. —concluyó.

—No me dejes así, con el tiempo todo se arregla. Encontraremos la forma de estar juntos.

Ella desvió impasible la cabeza, imperturbable. Ya no le importaba un ápice, ya lo había borrado del entorno de su vida. Lo había conseguido ahora eran dos extraños.

Sin embargo, para él, la procesión caminaba por dentro por caminos tan desconocidos que jamás conocería.

—Mírame al menos —inquirió la mirada que tanto apreciaba en ella, pero era inútil, ya no era ella, no tenía alma—. Dame tiempo para conocerte, desvélame tus adentros. Dime qué te ocurre.

—¡Suéltame, me haces daño!

—¿Así de fácil? ¿Cómo quién se deshace un pañuelo? ¿Eso soy? ¿Un pañuelo?

—No eres un pañuelo. No entiendes nada, no sabes nada —se escurrió de su abrazo—. Es mejor que te alejes de mí, por tu propio bien. Mantente todo lo lejos que puedas. No soy buena, nada buena.

—Por lo menos no me digas adiós —exclamó mientras ella empezaba a alejarse—. No me lo digas. —consideraba no pedir demasiado, era el primer favor, no recordaba otro. Se conformaba con no escuchar un adiós. ¡No quería oírla decir adiós!

—Por cierto, Raúl, tu jazminero, murió anoche, seco —se detuvo—, como nuestro amor. Muerto.

—No me dejes así. No me digas adiós.

—Adiós.

—¡Odio las despedidas! ¡Jodido y maldito adiós!

Aunque se esforzó para que escuchase su reproche, no llegó a tiempo a sus oídos; caminaba cabizbaja bordeando la fachada con paso firme, decidida a acabar con todo para siempre. La contempló eternos segundos hasta perderla

de su vista, como si fuese la última vez. Nada más la puerta de su portal se cerró, Raúl se sintió desolado, completamente inmóvil. Sus pasos se habían detenido al igual que sus ideas, al igual que su corazón. Su vida quedaba suspendida en el aire. Permaneció incalculable tiempo, en busca de una posible explicación, mirando la puerta donde Tina había desaparecido. Sin darse cuenta, sin su permiso, su mirada empezó a gotear. Cerró los ojos, y relegó el frío regocijado en el calor de su estómago. Arrebatado, hastiado de su serenidad, golpeó la farola ubicada a su lado con la palma de la mano. La luz titubeó y después se apagó. Una pareja que cruzaba a unos metros de la misma acera, entre murmullos decidió alejarse de su lado por temor de ser golpeados. Poco más lejos, dos policías advertidos del fallo de la luz, siguieron adelante sin darle importancia.

El cielo gruñó, dibujó varios relámpagos que iluminaron las sombrías calles. Las primeras gotas lamían las melancólicas ventanas de *Desamor*. La lluvia en noche de desdicha le obligaba a pensar más en ella. Buscaba ayuda en el alcohol postrado en la barra. Pero eso de beber para olvidar no surtía efecto, con el cuarto whisky en sus entrañas y el bolsillo casi vacío, la imagen de Tina se hacía más nítida. ¡Casi podía sentir su aroma a jazmín!

—Cuando tú no la besas, alguien la besa por ti —dijo el camarero—. Ella, ahora mismo está con otro en tú lugar. Tú has sido un tinte oscuro en su cabello. De todas formas, si te sirve de consuelo toda historia se repite en cualquier parte. Historias de amor y desamor las hay a tu alrededor, estamos inmerso en ellas. Créeme, aunque te parezca algo único, no es así, te lo aseguro.

—¡Sírve me de una vez! — Raúl golpeó la copa en la barra.

—¡Bienvenido a *Desamor*! —dijo en voz alta para darlo a conocer a la clientela—. Por cierto, mi nombre es Joel. Encantado...

Tras presentarse, Raúl levantó despacio la cabeza dispuesto a conceptuar el ámbito: pavimento azul ensombrecido por negras motas; rojos taburetes con esquirlas de acero, como tallos de rosa de desmedidas espinas; barra de un cristal negro extendida a lo largo en forma convexa; paredes teñidas de un rojo heterogéneo cubiertas por cientos de escritos a mano; en los rincones coexistían reproducciones de figuras de barro de hermosas mujeres con un profundo boquete en el pecho; y del techo azabache colgaban unas lágrimas azuladas cuales daban una blanquecina luz confortante. Sobre el estante de las

botellas de whisky de reserva el diminuto letrero de madera daba la bienvenida a *Desamor*. En realidad, el ambiente era algo parecido al desamor: melancólico, liberado, y al parecer tan necesario.

—Parece tan fácil como hacer borrón y cuenta nueva, pero no lo es. No consigo arrancarla de mi cabeza. —Raúl estrangulaba la copa con las manos.

—De haberte calado tan hondo, la ahogaras con el whisky —Joel fracasó en el intento de ser gracioso—. Siempre hay más. No te preocupes.

—¡He ahí una gran verdad, siempre hay más! En mi ausencia alguien ocupará mi lugar.

—En esta vida todos somos ex de alguien. Todos venimos de otras relaciones. Es una proeza necesaria. Necesitamos ir de acá para allá, probar una y otra vez en busca de nuestra alma gemela. De ahí que incrementen las listas de bodas y a su vez los divorcios. Es una cadena infinita. Por eso, en honor a dicho nombre, San Luar bautizó al bar *Desamor*... el único lugar dónde la magia puede curar el desamor y apartar las piedras del camino para encontrar el verdadero amor.

—¿San Luar es el propietario? —dijo Raúl sorprendido.

—Desde luego.

—Él me ha traído aquí.

—Te equivocas, ha sido el desamor.

Raúl observó minucioso el colmillo colgado del cuello. El recuerdo de San Luar volvía a invadir su mente. ¡Él sabía que conocería el amor, y por eso previamente había ordenado a la camarera de la discoteca que le entregase la tarjeta de *Desamor*! Todo parecía manipulado por él. Pero ¿qué lugar ocupaba Tina en todo esto? ¿Tenía que conocer *Desamor* para encontrar el verdadero amor?

—Muerdo por contar algo. —susurró Raúl.

—Suéltalo, chico —dijo Joel—, estás en el lugar idóneo para hacerlo. No quiero que revientes, no me apetecería limpiar la barra de retazos de tu cuerpo. Soy de toda confianza. —su voz cobró un kilo de seriedad, hundió los codos en la barra, a la espera de la confesión de Raúl.

—La verdad, cuando la conocí quede prendido de su oscura mirada. Era como un pozo ciego, tapado por distintos telones, todos ellos llenos de luz. Cuando conseguía atravesar un telón, surgía otro más extraño pero entrañable al mismo tiempo. Detrás de cada uno de ellos reaparecía otra persona completamente distinta, más perversa, mística, ingenua, graciosa... Reaparecía

tras cada telón, a veces con tal indiferencia, que no recordaba algún tipo de unión entre ella y yo. A pesar de todo me siento entregado a ella de por vida, como San Luar me dijo: por siempre y jamás. A su lado soy confidente, soy protección, soy... Siento pánico de no saber a donde llegará a parar lo nuestro, porque sigo unido a ella...

—Te entiendo.

—Desde que la conocí las noches se han colmado sucesivamente de pesadillas, en las que descubría su supuesta verdadera identidad: un ser sanguinolento de medio metro, desnudo, sin piel, sin sexo, con dos manchas negras por ojos sobre unos profundos cuencos; un ser tan inofensivo como aterrador. En una de esas pesadillas, en un arrebatado de ira, lo arrastré al balcón de mi casa cogido del cuello, lo golpeé con todas mis fuerzas contra la barandilla, una y otra vez, hasta que una vez saciado lo arrojé a la calle. Reventó como un globo de agua, dejando una amplia macha roja sobre el asfalto, ni rastro de huesos, únicamente piel y sangre. Los coches se encargaron de extender los restos de aquel ser por el asfalto de toda la ciudad... por suerte, al menos nadie se había percatado del suceso...

—¡Vaya pesadilla! —exclamó Joel.

—Esa tía esconde muchos secretos —dijo la voz de un cliente a su espalda—. ¿De quién te fuiste a enamorar?

—Precisamente sé de ella lo que quiere que yo sepa. Lo peor de todo esto, por si fuera poco, es que ella me ha dejado a mí.

Tras un suspiro alentador Joel rellenó las dos copas. Raúl, advirtió a Melania que cruzaba rauda hasta el fondo, donde un pequeño pasillo conducía al servicio. Por suerte ella no se había percatado de su presencia allí. De súbito deseaba escapar de aquel lugar, deseaba desaparecer en el silencio llevado por la cola de la brisa para visitar a Tina; entrar por su ventana para envolverla con besos toda su piel; rodar desde la planta del pie al último pelo de la cabeza, para descender después lánguido por la frente y entrar por su oído hasta llegar al temido cerebro; así podía presenciar el misterio en imágenes proyectadas; tomaría asiento en su memoria hasta quedar convencido de quien era ella en realidad. Era una buena idea.

—Bebe, y olvida —reapareció la voz de Joel—: es una de las frases provenientes del desamor. El alcohol cura heridas, sobre todo las del corazón. Debes olvidarla para encontrar el verdadero amor.

—¿Y si ella es el verdadero amor?

—Entonces tienes un gran problema, pues deberás olvidarla, en eso consiste el hechizo del colmillo...

—Desde luego, otra vez, el maldito colmillo —dijo Raúl mientras observó a Melania salir por la puerta tras despedirse de Joel cordialmente—. ¿Melania es cliente de *Desamor*?

Joel asintió, alzó una copa y la estrelló contra la copa de Raúl. Brindó por el amor. Después por el desamor.

La semana consecutiva además de inapelable era una eterna batalla entre el olvido y el recuerdo. Los silencios del olvido sacudían al recuerdo y el recuerdo clamaba el nombre de Tina excitando al olvido. Era una batalla que debía librar en soledad. Sus amigos le aconsejaban el olvido, pues les había parecido bastante excéntrica. Su madre aún sin conocerla mantenía la misma apreciación. Pero Tina surgía como una eterna condena, una visión anclada en el presente abnegado a desaparecer. Se resistía a negarla, pero también, a dejarla perder. Se resistía a dar por concluida aquella historia cuyo sentimiento se había arraigado en su pecho. Se resistía a no saber nada de ella en el largo transcurso de un tiempo dosificado a cuentagotas. Se resistía a dejar de conocerla hasta donde se había propuesto conocerla. «Tal vez fuera algo por lo que mereciera la pena luchar.»

Miró el teléfono. Pensaba si debía irrumpir con una única llamada. Una llamada para escuchar su cálida voz, para saber algo de ella después de dos eternas semanas. ¿Acaso era pedir demasiado? Entró al dormitorio con la intención de no caer en la tentación de la estúpida llamada. Al abrir la puerta de la ventana en busca de oxígeno para aliviar su ansiedad, una amplia franja de luz alumbró la sugerencia de su escritorio. Sobre la impresora un montón de folios clamaba ser arremetido con urgencia con su presunto manojó de sentimientos inconfesables. Tal vez la escritura le haría sentirse mejor. Al menos vaciaría un poco su desazón, evitaría a su vez enfrentarse al maliciado teléfono. ¿Por qué no? Sentado en la silla del escritorio respiró hondo. ¿Por qué no la llamaba? Miró el montón de folios mientras la imaginaba al otro lado de la línea telefónica. Mientras se decidía si llamar o no, el blanco de los folios era su voz. Escribiría en ellos si fuera preciso. Y lo era. Por eso se lanzó de lleno.

*Si la llamara;
quizá ella recordaría.
recordándome;
entonces, la llamaría.
Si la recordara;
obedeciéndola, la dejaría.
Dejándola;
todavía más la querría.
Pudiendo dejarla;
queriéndola buscaría.
Si ella me buscara;
seguro me encontraría.
Encontrándola;
por fin la besaría.
Si ella me besara;
entonces, la llamaría...*

Miró un instante hacia la ventana y añadió:

¿La llamo o no la llamo?

—¡Qué diablos! —arrugó el papel— ¡Por qué no!

De un salto corrió hacia el teléfono decidido de una vez a escuchar su voz. Debía ser la única mujer sin teléfono móvil del país, por lo que no tuvo otra opción que llamar a Rosa. Tras el tercer tono, al fin, escuchó su voz.

—Hola, Rosa, perdona que te llame, no quería molestarte. Pero no he dejado un minuto de pensar en Tina, y como tú eres su mejor amiga, quería preguntarte por ella. ¿Cómo la has visto? ¿Cómo se encuentra?

—Bien, yo la encuentro muy bien, como siempre. No he notado nada raro. ¿Por qué lo preguntas?

—Vaya —titubeó desconcertado—, pues me alegro por ella.

De repente se sintió absurdo, arrepentido por preguntar por ella. Deseaba colgar de inmediato y borrar de la memoria aquella conversación.

—Y tú, Raúl, ¿cómo estás?

— Yo no estoy tan bien. ¿Has hablado con ella? ¿No te comentó nada? ¿No te dijo nada?

—Mira, eso es mejor que lo hables con ella. Eso es cosa vuestra. Lo mejor es que la llames ahora mismo. No te preocupes, no te colgará.

—¿Seguro?

—Claro, tú no le has hecho nada malo. Lo que ocurre es que ella no sabe lo que quiere. La conozco más de cinco años y siempre hace lo mismo, cuando mejor está con alguien lo deja por sus dudas. Se pasa toda la vida dudando por esto y por lo otro, se come la cabeza continuamente. Pero bueno, tú insiste, que según me ha contado le gustas mucho.

—No debería...

—¡Llámalala ahora mismo! Suelen darle puntazos raros de vez en cuando. Es así de imprevisible. Pero si te gusta de verdad, te doy un consejo de amiga: lucha por ella. Te costará un poco al principio, pero inténtalo, es muy buena chica.

—La llamaría, pero no me dio su número de teléfono.

—Discúlpala, lo perdió. Yo te doy el de su casa.

Tras tomar nota del número le dio las gracias a Rosa por su ayuda. La voz ya había expirado al otro lado del teléfono, sin embargo, permaneció sujeto al frío teléfono absorto en un gran entresijo: llamarla, o no llamarla. Consideraba a su corazón, él insistía en ella, pero dudaba si en realidad hacía bien rehusando el aviso de peligro de la noche del domingo. Tal vez merecería la pena luchar por ella si el desaparecido San Luar reapareciera para ratificarlo todo. Deseaba pasar el resto de su vida con ella, pero necesitaba un estímulo para intentar llevar su deseo a cabo. El colmillo de Luna en noche de plenilunio poseía la facultad de unir a aquella persona considerada algo especial para la eternidad. Así lo creyó nada más conocer a Tina. Pero por otro lado la frase que le trastocaba: para conocer el verdadero amor debía conocer antes el desamor. En ocasiones pensaba de todo aquello una tomadura de pelo, una broma de mal gusto. Aquello tenía desde su comienzo toda la pinta de una historia de amor surrealista e irracional.

Convencido de hacer lo correcto, emprendió a marcar uno por uno, los nueve dígitos camino hacia su voz. Esperó impaciente aquellos eternos segundos hasta que escuchó el primer tono. El corazón se precipitó tras el tono de la primera llamada.

El sudor se propagó con la segunda llamada. Por fin nada más acabó la tercera, escuchó una voz.



Capítulo 12

ENAMORAR no era un verbo recurrente en su vocabulario habitual, sin embargo, ahora empezaba a vislumbrarlo cada vez con mayor naturalidad en su pensamiento. Estaba enamorado. Gracias al anhelo de reencontrarse con Tina, la semana había transcurrido rauda desde la determinante llamada del miércoles. Llegado el sábado volvía a estar de nuevo junto a Tina. Todo había sido tan sencillo que aún no daba crédito: estaba junto a ella, sentada en el asiento derecho de su coche con el corazón de oro blanco colgado del cuello, y los otros dos corazones latiendo en modo alegre.

—Raúl, según mi padre, tienes una voz muy bonita por teléfono. Pero no te acostumbres a llamarme porque luego me da la paliza con preguntas sobre ti.

—Fue muy amable conmigo.

—Jo —se cruzó de brazos enfurruñada—. No llames más. Son muy pesados.

—Busca bajo tu asiento —dijo nada más paró el motor—. Si encuentras algo, tal vez sea para ti.

Apresurada, buscó bajo su asiento a sus pies. Encontró una caja de cartón de volumen similar a una caja de zapatos, envuelto en papel rojo de regalo, con un «felicidades» pegado junto a un pequeño lazo azul. Para no romper el papel desplegó el precinto con cuidado, consciente de que tal ceremonia acabaría con la paciencia de Raúl. Pero esta vez él, iba bien prevenido, llevaba los bolsillos colmados de paciencia.

—¡Un osito! ¿Cómo lo sabías?

Henchida de satisfacción con los ojos como espejos se abrazó a Raúl. De ninguna manera había pensado en despertar su lado más tierno. A decir verdad, no sabía que ella quería un osito de peluche, ni que gracias al osito obtendría tal cantidad de besos. Tampoco nunca había disfrutado así los besos. Ahora no dejaría de hacerlo. Sus labios sabían tan dulces que imaginó el sabor del resto de su cuerpo. ¡Moría por comprobarlo!

—Esta mañana vi uno en casa de mi amiga y estuve a punto de llevármelo... quería tener uno —se aferró al peluche con todas sus fuerzas—. ¿Cómo lo has sabido?

—Intuición.

Tina guardó el osito en su caja y lo dejó de nuevo bajo el asiento con el cuidado posible. Cuando iba a recoger la americana del asiento de atrás, Raúl aprovechó para buscar bajo el asiento algo que ella no había advertido: unas hojas grapadas. Tina, absorta, inquirió con la mirada una interrogante sobre aquello que Raúl le entregaba, pero no obtuvo otra cosa que silencio. Tras un hondo respiro para acallar su incertidumbre, sus ojos comenzaron a recorrer las grafías extendidas en los cinco folios. Su mirada se llenaba de luz en cada palabra como si fuesen escritas con tinta de luz. Una vez llegó al punto final exhaló por completo la incertidumbre sintiendo una placentera calma.

—Me gusta mucho —dijo sobrecogida—. Es nuestra historia. He vuelto a revivir la noche cuando nos conocimos. La escalera. Nuestras miradas. El baile. Nuestro amor. Las sombras...

—El próximo capítulo la semana que viene.

—Jo, quiero leer más.

—Nuestra historia se escribe poco a poco, no hay que apresurarse.

—Esperaré impaciente —dijo mientras guardaba el escrito en la guantera—, mientras tanto... ¡quiero bailar!

Fuera del coche Tina saltó a sus brazos, poseída por una pasión caníbal empezó a besarle por todo en el cuello. Raúl la dejó en el suelo temeroso de tal voracidad, pues no sabía hasta dónde era capaz de llegar. Entonces, deseosos por salir del aparcamiento subterráneo comenzaron una repentina carrera hacia la salida. Aunque ella se anticipó un segundo, Raúl sin demasiado esfuerzo, la adelantó de inmediato. Ya a punto de llegar a la puerta, ella aterrizaba en el suelo con los brazos por delante, llamando la atención de Raúl que ya había llegado a la meta. Apresurado, Raúl corrió hacia ella que, abochornada se incorporaba de inmediato. De rodillas en el suelo se apartó el pelo de la cara dedicándole una mirada enfurruñada.

—Me he hecho pupa.

Conmovido por su tono y forma de expresión, como si de una niña pequeña tratase la recogió del suelo acomodándola sobre su hombro. Calculó de paso algo más que unos kilos. «¿Cuánto pesaba el amor? —se preguntó—. Debía existir una máquina capaz de pesarlo; de ese modo nadie llegaría a engaños,

porque antes de involucrarse demasiado en una relación optarían por usar la máquina.»

—Me duele la *pancita* —dijo Tina mientras señalaba su estómago—. Te quiero.

De camino hacia la salida observó la desolladura de sus manos. Curiosamente, no se quejaba en absoluto; tan cómoda en su regazo había eludido el daño de la caída.

—Me trastocas. —dijo ella.

Dichosos de estar de nuevo inmersos en semejante panorama, permanecieron quietos para respirar unos minutos el aliento del mar. Una vez colmados los pulmones de puro oxígeno presenciaron una noche tan fría como el hielo. La brisa les sacudía desde los pies hasta la nuca. Tina decidió llevarle a un lugar dónde guarecerse de dicho frío. Raúl afirmó con la cabeza mientras se abotonaba la chaqueta aferrado a su cintura. Se dejaría llevar a cualquier sitio, a cualquier parte donde regocijarse con su propio calor, con su propio cuerpo, o mejor aún, con el calor de aquella droga en que se había convertido el roce de su piel. Se sentía afortunado únicamente por estar con ella.

—Es un sitio un poco diferente, pero te gustará —dijo ella mientras tiraba de su mano—. No te apartes un segundo de mí. Lo digo por tu bien. ¿Vale?

Recorrieron el puerto escurridos entre la gente. Zigzaguearon el ancho paseo marítimo subiendo y bajando el bordillo que delimitaba la zona ocio. Se adentraron en una estrecha calle peatonal, recóndita y oscura. Llegaron a una puerta negra donde un tétrico letrero de madera conformado por un par de alas negras indicaba con letras ensangrentadas *Underground*. Por supuesto, el interior no era de sorprender en absoluto; previsible a partir del letrero de la entrada. Parecía una guarida de murciélagos, iluminada por una luz cuya tenuidad apenas permitía mostrar el decorado colmado de posters de grupos musicales góticos; una amplia barra de cristal situada frente a una fila de mesas encadenadas a sus sillas se perdía hasta el fondo. A decir por las vestimentas negras, tatuajes por doquier, y pieles blanqueadas con polvos de talco resplandecientes bajo los tubos ultravioletas; era un rincón donde se citaba gente decantada por lo siniestro. La música de *The Cure* sonaba a un volumen apropiado para poder hablar con tranquilidad. En el fondo, Raúl observó el cuadro de un hombre enfundado en un traje negro agujereado con una cornamenta a modo de demonio y unas lágrimas negras brotando de sus

ojos. No quiso hacer ningún gesto que denotase sorpresa alguna, sin embargo, le extrañaba la razón de su visita a dicho lugar.

—¿Te gusta el sitio? —preguntó Tina.

—Está bien —dijo Raúl advirtiendo como un enjambre de incógnitas mordían su pensamiento. Pero con una voluminosa sonrisa consiguió aquietar sus pensamientos.

—Te invito a un tequila, no te muevas de aquí. —dijo Tina con una sonrisa resplandeciente.

Mientras se alejaba hacia la barra, Raúl aprovechó para sacar tabaco. Procuraba mantener la mirada fija en la máquina para no romper su aparente indiferencia. No quería cruzarse con nadie quizá por temor a lo desconocido. Volvió a su mesa e intentó perder su mirada tras la ventana tintada de negro que mostraba un exterior ensombrecido y deformado, casi como si fuera mundo aparte. Extrajo un cigarro y buscó en el bolsillo lo que enseguida le ofrecieron un par de chicas. Raúl titubeó ante las dos llamas, decidiéndose por una al azar para terminar cuanto antes el acto de galantería.

Por suerte Tina llegó con los tequilas rompiendo la situación, ahuyentando a las dos chicas que parecían haber perdido su oportunidad de ligar con él. Raúl reparó en la falta de los trozos de limón y la sal.

—Por... —ella se detuvo con la copa en alto mostrando las rozaduras.

—Nosotros.

Brindaron. Era mucho más adusto en ausencia de sal y el trozo de limón, pero ella disfrutaba de aquel fuego líquido fluyendo por su garganta. ¡Qué diablos! Tal vez también adoraba las comidas picantes. ¡Hasta tal cosa tenían en común!

—¡Ya está! —ella resopló graciosa después de retorcerse.

—¡Pareces un diablillo!

Sin duda parecía un diablillo, gracioso, atractivo, irresistible. Fusionaba la travesura con una maligna ingenuidad, la templada belleza con una profunda melancolía. En realidad, su personalidad fusionaba con el entorno de *Underground*

—¡Soy el diablillo que habita en tu colmillo! —mostró la sonrisa violeta detenida en el colmillo colgado junto a su anillo.

—Tú habitas en toda mi vida, no solamente en mi colmillo.

—Sí, lo sé, tonto... esta es mi casa —dijo Tina mirando el colmillo con detenimiento—. Quiero ver donde me hospedo, donde voy a vivir a partir de

ahora... porque, no lo olvides: soy el diablillo que habita en este colmillo.

—Desde luego lo pareces. —dijo sucumbido a su encanto.

—Raúl —se abrazó a él—, ¿sabes cuál es la fórmula del amor?

Él emitió un sonido negativo. Desconocía la fórmula del amor, aunque creía haber descubierto algo nuevo todavía sin descifrar. Pero eso por ahora no lideraba su lista de intereses: el primero era aproximarse a su tentador lóbulo, necesitaba endosarle un amplio beso. «Un poquito más cerca, un poquito más cerca.»

—¿De veras no sabes cuál es la fórmula del amor?

Negó con la cabeza. Por todos los santos, deseaba esa oreja, la deseaba con todas sus fuerzas tanto que rozaba la desesperación. Pero no se dejaba, de nuevo se alejaba para añadir algo más.

—Te quiero.

Ahora aprovechó el descuido de la declaración para atrapar el lóbulo con sus labios.

—Esa no es la fórmula, tonto —soltó entre la risa—. Parece una tontería, pero yo solita, sin la ayuda de nadie, la he descubierto. Después de tanto tiempo, de tantas relaciones, por fin lo he conseguido. He descubierto la fórmula del amor. Son tres ingredientes indispensables para que gire la rueda del amor; tres ingredientes necesarios; a falta de alguno de ellos ya no es amor, bueno, puede ser algo parecido, pero no el auténtico amor verdadero.

—Dímelo —la curiosidad empezaba a causarle estragos, ¿o era la impaciencia?—. Dímelo ya por favor.

—Está bien... eres muy impaciente. Bueno, pero no se lo digas a nadie, la fórmula aún no está patentada. Aunque a lo mejor te vas a reír de mí, ya lo verás. Te parecerá una tontería.

—De ti nada me parece una tontería.

—De acuerdo, la primera es... —enmudeció un instante para dar más emoción.

—Por favor.

—Ternura.

Con ademán de amabilidad apoyada en su hombro derecho comenzó a acariciar el contorno de su cara. Raúl lo entendió enseguida, escenificaba la ternura, siendo una amiga de repente. Comprendía y reconocía en sus gestos el significado de la palabra Ternura.

—Magia.

Separada a un palmo de brazos cruzados, únicamente haciendo uso de la mirada: no necesitaba más para apreciarla. Le miró al amparo de la evidencia del magnetismo mutuo. Sus ojos eran la puerta de entrada a un nuevo universo en el cual habitaban ellos dos. Mantuvo la mirada hasta que Raúl advirtió que entre ellos brotaban esquirlas de deseo. Eso era sin duda era la Magia. También la reconocía con tan solo mirarla.

—Pasión.

Lanzada por el deseo corrió a sus labios. Nadó en su boca, para sentir como ardían las pieles y se prendían los deseos con la avidez de la pólvora. Las manos recorrían el cuerpo en busca de la llama, hasta que, al advertir el estorbo de las ropas, se separaron unos metros. Raúl estaba aturdido. El sudor resbalaba por los atajos de las pieles tornadas de gallina. Por supuesto, entre ellos reconoció una incontenible pasión. Un deseo caníbal.

Raúl la miró absorto en la fórmula cual había descubierto, no lograba añadir nada al respecto, pues estaba completamente de acuerdo. Entre ellos existía, magia, ternura y pasión, entre otras cosas. La verdad nunca había pretendido buscar la fórmula del amor verdadero, pero de existir una fórmula, sin duda era esa. Tampoco nunca había pensado encontrar el amor verdadero, si bien, ahora estaba más convencido de encontrarlo. No sabía cuándo surgió, ni cómo, ni por qué, pero era certero; tanto como que Tina era el diablillo que habitaba en su colmillo.

Entre tanto, Tina inquiría con un gesto interrogante una respuesta a su apreciación, miraba expectante con los brazos cruzados.

—Vaya —dijo cuando volvía en sí—. ¿Todo eso lo tienes conmigo?

—Con el primero hallé la magia y la pasión, pero faltaba la ternura... no me trataba demasiado bien; de seguir con él no sé cómo hubiese acabado. Con el segundo todo era diferente, hallé ternura, pero faltaban la magia y la pasión; era un tío legal, me respetaba y me escuchaba, pero no surgía la chispa. Sin embargo, contigo... en fin, no me preguntes por qué, pero contigo lo tengo todo: ternura, magia y pasión. Todo, absolutamente todo. Es la explicación de lo nuestro.

—Estoy de acuerdo.

Ella le indicó que aguardase un segundo para ir al servicio. Entonces para hacer tiempo y no perderse en miradas furtivas, Raúl, volvió a recurrir al entretenimiento del tabaco. Las dos chicas estaban alerta predispuestas a darle fuego. Sin embargo, esta vez se anticipó y para no ser objeto de deseo de

nadie encendió su propio mechero. Las chicas refunfuñaron decepcionadas por completo, y despechadas ambas anudaron sus lenguas en un beso lésbico. Raúl se estremeció. Tras ellas, invisibles por un momento, traslúcidas como cristal, descubrió en la ventana a un hombre escribir algo con el dedo en el vaho del cristal.

Ella no es para ti.

Aunque no distinguía bien a aquel hombre, creía conocerle, aunque lo cambiaba una sonrisa descabellada. Se aproximó a la ventana para comprobar si se trataba de quien creía. Al cerciorarse, sintió una violenta sacudida en su mente. Era San Luar le dedicó un saludo con la mano y de inmediato añadió algo más.

Su alma está con otra persona.

Intentó salir a la calle para saludarle, pero antes de dar un paso, San Luar ya se había largado. Permaneció quieto, absorto en el legado de la ventana. ¿Qué venía a decir con eso? ¿Porque siempre era tan oportuno? ¿Por qué siempre reaparecía cuando buscaba meditación? Adherido a la confusión aún más desconcertado si cabía, leyó la frase cinco veces con la lengua ligeramente oprimida bajo los dientes. ¿Qué diablos quería decir con eso? Quizá se trataba de la estupidez de un estúpido que aparece de pronto para escribir algo en el cristal.

Sobresaltado ante la llamada de Tina oprimió los dientes; en consecuencia, se mordió la lengua.

—Me he quitado el carmín, ya me puedes dar besitos —se detuvo—... ¿Qué te ha pasado? ¿Te has mordido la lengua?

Afirmó cubriéndose la boca con las manos. Había sido un fútil mordisco, tan rápido y seco que por poco se seccionaba la lengua. Tina rio al verlo sonrojado con un guiño de dolor, consciente de ser ella la causante de su accidente. Pidió disculpas, y a partir de ahí, no dejó hablar. Cuando las voces agrupadas en susurros empezaban a saturar el local Tina, por un momento se mezclada con esas voces, dejaba en el aire tantas palabras que no lograba a entenderla. Hablaba de cosas sin mucho sentido, expelía palabras consecutivas, no obstante, observaba como movía la boquita, esa boca que

tanto deseaba, resistiendo a comerla. «El diablillo que habita en mi colmillo habla demasiado», se dijo. La lengua de un momento a otro podía enredarse. Se agitaba y se revolvía sin intermisión golpeada contra las paredes de su boca. Padecía por ella, por su lengua, pero no tanto para pedirle silencio. De todas maneras, seguro se cansaría de hablar tarde o temprano, cuando agotase la saliva. Pero la saliva no se agotaba. Hablaba de una mosca sin alas en un aeropuerto; de unas galletas olvidadas en el armario; de cuanto echaba de menos a sus enésimos exnovios que no había conseguido olvidar; de poseer múltiples personalidades, buenas, malas, perversas e ingenuas; de no sabía quién era en realidad; y de muchas cosas más. Cambiaba de monólogo a cada instante, sin dejarle apenas soltar una palabra. Entonces de improviso para hacerla callar le comió los labios; lamió su lengua para mantenerla quieta, remisa bajo los dientes. Enseguida volvió en sí.

—¿Cómo me ves? —preguntó Tina atada a su cintura—. Mis amigos me ven como un bicho raro, pero ellos no me entienden... nadie me entiende, soy muy complicada.

—No digas eso...

—Nadie me conoce, a veces ni yo misma —bajó la cabeza—. Me gustaría verme desde fuera, como si fuese otra persona, para juzgarme a mí misma descubriendo así quien soy. Por eso te pregunto a ti, tú eres quien más me conoce... o al menos eso creo. Para mí es muy importante que me digas como me ves. Necesito con urgencia que me lo digas. Por favor, dímelo.

De pronto los ojos dislocados aterrizaron de lleno en el mundo del raciocinio. Necesitaba saber cómo era ante los ojos de la persona a quien seguro más quería.

—No sé...

La sinceridad resultaba turbadora. Ahora, en realidad, su cuerpo estaba entre las cuerdas.

—Seguro que me ves como una loca. —dijo Tina cruzada de brazos.

—No, no es eso... me resulta complicado describirte.

—Pues, si no puedes, escríbelo... te traigo enseguida un papel y un bolígrafo.

—El próximo día.

—Necesito saberlo. Por favor. Soy el papel principal de tu historia de amor. Tienes que saber describirme correctamente.

—Tranquila, te lo traeré escrito en un papel, ilustrado y todo.

Ella pareció comprenderlo, necesitaba tiempo para describirla, ahora lo primero era llenar los pulmones de aire fresco. Necesitaba estar con ella a solas, necesitaba saciarse de ella, necesitaba hacer el amor. ¡Santo cielo! ¡Estaba harto de permanecer embutido en ese viciado ámbito! Raúl la cogió de la mano y empezó a andar inhibido por entre las miradas anhelantes, con temor de ser el centro de atención. Las miradas los siguieron en su dirección, obstaculizando incluso su camino. Nervioso por los elogios a su paso aligeró el paso ansioso por estar fuera. Pero al llegar a la puerta alguien lo agarró por detrás obligándole a dar media vuelta.

—¡Eh! —gritó Tina quitándole la mano— ¡Está conmigo!

El tipo sonrió, pero continuó devorándole con los ojos tatuados con lágrimas negras.

—¡Es mi novio! —dijo Tina interpuesta entre ambos—. ¡Es mi novio!

—Eso parece. —añadió Raúl.

—Disculpa, chica —dijo el tipo muy correcto—. Me equivoqué de persona, un error lo tiene cualquiera.

De camino hacia el fondo, en menos de un segundo aquel tipo desapareció entre la gente. Nada más abandonar el extraño tugurio, Raúl se detuvo sorprendido en la mirada de su chica. Nunca se había sentido tan dichoso, protegido, ni tan novio de alguien. Nadie había defendido ante sus ojos ese título de aquella manera. Tal vez ni siquiera Tina jamás en otro momento lo había defendido con tanta seguridad. ¿De veras eran novios? ¡Qué bonito sonaba de su voz! Cubiertos por extrañas miradas inyectadas en alcohol se abrazaron y saltaron como locos. Después se besaron.

—Bueno —suspiró Raúl—, ahora me corresponde elegir a mí. Te concedo tres opciones: A, es un sitio oscuro; B es un sitio todavía más oscuro; y C es un sitio muy, muy, muy oscuro... inmensamente oscuro.

—¿No expones el punto D? —una sonrisa perversa cruzaba el rostro de Tina—. Suelen ser cuatro opciones. Te falta una.

—Lo dejo a tu elección.



Capítulo 13

ILUMINANDO caminos de lugares recónditos, brillaba la Luna entre el silencio y las sombras, con aires de misterio, dispuesta a inquietar a los individuos cuantos se cobijaban en su manto. En un cielo despoblado de estrellas, las dos únicas estrellas cuales Raúl percibía relucían encajadas en el rostro lleno de vida de su amada. Halló en ellas el cielo en la tierra.

Para silenciar el murmullo de la brisa, apresurada, Tina subió la ventana y se volvió sobrecogida hacia Raúl. Él sonreía tumbado en el asiento recostado por completo con los brazos bajo la cabeza; quería darle tranquilidad y la invitaba a tumbarse junto a él. Debía relajarse, reunirse con él y fundirse en un abrazo, pero los nervios surgían afilados, la inquietud se hacía evidente. La noche olía a algo diferente, escuchaba algo oculto que la perturbarla, aunque ahora mismo, había enmudecido por completo. La opción C resultó un engaño: no era el paraje oscuro, ni tranquilo que esperaban; pero a pesar de todo estaba bien. En todo el llano apenas subsistía el coche rojo donde estaban ellos. Tina bajó los seguros de las puertas y, en busca de consolación miró a Raúl.

Él buscaba en la radio algo de música romántica. Para su sorpresa encontró una canción de Luis Miguel cuya letra mencionaba el preciso momento del primer encuentro, cuando sus pasos sonaban en la escalera dirección hacia ella. Sin decir nada, sumidos en un estrecho abrazo, de inmediato, hicieron la canción suya. A sus mentes acudió ese momento cuando los escalones eran testigos de su inminente flechazo. Inmortalizaron la imagen de aquel primer encuentro como el mejor momento de sus vidas, y permanecieron abrazados mientras duró la canción. Tras besarse, una sonrisa tranquilizadora cruzó sus rostros. Por fin, los nervios parecían haberse diluido por la saliva de sus besos. Entonces sin previo aviso, Raúl empezó a accionar la palanca para tumbar el asiento contiguo.

—Vaya, esto me recuerda el dentista. —bromeó Tina.

La intención era indudable, aunque ella parecía esquivarla: quería abalanzarse sobre ella para dar rienda suelta de una vez por todas a su pasión. Pero esperaba una aprobación prolongada más de lo esperado. Ella sonreía con una mirada luminosa, más inquieta que el aire, con la vana intención de aquietar su estómago que volvía a reaparecer en escena. Parecía no darse cuenta, pero transcurría la noche y cada segundo moría un poco más por acercarse a ella. ¡Esperaba la señal!

—¿Me haces un hueco? —dijo Raúl.

Impaciente por ser abrazada ella le dejó hueco en su asiento. Raúl la abrazó por la espalda, se aferró de inmediato a su cuerpo. Recordaba cuanto había deseado ese cuello durante toda la noche, cuantas veces había intentado besarlo. ¡Este era el momento! Apartó su melena a un lado y descubrió aquel cuello terso y sedoso tan deseado. Empezó por comerle el lóbulo de la oreja, haciendo tiempo para que ella deseara ser devorada por completo. Por un momento el tiempo se detuvo a su voluntad, las agujas del reloj echaron el ancla a la blanca esfera para convertir el abrazo en un eterno lazo de piedra.

—¿Y si fuese a morir mañana? —preguntó ella con un tinte oscuro.

—No pienses eso... moriría yo también.

Nada más evadirse de aquellas propias palabras, se detuvo sorprendido con un escabroso presentimiento. ¿Moriría también?

—Piénsalo un momento. ¿Qué harías en tu última noche con vida? ¿Cómo pasarías los últimos momentos en esta dimensión? Piénsalo, tal vez esta sea nuestra última noche, la última noche en esta vida.

—A tu lado —se aferró receloso a su espalda—. Mi último respiro lo daría a tu lado.

—Pues no te separes de mí en toda la noche...

Se abrazaron impetuosos. Permanecieron mudos bajo las frías sabanas del silencio. Después miraron hacia fuera. El ambiente no se mostraba tan novelesco como esperaban, más bien todo lo contrario. Varios perros lloraban en la lejanía, aunque, demasiado lejos para preocuparse. Debían de estar a más de un kilómetro de distancia, donde se dibujaban unas casas abandonadas. En realidad, la inquietud iba encauzada hacia aquella zona, tan lejana y cercana a la vez. Esperaron concurrentes unos minutos hasta que desaparecieron los gemidos por completo. De nuevo reinó el silencio.

—Te quiero. —susurró Tina.

Ella se retorció de placer aferrada todavía más a su abdomen. Se retorció

con cada palabra, con cada suspiro cerca de su oreja. Por un momento Raúl deseó ser de una vez por siempre el Dios del tiempo, prolongar ese instante para la eternidad, para conseguir de cada beso la inmortalidad, sin necesidad de llegar a más. Únicamente le bastaba sentirla así de cerca.

—Date la vuelta y cierra los ojos —dijo Tina—. Cierra los ojos por favor.

—No me hagas esperar demasiado —Raúl obedeció girándose de espaldas a ella—, soy muy impaciente.

Miraba por la apertura de entre los dedos, sin ver otra cosa salvo la oscuridad de la calle desde su ventana. ¡Por todos los santos, estaba de espaldas a ella! La imaginación empezaba a hacer de las suyas tanto que, sin darse cuenta, la suponía desnuda.

—¿Falta mucho? ¿Puedo mirar?

Por los movimientos de su cuerpo estimaba que en efecto se quitaba la ropa, se desvestía remisa sin perder la guardia. Incontables veces la había imaginado desnuda, había imaginado ese crucial momento inalcanzable que, sin embargo, ahora era real. Tenía que verla para creerlo. ¡Tenía que mirarla! ¡No podía esperar un segundo más!

—¡Ya puedes mirar! —dijo Tina.

Nada más girarse descubrió su espalda desnuda, voraz de carias, sedosa y tersa. Se cubría los pechos con las manos, mientras se echaba hacia atrás, rozando sus pantalones. El sueño ya no era tal. Ella, medio desnuda esperaba su reacción, tan pegada a él que sentía sus apresurados latidos bajo la piel. El calor emanaba entre ellos cual agradable brasa.

—Te deseo tanto —susurró Tina—, tanto que me cuesta contenerme. Robas mi calma y me trastocas.

«¿Qué estás esperando, imbécil? —se dijo Raúl— ¡Esta vez no es demasiado pronto! ¡Lánzate ya!»

Raúl encaminó los labios en el sendero de su espalda. Cada beso hendido en su piel era una pincelada de amor, un amor donde prendía la pasión por segundos. Cogió con firmeza sus manos para colocarlas en su cintura, dejando así los pechos descubiertos, cubiertos enseguida por sus propias manos. La besaba incesante, surcando milímetro a milímetro su espalda, abrigando el soplo de su respiración entrecortada transformada en un excitante jadeo. La sentía retorcerse pegada a su cuerpo titubeando al acariciar su abultado pantalón. Raúl, más resuelto, desabrochó sus pantalones para dejar vía libre, y mientras ella reaccionaba de alguna manera introdujo la mano deslizando el

índice por toda la comisura de las bragas, advertido del peligro de la presencia de su cálido sexo. Entonces fue liberado el aroma del sexo. Y Raúl respiró el particular aroma mientras ascendía el ritmo de los besos sin medida, al compás del ritmo de los corazones. La piel era una llamarada incandescente abrasadora por el roce de los propios labios. La sujetó con más fuerza, para intentar controlar sus espasmos, cada vez más pronunciados.

—¡Basta! —exclamó en un arrebato de exasperación—. ¡Déjame! ¡No puedo más! ¡No lo soporto!

Raúl, sorprendido, aquietó su cuerpo. Cegado por la confusión se separó un centímetro de ella apoyando la espalda en la palanca del cambio. No concebía aquella reacción. Tina aferrada al cinturón de seguridad, se reafirmaba a la puerta, tan tensa y distante que apenas permitía un roce. Mostraba un perplejo pánico y un desmedido resuello. De repente ella repudiaba su tacto y le hacía sentirse a Raúl repugnante. No la había forzado en ningún momento, de eso estaba seguro. No la había forzado, de ninguna manera. Entonces, ¿por qué de esos estúpidos sentimientos de culpabilidad? ¿Qué le hacía sentirse tan culpable? ¿Por qué siempre tantas dificultades?

—¿Qué te pasa?

—No lo aguanto —dijo encorvada—. Es superior a mí, no puedo, no puedo...

—¿Te gusta? —preguntó Raúl confundido—. ¿Al menos dime si te gusta?

El sudor barría la piel, congelaba la pasión.

—Me gusta demasiado —dijo sumida en extraños pensamientos—. No sé. Es una sensación muy extraña. No sé lo que me ocurre. Mi cuerpo no parece estar acostumbrado a estas fuertes corrientes.

Apoyada sobre la ventana a media luz dejó entrever los preciosos pechos, no muy grandes, pero bien moldeados. Raúl se mordía el deseo con tal voracidad que por poco seccionaba su dedo meñique.

—A lo mejor no estoy acostumbrada a sentirme así —dijo Tina todavía intentando explicar su reacción—. Nunca me había sentido de esta forma. Aunque no lo creas es una sensación muy nueva para mí. Estoy más acostumbrada al dolor que a esto.

Raúl la miró boquiabierto. «Si era tan nuevo para ella, ¿qué hacía con sus antiguos novios?»

—No lo entiendo, esto es demasiado. Todo el mundo soporta el placer. Además, si te gusta tanto, ¿por qué no lo aguantas?

—No lo sé —dijo Tina abatida—. No lo sé. ¿Estás enfadado conmigo?

—Claro que no —respondió con la vista hacia el exterior del coche—. Simplemente estoy desconcertado —susurró—. Barreras entre nosotros.

En realidad, no estaba enfadado. Buscaba sosiego, pero afuera el paisaje era de todo menos alentador. Apreciaba sobre la tierra unas zanjas extendidas a los lados del coche. Al fondo del rellano, donde la oscuridad era casi completa, aquellas casas viejas, tal vez abandonadas, daban un toque espeluznante al panorama. Se preguntó si vivía alguien en un sitio tan alejado de la ciudad.

—¿Seguro? —insistía Tina— ¿No estás enfadado?

—Tranquila, no te preocupes —dijo atisbando al viento sacudir el herbaje—. No estoy enfadado contigo.

A pesar de la entreverada normalidad de la noche, Raúl permanecía intranquilo. No separaba la vista del trasfondo del extraño paraje, presagiaba que algo iba a ocurrir, algo aún sin definir. Desde su llegada a dicho lugar cargaba auestas un lóbrego presentimiento. De pronto un extraño escalofrío sacudió su intranquilidad.

—¿Te encuentras bien?

Entre las casas viejas descubrió una sombra añadida. Una sombra efímera crecía aproximándose a alta velocidad, con movimientos casi inhumanos, demasiado escabrosos y desiguales para ser un hombre. Sin duda corría hacia ellos, cruzaba el terreno en línea recta guiado por la Luna casi plena. La forma resultaba grotesca, bestial. Más de cerca distinguió una figura negra de piernas tullidas y espalda encorvada. Aún no concebía lo que se avecinaba. De un modo vertiginoso empezó a manifestarse el pánico ante lo desconocido. Se esforzó por reaccionar de alguna manera ante la mirada expectante de Tina, pero la curiosidad se había aferrado a la figura, y en consecuencia permanecía inmobilizado.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfadado?

—Tina —se volvió apresurado hacia su asiento—, no te asustes, pero vístete rápido, nos vamos de aquí a toda leche.

—¿Qué pasa?

—Hay algo afuera. —dijo Raúl mientras se reincorporaba lo más rápido posible.

La forma extraña ahora más cercana, resultaba ser un hombre, cubierto de negro de pies a cabeza, incluyendo pasamontañas; blandía un objeto alargado

de acero en el aire cuyo filo resplandecía bajo la Luna. ¿Para qué lo usaría? «¿La muerte?», se preguntó Raúl.

—¿Dónde? —dijo Tina con una mirada paralizada por el miedo.

—Está aquí al lado.

Tan pronto encendió las luces, la figura desapareció con un movimiento desmañado dentro de la zanja a apenas un metro. Tina, de soslayo, también vio a aquella sombra desaparecer de repente.

—¡Viene a por mí! —dijo Tina con unos ojos desencajados por el pánico— ¡Arranca! Deprisa, deprisa, deprisa.

A toda prisa movió el coche marcha atrás, encarado hacia la zanja donde presuntamente había desaparecido aquel tipo, intentando iluminar la figura con la luz larga entre la hierba.

—Vámonos, vámonos, vámonos...

—¡Quiero saber qué es eso!

Bajo las luces del coche no pudo ver nada. Seguro permanecía escondido en la zanja, ocultado tras la maleza, a la espera del momento oportuno para atacar. De pronto un crujido proveniente del maletero paralizó sus sentidos. Ambos se miraron perplejos.

—¡Déjalo ya, por favor!

Ella estaba demasiado asustada para aguantar la tensión. Por lo tanto, decidió salir de allí de inmediato. No quería sobrepasar los límites de la curiosidad y poner sus vidas en peligro. A golpe de pedal soltó el embrague dispersando la graba.

—¿Qué era eso? —preguntó Tina mientras terminaba de enderezar el asiento.

—No lo sé. Parecía un hombre con muy malas intenciones.

—Prefiero no conocer sus intenciones. —dijo ella mientras se vestía.

—Desde luego, no venía a darnos las buenas noches —oprimió el gélido volante—. De no haberme dado cuenta no sé qué habría ocurrido. ¿Volvemos para buscarlo?

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Tina, aferrada al osito— ¿Estás loco o qué?

—No sé. —dijo Raúl mientras se miraba un instante en el retrovisor. En efecto sus ojos eran de locura.

Había llegado a casa de Tina mucho antes de lo previsto. Efectuó la parada un

poco más abajo para evitar ser descubierto por padre, perro, o cualquier otra cosa. Permanecieron mudos unos instantes. No le apetecía en absoluto discutir por nada ni por nadie. Si ella lo quería así, así estaba bien. Ahí la dejaba. El extraño suceso apenas les había reservado alguna palabra para la despedida. Perplejos, con los ojos extraviados, aún sin digerir lo ocurrido, o mejor dicho lo que hubiese ocurrido, se miraron. ¿Todavía sentían el miedo de la reaparición? ¿Aparecería de nuevo? ¿Tal vez cuando ella abriese la puerta?

—Bueno... me tengo que ir. —dijo ella.

Aquella fatídica frase suponía para Raúl una incógnita, como tantas otras.

—Muy bien, hasta luego. —respondió Raúl.

—Nos volveremos a ver.

Raúl le dio un beso en los labios. Ella le dejó en la mano una tarjeta donde figuraba bajo su nombre dos números de teléfono escrito con letras enrevesadas, casi ilegibles. ¡Al fin tenía sus números!

—Son el teléfono mío y el de mi casa. Ya me puedes llamar cuando quieras. Pero cuando llames a casa si no respondo yo cuelga; si se enteran mis padres que estoy saliendo con un chico me matan. No quiero que sepan nada de lo nuestro. Ellos no tienen por qué saber de mi vida, para ellos soy una niña buena incapaz de hacer nada malo.

Con un gesto propio de una niña buena, cogió el bolso y el osito. Con sumo cuidado, salió del coche procurando no ser vista. Esta vez no temía a los vecinos ni a la familia, sino a la sombra, temía volverla a ver de un momento a otro. Temía encontrarse con aquella extraña presencia que había echado a perder un gran momento. Se detuvo antes de cerrar la puerta.

—Gracias de nuevo, me ha encantado el osito y el primer capítulo de nuestra historia —dijo sobrecogida—. Jo, no voy a poder dormir esta noche. Tengo miedo. ¿Y si nos ha seguido? A lo mejor me está esperando por ahí escondido. Estoy asustada.

—No te preocupes, lo perdimos de vista.

—Bueno, cuando me acueste abrazaré el osito imaginándote, así dormiré más tranquila.

—¡Oye! Tan pronto estés en la cama con el osito, abrázalo muy fuerte y dale tres besos... tan pronto cierres los ojos, el osito seré yo.

—Entonces no lo abrazo, ni lo beso, porque no podré dormir —dijo Tina con un tono agrisado mientras cerraba la puerta—. Por cierto, quiero que leas esto —sacó una hoja de papel replegada de su bolsillo—. Quiero que lo leas

cuando estés en tu casa tranquilo. Prométeme que la leerás en tu casa.

—Te lo aseguro.

Tina le entregó la hoja con una indolente sonrisa y se alejó cabizbaja. La noche finalmente había resultado entretenida. Una noche interesante colmada de desconcierto, tan sugestiva que procuraría repetir. «Repetiría estar siempre a su lado —se dijo mientras arrancaba el motor—. Lo repetiría día tras día, noche tras noche, hasta acabar con la magia, la ternura, o la pasión.» Porque daba por seguro que todo tenía final y dicha historia no era una excepción.

Al cabo de un rato, arrojada bajo cálidas sábanas, Tina exprimió el osito contra su pecho y lo besó tres veces. Cerró los ojos a la espera de ser sorprendida por Raúl a su lado, pero, el peluche seguía igual: regordete, marrón, simpático, de mirada conmovedora. Raúl no cumplió con su palabra, no obstante, por si acaso, volvió a intentarlo. Abrazó el osito más fuerte si cabía. Entonces, un abultamiento en la panza llamó su atención. Apresurada, preguntándose qué sorpresa aguardaría en su interior, bajó la cremallera del estómago. El corazón volvía a bailar desconcertado con la agitada música de su respiración. Era una diminuta caja, envuelta en papel de regalo azul, enlazada con una cinta roja. Cruzada de piernas sobre la cama dejó el peluche apoyado en la cabecera. Deshizo el lazo con sumo cuidado, desplegó el papel y abrió la caja roja con un papel doblado en la superficie. Bajo el papel halló unos bonitos pendientes de oro con forma de corazón. Sobrecogida, en plena taquicardia, leyó lo que decía en el papel:

Eres cuando no sabía que esperaba, cuanto había esperado.

Espero no volver a seguir esperando.

Te quiero, ala.

Ella, conmovida, se derrumbó en la cama con la mirada puesta en el techo blanco de su habitación. El techo parecía caer en un irreversible descenso por momentos dispuesto a aplastar sus pensamientos para liberarle de su indecisión. Ante el temor de ser aplastada se mordió el labio inferior. Un hilo de sangre lamió su cuello devolviéndola a la realidad. El techo parecía haberse aquietado. Los pensamientos fluían con mayor celeridad. No había la menor duda: ¡Raúl era su pareja!



Capítulo 14

ALGUNOS sueños en ocasiones eran peor que pesadillas. El sueño de escribir su novela le quitaba el sueño. Los personajes (todavía no muy bien definidos) no encajaban del todo en el argumento de su obra. Rodaba de un extremo a otro de la cama pensando en cómo desarrollaría una trama llena de incertidumbre con aquellos personajes que paseaban en su pensamiento. No resultaba fácil dormir con tanta gente esparcida en su memoria. Por mucho agitarse en la cama seguían todos juntos y revueltos en su pensamiento, hablando cada cual, de su tema, en su escena y en su escenario. ¡No le dejaban centrarse en su novela! San Luar lo desconcertaba con mensajes incoherentes; Tina todavía más con cambios de personalidad; Melania asomaba la cabecita en *Desamor*; y por si fuera poco la sombra aparecía en el momento más oportuno para cortar la magia, o tal vez para cortar su cabeza, u otra extremidad. Por un momento imaginaba todos los nombres vertidos en una sopa agitada hasta convertirla en una densa masa.

El sol entraba por la ventana para avisar de un sábado soleado. Un ansiado sábado, esperado desde el último encuentro con Tina siete días atrás. No aguantaba más en horizontal, por lo cual decidió volver a la vida vertical. Corrió al lavabo y se salpicó la cara con agua. Los párpados se alzaron cual persianas enrollables, dejando al descubierto unos extraviados ojos de locura. Frente al espejo se vio más feo que otras veces, más mayor, más preocupado. Se volvió a sacudir con agua a la espera de borrar esa vacía expresión. Ahora obtuvo mejores resultados. Una vez recayó en el colmillo de San Luar todo volvía a cobrar sentido. Lo besó para así dar los buenos días al diablillo que habitaba en su colmillo. Le sacó brillo con la misma toalla cual se había secado la cara. Debía cuidar el colmillo para que Tina estuviera bien cómoda.

Durante toda la semana había estado pensando en el encargo de Tina. Si bien, no encontraba el cabo de la madeja para hilar las palabras. Deseó ser su psicólogo particular para desvelar entonces sus adentros en charlas duraderas en un diván. Porque por más que indagara en su mirada no conseguía

conocerla por dentro. Era imposible.

De súbito el teléfono móvil azotó el silencio. Dos mensajes nuevos y tres llamadas no respondidas de números desconocidos. Las llamadas eran de Pol desde otro móvil, rogándole que llamase con urgencia a Melania; el segundo también era de Pol, decía que Melania había sufrido un gravísimo accidente. Este último debía de tratarse de una farsa para atraer su atención. Aunque temía la factura de la conciencia, prefirió hacer caso omiso.

En el escritorio se aplastó el pelo hacia atrás mirando los folios en blanco amontonados en la impresora. ¿Cómo veía a Tina? ¡Apenas sabía describirse él mismo! ¿Cómo podía describirla a ella? Esperó imaginársela plasmada en el vacío papel. Esperó visualizar su imagen, pero aparecía muy ambigua. Entonces, sobre la mesa vio otra cosa: la hoja cual Tina le entregó en el coche a cambio de la promesa de leerla en casa. No daba crédito. ¡Había olvidado leerla! En realidad, le venía bien leer algo suyo para conocerla un poco mejor. Por lo tanto, leyó con los ojos abiertos de par en par.

Déjame a solas en la oscuridad.

Pues hace tiempo me acostumbre a ella.

No intentes arrebatarme de su abrazo.

Únicamente conseguirás lastimarte.

A mí, ya no me causa daño.

Mis ojos no ven la luz que tú ves.

No deseo que conozcas lo que presienten.

*Golpeas una y otra vez, muros de silencio
que nunca derribarás.*

El dolor se hace más fuerte con el tiempo.

Y la oscuridad teje sombras en mi alma.

No puedo evitar amarla.

Es tan inquietante y sombría...

Se oculta en mis sueños, en mis recuerdos.

*Y derrama la crueldad que desprende sobre las emociones
hermosas.*

Radiantes de luz.

La luz... que ella detesta.

La luz que invadirá sus dominios haciéndola perecer.

Engulle la claridad, amiga oscura.

*No dejes que me roce con su pálido manto.
Porque siento que te estoy amando, cobijada en tu frío abrazo.
Porque envuelves mi fragilidad y encubres mis delitos.*

Raúl arrugó la hoja. Aquel escrito había enclaustrado su corazón, y la llave no estaba a su alcance para liberarlo; ésta permanecía cobijada entre la tenebrosidad de Tina. Las nuevas preguntas arañaban su alma. No lograba entrever el trasfondo de aquel legado. No concebía aquella irrevocable oscuridad en aquellas enrevesadas palabras. No concebía el propósito de dicho escrito. Estaba indudablemente descorazonado.

Miró tras la ventana en busca de claridad para aquella oscuridad. Frotó el colmillo de Luna llena. El diablillo que habitaba en su colmillo debía estar despierto a estas horas. ¿Por qué no daba señales de vida? ¿Por qué no le ayudaba? ¿Por qué no asomaba la cabeza para explicarle de qué trataba todo aquello? ¿Acaso no halló a su lado la fórmula del amor verdadero? ¿Acaso no se había apropiado del sortilegio del colmillo para ser su amor verdadero? «¿Por qué no me lo explicas? —le dijo— ¿Con qué ojos te miraré esta misma noche después de haber leído el escrito?»

Nada más verla, la incertidumbre fue desvanecida. Tina no mostraba preocupación alguna ante el escarceo de sus ojos; él le merecía tan poco interés que apenas le había dado el saludo de buenas noches. Subió impasible al coche con una blusa blanca y unos pantalones azules téjanos sumergida en un mar oscuro sin mediar palabra. Ladeó la cabeza hacia la luna de su puerta y se cruzó de brazos dispuesta a no abrir la boca.

—Tengo algo para ti. —dijo Raúl con una sonrisa enseguida mutilada por la indiferencia de Tina—. ¡El segundo capítulo de la novela!

Le entregó unas hojas dobladas por la mitad. Esperaba una reacción positiva en ella, sin embargo, obtuvo un asentamiento apático de su cabeza mientras guardaba un trocito de su vida en su bolso sin desviar la mirada de la ventana más de lo necesario. Seguía sin querer decir nada, pero al final habló:

—Tal vez lo lea después.

—¿Qué Tina tenemos esta noche? —dijo Raúl con ironía.

—Ninguna.

Raúl intentaba arrebatársela de su evasiva, pero, resultaba imposible, tenía

una mirada tan funesta que evitó volver a mirarla. Arrancó el motor guiado por su coche a cualquier parte. No quería siquiera preguntarle a donde la llevaba. Temía una respuesta desagradable. Procuraba mantener la boca sellada durante todo el viaje convencido de que a decir por su apagada apariencia no hablaría.

—¿En qué piensas? —arriesgó a preguntarle—. Si no quieres no me respondas.

Tras varios segundos de inquietante vacío, Tina por fin rompió el silencio:

—Pienso en mi ex —su fatídica voz se estrelló contra el cristal—. Ese cabrón me sigue haciendo daño, no logro olvidarlo.

—Lo olvidarás poco a poco —dijo Raúl—. De momento no pienses más en él, no sirve de nada. Ahora estás conmigo, camino a cualquier parte dentro de este coche. Debes pensar en cómo lo vamos a pasar esta noche, eso es suficiente.

—Eso no es nada, estúpido.

Ella no se dio cuenta, pero aquella frase le había hecho un daño considerable, se había incrustado en su pecho haciéndole sangrar. La magia se había esfumado llevada por la brisa que entraba por su ventana, la ternura se hallaba congelada entre la escarcha de su gélido semblante, y la llama de la pasión se extinguía como una vela por un soplido de su boca. La fórmula del amor, reducida a una ridícula tarta de cumpleaños. Pese a todo, se declinaba a no probar dicha tarta. Intentaba permanecer intacto erguido con los brazos agarrotados al volante.

—A veces no sé reaccionar a los imprevistos —dijo Tina—. Soy una estúpida.

Raúl la miró de reojo sobrecogido.

—Anoche estuve con mis amigas. No me apetecía salir, pero Rosa me llamó por la tarde, y me convenció para que las acompañara al Puerto de Levante. Salimos a las doce en el coche de Marcela que nos llevó todo el camino a una velocidad de setenta por hora. ¡Setenta por hora! A esa velocidad tardamos cuarenta minutos en llegar. Pero al final llegamos...

¿Qué pretendía contarle con todo eso? ¿Por qué tanto rodeo?

—Buscamos aparcamiento en el aparcamiento subterráneo del puerto —continuó—, donde por desgracia no tardamos en encontrar hueco. Salimos del coche decididas a pasárnoslo bien; eso era lo que pretendía yo también, pero, a la salida del aparcamiento cuando menos lo esperaba alguien se acercó a mi lado llamándome por mi nombre. ¡No creía que lo volvería a ver! ¡No quería

verlo después de aquello! ¡Pero ahí estaba, ahí estaba el maldito cerdo! Había cambiado mucho de aspecto, pero lo reconocí enseguida. Era mi ex...

Un segundo de quebrantado silencio surcó el vacío. Enseguida Tina continuó:

—Apenas pude decirle una sola palabra. No pude dedicarle casi ni el saludo. Me quedé como una tonta, completamente petrificada. ¡A veces no sé reaccionar a los imprevistos! ¿Entiendes? ¡No sé reaccionar de ninguna manera! Sin embargo, él actuó como si no hubiesen transcurrido los años. Me contó cuanto me había echado de menos todo este tiempo, cuanto había cambiado desde la última vez que lo vi. Me dio su número de teléfono. No quería, pero al final lo anoté en mi muñeca. ¡El me lo pidió por favor! Me pidió efusivamente por favor que lo llamara para quedar. Quería recordar los viejos tiempos a su lado. ¡Maldita sea! ¡He esperado durante cinco años este encuentro, cinco largos años y lo único que hago nada más verlo es derramar una lágrima! ¡Una única lágrima!

Cruzaron una fugaz mirada de vacilación. Tina esperaba respuesta alguna, permanecía con los brazos agarrotados anclados al asiento, con tal tensión que parecía estar a punto de partirse.

—¿Y bien?

El silencio se prolongó un segundo más.

—¿Tienes todavía su número?

Sin prejuicios, le mostró el número pintado en color verde en la muñeca.

—¡Bórralo de inmediato! —exclamó—. ¿Me has oído? ¡Bórralo enseguida de tu piel!

De súbito aquella situación le sacó de sus casillas. Detuvo el coche en doble fila y se arrojó sobre ella decidido a borrar aquel número para siempre. Ensalivó su mano y frotó con fuerza su muñeca, frotó hasta que no quedó ni rastro de la tinta verde. Entonces, cuando parecía haber vencido, una sarcástica sonrisa surgió de ella. La sonrisa se desdobló a una desapacible carcajada incontrolable, prolongada más de lo debido. A Raúl no le agradó en absoluto, por un momento creía que la persona sentada a su lado era el mismísimo diablo.

—Es demasiado tarde —dijo sarcástica—, es demasiado tarde porque el número me lo aprendí de memoria, lo tengo aquí —se golpeó la cabeza con los nudillos—, en mi cabeza. Intenta borrarlo ahora si puedes... ¡Inténtalo estúpido!

¡Aquello sonaba a tomadura de pelo! Apresurado se incorporó a su asiento dispuesto a manejar las riendas de la situación. Volvió a conducir, rígido, con la mirada perdida en las céntricas calles dispuesto a no dirigirle la palabra en todo el trayecto. No le volvería a hablar, se lo repetía con las mandíbulas oprimidas a punto de partirlas. No obstante, las cuestiones surgieron indeliberadamente de su boca:

—¿Lo has llamado? —le preguntó—. ¡Maldita sea, responde! ¿Lo vas a llamar?

—No lo sé —susurró Tina—. Necesito tiempo para pensar en saldar la cuenta que tengo con él pendiente. Quizá lo llame la próxima semana —ladeó la cabeza—. No sé si volver con él o no. No sé qué hacer. No sé qué hacer...

—Vaya, esto es sorprendente. Si lo que quieres es volver con él, adelante, no te obligaré a estar a mi lado. No quiero ser un obstáculo en tu decisión, de ninguna manera.

—He esperado tanto tiempo este momento —dijo angustiada—. Cinco largos años esperando este momento... cinco años...

—¿Me sigues queriendo? —le preguntó—. ¿Me quieres?

Tina se giró para encontrarse con su mirada. Su expresión era caótica, su mirada tan oscura que Raúl creyó caer a un profundo abismo. Pero decidió resurgir de inmediato y se giró mirando por encima el volante.

—Con sinceridad —titubeó Tina un segundo—, no lo sé.

—¿Y a él? —dijo Raúl mientras oprimía obcecado las manos al volante— ¿Lo quieres todavía? ¿Lo sigues queriendo?

—Aunque lo odio con todas mis fuerzas, supongo que sí —ladeó la cabeza—. Supongo que lo sigo queriendo. Aunque, en realidad, yo fui quien lo dejó.

Raúl frunció el cejo estampándose una descomunal interrogante. La sangre bullía por sus venas forzándole a estallar. De pronto deseó estrellar el coche contra una esquina de la calle a su derecha. Deseó acabar con todo.

—Vaya, no me cabe la menor duda —dijo Raúl impasible—. No te lo tomes a mal, no quiero decir que estés loca ni nada parecido, pero deberías consultar con un psicólogo. Tómallo como un simple consejo. Un psicólogo te serviría de gran ayuda.

—¿Eso crees? —su impasibilidad estalló— ¿Crees que estoy loca? ¿De verdad crees eso? ¿Necesito un estúpido psicólogo?

—Es probable.

Con una mueca de risible extrañeza se cruzó de brazos ladeando de nuevo

la cabeza hacia la ventana. En pos de dicha divagación enmudeció para sumergirse de nuevo en sus sombras.

Ninguno quiso cruzar ni palabra ni mirada en todo el trayecto, ninguno hizo nada por aquietar la angustia que por momentos los asfixiaba; más bien al contrario, cada uno se guareció en su etéreo cobijo donde cerraban las puertas tras unas glaciales miradas.

Abierta la puerta negra de *Rua Bella*, Rosa, Viviana, Asunta y Marcela, corrieron a asediar a Tina en fuerte abrazo. La zarandearon sin advertir la tirantez entre ellos, prolongada casi media hora. Después, fueron a saludar a Raúl con la mejor de sus sonrisas. Sin perder un segundo les invitaron a sentarse entre ellas, en la misma mesa de siempre. Mientras se sentaban, Raúl observaba el extraño comportamiento de Tina que buscaba la banqueta más alejada de él, tan próxima a Rosa que ésta se también se extrañó. La encrucijada se servía al son de las copas servidas en la barra, presagiaba que la noche de ninguna manera le depararía un buen final.

—¿Cómo lo llevas, Raúl? —le preguntó Rosa.

—No cómo yo quisiera. Las cosas nunca salen como uno espera.

—Paciencia, al final todo sigue su camino.

—Sí, pero tal vez sea mal camino.

—Pronto lo sabrás. Paciencia.

La mirada de extrañeza de Raúl surcó los recodos, las mesas y la barra *Rua Bella*, hasta aterrizar en los ojos de Tina: su aciaga mirada en ausencia de cualquier sentido humano se prendía en el interior de la llama de la vela, cobijada en sus sombras, encorvada, mirando la vela en busca de la luz precisa para esclarecer sus sombras.

—¿Tina, te encuentras bien? —preguntó Rosa.

Esperaron ávidos alguna respuesta, pero seguía absorta en la llama. Rosa se encogió de hombros, no entendía nada de nada. A decir verdad, nadie entendía nada.

—¿Te encuentras bien? —insistió.

—¡Ja! —soltó Tina—. ¡Estoy loca!

Todas las miradas de la mesa se cernieron sobre ella colmadas de confusión. Nadie, excepto Raúl, comprendía el motivo de aquella extraña respuesta, pero, no quiso decir nada. En su rostro se escurría una inquietante

frialdad, sus ojos ahora le apuntaban desafiando la cordura. Se mostraba tan perturbada que todos empezaron a cuestionar si era cierto que estaba loca.

—¡Estoy loca! ¡Dice que estoy loca! ¡Estoy loca!

Ninguna de entre la veintena de personas cobijadas en la oscuridad escuchó sus palabras. No obstante, repetía la misma frase con el cuerpo rígido, con los ojos desorbitados. Repetía cada vez más alto aquellas palabras.

—No querría decir eso —dijo Rosa—, ¿verdad, Raúl?

—Claro que sí, me ha mandado a un psicólogo. ¡Estoy loca!

—Rosa tiene razón, no quise decirte eso... lo siento.

—¡Estoy loca! ¡Estoy loca! ¡Estoy loca!

Arrebatada, empujó la silla hacia atrás. Se deshizo de la cadena colgada del cuello, sacó el corazón de oro blanco y lo dejó en la mano de Raúl que permanecía atónito ante su reacción. Así, sin más, ella se abrió hueco hacia la salida, sin dejar de repetir la caótica expresión, vigilada por la mirada de la multitud. El portazo marcó un segundo de silencio en el ámbito, de inmediato, todo volvió a la normalidad.

Raúl bebió de su penuria. No le encontraba buen sabor al licor de sus penas, sin embargo, era la única bebida disponible para calmar su angustia. Pronto, Rosa, Viviana, Asunta y Marcela ofrecieron sus copas con ademán de consuelo. Guardó el corazón de oro blanco en el bolsillo de sus pantalones y bebió un sorbo de cada una de ellas. Sonrió agraciado. Sentía el corazón deshinchado tras la ausencia de Tina, apenas bombeaba lo suficiente para lograr fuerzas para fingir que no había sucedido nada. Pero sí había sucedido: Tina se había ido corriendo, gritando como una loca que estaba loca, justo después de confesarle que había visto a su ex, y de no hacer el mínimo caso del segundo capítulo de su novela; entre tanto, él seguía inmóvil, sentado junto a sus cuatro amigas, bebiendo de sus copas, pensando que, tal vez debía correr tras ella. Tal vez debía ir a buscarla para pedirle un imperdonable perdón.

Tal vez debía dejarla de una vez.

—¿Qué le pasa a vuestra amiga?

—Está loca. —respondió Asunta.

—Ya te lo dije, ella no es para ti. Está escrito en las líneas de tus manos —dijo Rosa—. Será mejor que busques otra novia.

—Vaya, entonces, si no es para mí, ¿para quién es?

—Nadie lo sabe, únicamente ella. Si no te lo ha dicho, pronto lo descubrirás. Una vez al mes tiene una cita secreta desde hace varios años.

Dura un par de horas. En ese momento está desconectada. Es tan secreta que no lo saben ni sus padres.

Ahora sentía con mayor vehemencia la confusión. Rosa le aconsejaba buscar a otra novia. Sus amigas la daban por loca acostumbradas a su extraña personalidad. Quizá la conocían más de lo que él la creía conocer, o quizá, fuese a la inversa, la daban por loca por no conocerla en absoluto. De todos modos, a todas ellas les traía sin cuidado las sombras de Tina.

Raúl permaneció sentado en su taburete, sin dejar de cavilar sobre quien creía su amor verdadero, el diablillo que hasta ahora habitaba en su colmillo.



Capítulo 15

CORAZONES de tejido bombeaban para dar vida a cada cuerpo, por pequeño que fuese, por pocas ganas de vivir que tuviese. Este último era el de Raúl: un corazón desafortunado. Siempre lo había pensado, dolía más enamorarse que no hacerlo, pues lo peor del amor era, sin duda el desamor. La luz que accedía por su ventana se teñía de fracaso, pintando los días de arremetedora parsimonia. Estaba cercado entre las paredes del tiempo, detenido en el peor de los momentos. Se repetía incesante la misma y monótona agonía.

Recibió varios mensajes en el teléfono móvil, pero, ni uno solo de la mujer sin rastro desde aquella extraña noche. Pol se alegraba del esperado corte sentimental. Melania, también se alegraba de la supuesta buena acción de dejarla en paz.

Aquellas cuestiones no le importaban en absoluto. El único pensamiento enraizado en su cabeza era la imagen de Tina. El miércoles llamó a su amiga Rosa para comprobar si Tina al menos le echaba de menos, pero para su sorpresa se encontraba muy bien. Según le contaba, se había estado viendo con su ex y no sabía qué hacer, si sucumbir a los brazos de uno u otro. A estas alturas, su nombre, Raúl, ya cruzaría el umbral del adiós hacia el definitivo olvido. Y esa idea destrozaba aún más su fe en el amor verdadero. Sus dudas crecían más de lo permitido y la depresión ya no conseguía disfrazarla siquiera de desconsuelo.

En el trabajo, todos, jefe inclusive, habían advertido su decadencia. A las ocho de la noche se cambió a toda prisa de ropa, dejó las llaves de la furgoneta en la mesa de la oficina y cruzó el almacén cabizbajo. Salió por la puerta mientras intentaba retener una sonrisa más parecida a una pintura abstracta que a una sonrisa, cuando una mano le llamó por la espalda.

—¿No me vas a decir qué te ocurre? —dijo su jefe con una sonrisa amortiguada por el desgredado bigote.

Intentó buscar una excusa a su indiferencia, pero no le apetecía darle

explicaciones que no llegaría a entender, menos a esas horas. No obstante, aquel aparente interés por su vida privada supuso un aviso de peligro.

—Entonces, ¿no lo sabes? —dijo su jefe apoyado en el marco de la puerta—. Pues algo te debe pasar, porque llegas tarde, con una cara que asusta. Si no me equivoco esas terribles ojeras son de trasnochar, de pegarle a la mala vida, ¿verdad?

Raúl negó con la cabeza.

—El miércoles te saliste de una curva con mi furgoneta, con tus compañeros dentro, y ¿no te ocurre nada? ¡Por todos los santos, un poco más y no lo contáis! Ándate con ojo. He visto que tu contrato está a punto de finalizar. ¿Sabes?, yo también puedo tener despistes.

Raúl miró la calle, tan libre, tan amplia, tan voraz. A un paso de separación de aquel ser insensible. No tenía por qué aguantar discursos, menos aún fuera de horas. Retrocedió un paso, sintiéndose más cerca de la salida. De soslayó vio la furgoneta abollada. De veras estaba arrepentido.

—Deberías decirme las cosas a la cara en vez de callártelas. Deberías confiar más en tu jefe. Si se trata de un tema de amor... y me temo que sí, ya puedes empezar a ir olvidándote de ella. ¿Comprendes? Eso del amor nada más sirve para novelas tontas, y la vida no es una novela, es trabajo, trabajo y luego si te apetece más trabajo. Eso es todo. Si eres romántico no sobrevivirás, te destruirán tan pronto se enteren. Sin embargo, los trabajadores se hacen fuertes y ricos; aquí tienes el mejor ejemplo.

Raúl asintió indiferente.

—Cuidado chico, no lo tires todo por la borda. No diré nada más.

—Sí, señor.

Una vez satisfecho, dejó caer la mano del marco y se alejó camino a la oficina silbando una canción. ¡Maldito necio! ¿Eso era todo? El ultimátum quedaba enmarcado en el aire junto a una fragancia tan cara como empalagosa: el aroma de la advertencia de despido.

Tras el umbral de la salida por fin respiró libertad. Vaciado los pulmones de perfume se llenó de desconsuelo camino a su coche. Entonces, mientras introducía la llave en la cerradura, un papel doblado, empotrado bajo el asidero de la puerta llamó su atención. A priori el juego le empezaba a sonar simpático. ¿Otra vez Melania? Desdobló desganado el papel. ¿El legado de su ex? Era un folio de tamaño A4, con un formulario de alguna oficina impreso en él. Pero, por la parte de atrás descubrió unas letras muy familiares, azules,

casi ilegibles.

Hola, soy Tina.

Si este papel ha caído en buenas manos (en las tuyas, Raúl), te espero impaciente, sentada en el banco que tú ya sabes, con una piruleta para tener la boca quieta.

Si por el contrario cae en manos indebidas, por favor rómpase de inmediato, y no haga caso a lo antedicho.

Gracias (a quien lo lea)

Besitos (para Raúl).

Enseguida tañeron músicas alegres en su pecho. Guardó el papel en el bolsillo y caminó sin más dilación hacia el banco detallado en el escrito. El aire arremetido contra su cara olía a reconciliación. La luz que lo guiaba volvió a guiarle hacia ella, hacia el banco donde le esperaba con una piruleta. El gris de la calle ahora era un verde de esperanza. Cruzó la calle, aligerando el paso hacia el reencuentro. Apenas a tres metros, tan pronto se vieron, ambos se iluminaban con los ojos. Ella llevaba ropa de deporte, unos pantalones negros de chándal, una sudadera azul sin mangas y unos deportivos blancos, y por supuesto, una piruleta para tener la boca quieta. Tan pronto llegó a su lado, ella saltó del banco y le ofreció de inmediato otra piruleta.

—Te he traído otra.

—Gracias.

Por un instante Raúl dudó si darle dos besos en la cara o un único beso en la boca. En su mirada presentaba disculpas, amor, nostalgia, y un atisbo de pesadumbre. En escrupulosos chapoteos brotaba la magia entre ambos. Al fin se decidió por un único beso, en la boca por supuesto. Tras estrechar los labios esquivando el palo de la piruleta, se contemplaron enmudecidos bajo el efecto del beso. Un revuelo de esperanza azotó el silencio. Raúl esperaba su disculpa, sin embargo, Tina no se disculpaba; parecía no encontrar el hilo de la madeja del perdón; relamía una y otra vez la piruleta en la boca con una expresión ingenua; desgastaba el caramelo a la espera de la frase apropiada.

—Iba camino al gimnasio, pero los pies me trajeron hasta aquí. No pude detenerlos.

Raúl recurrió a la piruleta, para que Tina se sintiera más cómoda con sus disculpas.

—Lo siento —susurró Tina—. No era yo, la del otro día no era yo. Te lo aseguro. Yo jamás te hubiese tratado así. No sé qué me ocurrió. A lo mejor me agobié —casi no lograba mantener la mirada—. ¿Me perdonas?

Arrebatada, ella se lanzó hacia él para ceñirlo en un fuerte abrazo en busca del perdón. Cerca de su oído emitió un breve sollozo de intranquilidad. Regocijada entre sus brazos emanaba una gran sensación de culpabilidad. Era culpable, no cabía la menor duda, aunque Raúl no sabía exactamente de qué.

—Estoy mal —dijo Tina esforzándose por no derramar una lágrima—. Estoy muriendo por dentro. No soporto el trabajo, no aguanto ni un minuto más en esa asquerosa oficina. No aguanto más.

—¿Le pegamos fuego a la oficina? —dijo Raúl.

Su cara resplandeció ante tal sugerencia. La tristeza se tornaba alegría mientras volvía a sentarse cruzada en el banco. Raúl se agachó junto a ella y empezó a desanudarle las cordoneras.

—Estos días no he dejado de pensar en ti, no he dejado de reprocharme el error de haberte dejado aquella noche. Te quiero más de lo que imaginaba. No concibo mi vida sin ti, no concibo un segundo sin tenerte a mi lado. ¿Me podrás perdonar algún día?

Una vez Raúl deshizo los lazos de las zapatillas de deporte comenzó a desliar el cordón.

—Raúl, ¿se puede saber qué estás haciendo? —preguntó ella sin ofrecer resistencia, mientras la incertidumbre comenzaba a hacerle estragos— ¿Esto va con doble intención? ¿Me quieres atar? Mejor, así no podré salir otra vez corriendo.

Una vez logró desliar las cordoneras, las tensó alrededor de las manos de Tina, rodeó las muñecas de Tina como si de unas esposas se tratase y las anudó.

—Tienes que soltarte sin desanudar el cordón. —dijo Raúl.

—Es un juego de habilidad, ¿no? ¿Y si lo consigo? —dijo ella perpleja.

—Te perdonaré.

Tina empezó por pasar una mano bajo la otra dispuesta a obtener su perdón por todos los medios. Probó de todas las maneras posibles. Se levantó y tomó asiento. Se puso de rodillas y se recostó. Refunfuñó y siguió intentándolo. Pero no encontraba forma alguna de desliarse. Ese tipo de juegos eran para disponer de la paciencia que ella no tenía. Retorcía la cuerda con las manos. Pasaba una por el hueco de la otra. De ninguna manera. No era el

momento y quizá nunca lo sería.

—No lo voy a conseguir. ¿Me perdonaras igual?

Raúl asintió.

—¿Sigo siendo el diablillo que habita en tu colmillo?

Su ingenuidad la hacía más deseable, más perdonada. ¿Cómo podía resistirse a una cosa así? Era el diablillo, el ángel, el cielo y la tierra, la paz y la guerra, y un millón de cosas más. La besó.

—¿Me sueltas? —Tina mostró las manos con un gesto de inocencia—. Me empiezan a doler.

Decidido a desvelar el secreto, Raúl liberó sus manos sin deshacer el nudo, deslió las cordonerías y se las entregó satisfecho del truco.

—Quiero una cosa —dijo Tina—: es algo que no debí perder nunca. Es algo que me pertenece y quiero que sea mío para siempre. No quiero volver a perderlo. Debo tenerlo conmigo. Lo llevas en el pecho. Anda, no te hagas el tonto, sabes a qué me refiero.

Sus ojos permanecían anclados al colmillo, pero evidentemente quería otra cosa: el corazón de oro blanco colgado junto al colmillo.

—¿De veras lo quieres?

Tina asintió con firmeza.

—Si te lo doy será tuyo para siempre. De nadie más. Cuando no me quieras, lo guardas en un cajón, lo tiras a la basura, o al mar, pero no vuelvas a devolvérmelo jamás... ¿Lo prometes?

—Lo prometo, nunca te lo devolveré.

De inmediato, Raúl sacó el corazón de oro blanco del cordón. Esta vez convencido de que ella lo guardaría por siempre a buen recaudo, lo besó en señal de estima y se lo entregó a Tina complacido por su pérdida justificada. Ella mostró una sonrisa de agradecimiento, lo oprimió contra el pecho, lo besó y lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿Amigos? —Tina le tendió la mano derecha.

—Amigos. —se la estrechó. — ¿Con derecho a roce?

—Bueno —sonrió Tina—, ya se verá.

Ciertamente los amigos no se enamoran, no se besan en la boca, no intercambian fluidos corporales, no se admiran desvestidos, no se desvisten admirados, no se topan con la fórmula del amor. Pero ¿quién diablos dice eso?

Tras rodearla con los brazos se arrimó con sigilo a sus labios. Entonces,

ella tiró del labio contrario con su boca, y relamió la lengua rodeándola con los labios. ¿Qué clase de amistad era esta?

—¿Quedamos el viernes? —preguntó exaltada.

—Cuando tú quieras.

—No, no me acordaba, el viernes no puedo —osciló un momento—. No te lo he dicho, pero una vez al mes tengo una reunión ineludible y da la casualidad de que este mes ha caído precisamente el viernes.

—¿No puedes anularla? Me muero por volver a estar contigo.

—No, es obligatoria.

—¿Es relacionada con el trabajo?

—No, no te lo puedo decir, es una reunión secreta.

—¿Es una reunión familiar?

—No insistas, nunca te lo diré... —Tina comenzaba a mostrarse nerviosa.

—Por favor, dime de qué se trata.

—No. Rotundamente no —Tina le miró con unos ojos nefastos—. Nadie lo sabe, y nadie lo sabrá nunca. Mi vida depende de mi silencio. Si me quieres debes respetarlo.

Raúl asintió. Una bola de saliva resbalaba por su garganta acallando sus preguntas. Sin darse cuenta había vuelto a poner un pie en un terreno pantanoso minado por cientos de incógnitas. Debía volver a pisar sobre terreno firme cuanto antes para reencontrarse con su imagen de Tina preferida, evadiéndose por un momento de la cuestión de la extraña cita mensual. ¡Como si pudiera pedir una Tina a la carta!

—¿Quedamos el sábado?

—De acuerdo. —respondió Tina aliviada.

—Acompáñame al coche, tengo un par de capítulos más de nuestra novela.

—¡Qué bien! —Tina saltó del banco— ¡Me gusta mucho esa novela! Pero una duda que me preocupa bastante persiste en mi cabeza: ¿cuándo llegará el final?

—Es muy pronto para saberlo. Todo a su debido tiempo.

—Por cierto, ¿recuerdas la descripción que te encargué? Pues quiero verla. Es muy importante para mí. ¿La tendrás preparada para el sábado?

—Tranquila, la tendré lista, no te preocupes. En el postre de un restaurante chino.



Capítulo 16

CASI no podía concebirlo, pero amaba a Tina. ¡Y no sabía exactamente a qué Tina! El viernes por la tarde esperaba impaciente sentado en el escritorio el momento de que el viento enmudeciera y alguna vocecilla ofreciera pista alguna. El cuarto antojaba una jaula de grillos; las paredes barrotes de tallos con espinas; el techo de la habitación de pronto más cercano, oprimido de tanto pensar. Todo lo percibía decreciente por una única razón: la maldita descripción de Tina. Aún quedaban cosas por añadir a la dilatada lista. Faltaba una frase, una maldita frase para concluir el encargo.

De pronto el tono de un mensaje nuevo en el móvil interceptó su imaginación irrumpiendo en el silencio. En un principio pensó en la insistencia de Melania, que tal vez moría de nostalgia en soledad. Pero se equivocó, era Pol cuyo mensaje decía:

He visto a Tina con otro.

Raúl apoyó la cabeza en el escritorio. Tal vez fuera un mensaje fruto de Melania, si bien, no era la primera persona que lo decía: su amiga Rosa con la cuestionable lectura de mano; luego el escrito de San Luar en la ventana; y ahora un mensaje de Pol. ¡Demasiadas coincidencias! ¡Tina no era para él porque estaba con otro! ¡Esa era la respuesta a sus cambios de personalidad! Las dudas comenzaron a entrar en un incontrolable estado de ebullición en su mente. Inmerso en un arremetedor ataque de celos, cogió unos prismáticos, una botella, las llaves del coche y salió a la calle en busca de respuestas para saciar su curiosidad más imperativa: ¿qué cita era esa tan secreta que a nadie podía desvelar? Llamó a casa de Tina para asegurarse de que estaba todavía en casa. Tan pronto escuchó su voz sin mediar palabra colgó el teléfono. Llegaba a tiempo para encarnar el papel de espía pues ella todavía no se había ido de su casa.

Media hora más tarde, con la botella de whisky medio vacía y su paciencia medio llena, esperaba en el interior del coche aparcado en la esquina con los prismáticos apuntando a su portal. Había mutado a un patético celoso obsesionado con su novia. Eso era ahora por su culpa. Era un patético espía que bebía whisky para saciar su impaciencia como si de agua se tratase. Era la primera vez que bebía whisky solo, pero dada la situación, el alcohol parecía calmar su incertidumbre, por lo tanto, siguió bebiendo y perdiendo a partes iguales la noción del tiempo.

Tina por fin salió a la calle, vestida con una blusa blanca y unos vaqueros rojos, con la mirada puesta al final de la calle, evadida de su ámbito y de ser vigilada. La sangre paralizó todos sus sentidos, su cuerpo no respondía al impulso de seguirla. De pronto temía desenmascarar a la Tina amada para descubrir a otra bien distinta. Sin embargo, debía cumplir su cometido, debía conocerla de una vez por todas para poder describirla como era debido. Una vez logró arrancar el motor comenzó a seguirla calle abajo, procurando mantener una distancia prudencial.

De pronto cruzo la puerta de una tasca cuyo letrero decía *Jasp*. Raúl estacionó en doble fila, bajó del coche tambaleándose y cruzó la misma puerta en busca de ella. A priori parecía una tasca como otra cualquiera. Buscó a Tina entre los escasos treinta metros cuadrados sin ver nada más que una persona en la barra, y el camarero. Al fondo, dos puertas, dos letreros: aseos y privado respectivamente. No había otra salida. Debía haber entrado en una de las dos puertas. Asomó la cabeza en el aseo de mujeres sin encontrar rastro. Empujó despacio unos centímetros la puerta del privado. Al asomarse la imagen paralizó sus sentidos un instante. No estaba seguro si era fruto de su embriaguez, pero Tina estaba tumbada hacia arriba únicamente con unas bragas, sobre una mesa con un mantel negro, iluminada por cientos de velas negras. Tras ella un hombre con una túnica negra encapuchado, con las manos impregnadas de un líquido análogo a la sangre comenzaba a bordear el contorno del cuerpo de Tina.

De repente la furia estallaba en sus entrañas. Aquella imagen era inadmisibile. Una imperativa necesidad de entrar para cerciorarse de lo que veían sus ojos y terminar cuanto antes, le obligó a abrir la puerta. Apenas tuvo tiempo de rozar la puerta cuando un tipo le sujetó con firmeza el hombro para detenerle.

—Aquí no puede estar. —susurró el hombre—. Privado. ¿No sabe leer el

cartel?

Era un hombre bajito, de mediana edad, calvo, con un aliento proporcional a su aspecto enfermizo. Le indicaba la puerta de salida con una mirada inquebrantable. Pero Raúl no abandonaría el establecimiento sin saber qué hacía Tina en ese pequeño cuarto, denuda sobre una mesa.

—He venido con —se detuvo antes de terminar la frase—... una gran urgencia.

—¿Tiene cita previa?

Raúl osciló ante la mirada funesta del extraño hombre.

—No —se detuvo en busca de la respuesta idónea—, pero es una urgencia... quiero terminar con esta soledad —se sintió satisfecho de su interpretación, pues el alcohol le brindaba un matiz dramático—. ¿Él está disponible para atenderme?

—Tal vez cuando termine con la chica.

—¿Tardará mucho? —se mordió la lengua para no preguntar qué hacía Tina allí dentro—. No puedo soportar más esta situación.

—Por favor, espere en la barra. En breve le atenderá.

No quería beber una gota más de alcohol, sin embargo, pidió al camarero un whisky con hielo pues otra bebida no le venía a la mente. Y si su mente estaba perturbada, ahora, a casi trago por minuto de su larga espera, lo estaba más. A duras penas creía distinguir la realidad de la fantasía. La imagen de Tina en el cuarto privado con aquel tipo debía ser fruto del alcohol. ¿Qué otra explicación podía encontrarle? ¿Un encuentro amoroso? ¡Todo era demasiado tétrico para ser fruto del amor! Ya no eran celos, sino frustración. Estaba frustrado porque la espera fomentaba demasiados pensamientos escabrosos.

—Si viene a vender su alma por amor ya puede marcharse por dónde ha vendido. —le susurró un hombre sentado a su lado de aspecto descuidado.

—¿Qué quiere decir? —dijo Raúl aturdido— ¿Por qué supone eso?

—Oh, sí. Yo vine aquí como usted.

—Estupendo.

—Yo creo que no lo ha pensado bien —exclamó disgustado—. Usted no sabe qué hace aquí. ¿Sabe a dónde ha venido?

Raúl asintió apesadumbrado, después, agachó la cabeza en busca de un buen trago. No era el momento de escuchar monólogos de nadie, por lo que para evitar el comienzo de una charla giró la cabeza hacia la puerta dónde Tina debía salir de un momento a otro.

—Si vende su alma por amor —continuó el hombre con una mirada vacía—, ella le amará, pero usted no amará más que a nuestro señor. Mucha gente arrepentida quiere recuperar su alma para volver a amar, rescindiendo un contrato con nuestro señor, algo que se paga muy caro.

—No me diga —dijo Raúl incrédulo—. Yo pensaba que el alma se entregaba al diablo al fallecer.

—No —emitió una punzante risa—, esto es otro tipo de pacto. El alma es cedida en vida, el diablo la posee en ocasiones para reclutar más almas mientras el cuerpo persigue su deseo. El cuerpo mantiene una especie de vinculación entrecortada con su alma. Se puede decir que es un alma hipotecada sujeta a una serie de condiciones.

—Tal vez sea eso —susurró Raúl—... no puedo creerlo.

—Busque el camino de Dios, este no se lo recomiendo.

—¿Por qué?

—Porque Dios lo hace todo por amor, sin pedir nada a cambio.

De pronto escuchó el ruido de la puerta abrirse y luego cerrarse. Tina cruzó el establecimiento, con la mirada perdida como de costumbre con una inerte sonrisa, sin percatarse de su presencia. Salió a la calle, y tras ella voló la magia, la ternura y la pasión de Raúl, dejando desocupado el cuerpo sentado junto a la barra. Quería correr tras ella para pedirle explicaciones, pero la voz del tipo siniestro le llamó por la espalda. El señor ya estaba libre, dispuesto a atenderle. La puerta a lo desconocido estaba abierta, y él estaba a punto de abandonar aquel lugar para siempre.

Sin embargo, la curiosidad le empujó a lo desconocido. Entró con el temor vibrando en sus entrañas. Un hedor a hospital sucio inundó sus pulmones. El extraño hombre le indicó que tomase asiento en una silla de madera. Sus ojos parecían iluminarse por un alma incandescente; no necesitaba hablar pues lo decían todo, inquirían una respuesta a su visita. Raúl pensaba en golpearle empujado por los celos, pero decidió tomar asiento pues sentía caer al suelo antes de alcanzarlo. Enmudeció a la espera de que el hombre diera el primer paso.

—No me lo diga —dijo con una voz profunda—... viene por amor.

—¿Cómo lo sabe? —dijo procurando no aparentar su estado.

—Los ojos lo dicen todo, pero pocos son capaces de leer en ellos.

—Creo que está en lo cierto —dijo Raúl con una voz trémula—. He conocido mi alma gemela... pero su alma no está conmigo.

—Comprendo —dijo mientras encendía despacio las velas negras con otra vela—, usted quiere que ella le pertenezca.

—Sí, claro.

—Y está dispuesto a todo por conseguirla, ¿verdad?

—A todo.

—¿Mataría por ella?

—Eso sería llegar demasiado lejos.

—¿Usted no sabe qué hace aquí! —exclamó de pronto disgustado por la respuesta— ¿Sabe a dónde ha venido?

—Por supuesto, tengo buenas referencias —dijo Raúl procurando proteger su mentira esquivando la mirada del hombre.

—¿Cree en el diablo?

—Dígame usted. Léalo en mis ojos.

—No le veo preparado para vender su alma. Está bebido, ¿verdad?

Raúl sintió un estremecimiento que congeló su sangre alcoholizada. Aquella cuestión de la compra y venta de almas trastocó su alma. Nunca había creído demasiado en el infierno, pero su conciencia se declinaba a ratificarlo. Todo comenzaba a tener sentido. *Jasp*, era una puerta de acceso al mismísimo infierno, donde Tina le había traído. De pronto su mente era un hervidero. Las interrogantes comenzaban a vincularse con respuestas a su antojo, a una velocidad vertiginosa.

—La chica que acaba de salir. —Raúl no quiso formular dicha frase, pero fue expulsada de su boca a presión. Necesitaba liberarse de tanto peso en su mente.

—¿Qué ocurre con esa chica?

—Nada. ¿Quiere recuperar su alma?

—Eso es algo que no se lo desvelo ni a usted ni a nadie.

—Curiosidad.

—Me gusta, la curiosidad es un valor que nuestro señor aprecia a la hora de reclutar almas. Indagar en vidas ajenas es un indicio de perversión.

—Tal vez tenga razón el señor de la barra. —pensó en voz alta.

—Aunque esté bebido haremos una excepción. Haremos el ritual —sus ojos atravesaron su alma de tal manera que extrajo una afirmación involuntaria. Enseguida, se apresuró a encender una barra de incienso.

—¿Qué deberé hacer si alguna vez quiero recuperarla?

—No debería pensar en romper el pacto tan pronto.

—Simple curiosidad.

—Si quiere romper el pacto tendrá que realizar un sacrificio mensual derramando su sangre para pagar la fianza, entre otras cosas deberá amar exclusivamente al diablo, de incumplir alguna condición podría arrebatare el alma incluso antes de la muerte.

—No me gusta la idea.

—Una última pregunta: ¿cree en Dios o en diablo?

Exactamente era la misma pregunta que Tina le formuló en *el juego de la verdad*. En aquel momento no supo responder, sin embargo, ahora la elección era firme.

—Amar es querer el bien para la persona amada —dijo mientras se levantaba de la silla—... y el diablo a cambio quiere arrebatarme aquello que está completamente enamorado de ella: mi alma. Dios no me pide nada a cambio. Sí, creo en Dios. No se moleste en prepararme el ritual, no lo necesito.

—¡Pobre borracho ignorante! —apagó varias velas de un fuerte soplido —
¡Va a sufrir toda la vida!

—¡Creo en Dios!

—Ya puede comenzar a rezar por ella. Ni en toda su puta vida le concederá el deseo, estúpido.

—Siento haber venido. —dijo Raúl mientras cruzaba la puerta que nunca debía haber cruzado.

—¡Se arrepentirá muy pronto! ¡El infierno te estará esperando!

Nada más salir a la calle, el arrepentimiento de haber pisado *Jasp* se desvaneció para siempre. Dio gracias a Dios por resguardar su amor y su alma, y anduvo sin que ninguna otra cuestión interfiriera en su pensamiento: la cita del sábado.



Capítulo 17

APAGADOS los remordimientos encendieron las pasiones prendidas por las velas del hornillo cual encendía el camarero. El restaurante chino, aunque pletórico, mantenía sobre ellos un halo de gracia indescifrable. Nada rompería el momento, más bien al contrario. El juego de luces y música oriental era por entero satisfactorio. Unidas las manos su mundo se cernió sobre ellos. De nuevo se sentían solos.

El camarero chino regresó con los platos y los distribuyó sobre la mesa, en línea de izquierda a derecha: arroz tres delicias; verduras salteadas; y pollo con salsa picante. Rellenó después las copas de un vino rosado de la casa y se retiró con una sonrisa de par en par. Sorprendidos por los mismos gustos en todo, o en casi todo, alzaron las copas colmadas de vino y las estrecharon desbordando unas gotas en un brindis por la eternidad. Bebieron sincronizados batidos en un desafío detrás del cristal.

Tina sonrió radiante con livianos aires orientales. Parecía china incluso para los camareros chinos. Lucía un estrecho vestido que realzaba su exuberante silueta, cuya tela sedosa figuraba unos dragones envolventes sobre su vientre, y más arriba, realzando el escote, sobre el canal de sus pechos, relucía el preciado corazón de oro blanco.

—Huelo a jazmín. —dijo Tina.

Raúl soltó una resonante carcajada mientras se servía un poco de arroz tres delicias.

—Esto es muy raro —dijo Tina buscando la procedencia del aroma—, percibo un fuerte olor, que por cierto me encanta, y no sé de donde viene. ¿Tú no hueles a jazmín?

—Claro. —Raúl volvió a reír.

Una mesa contigua miraba incomoda por la risa de Raúl.

—¿Dónde está el jazmín? ¡No lo veo por ninguna parte!

—Tina, no has mirado bien —dijo entre risas—. Mira sobre tu oreja.

De súbito lo recordó. Sobre la oreja llevaba enlazadas unas ramas que había arrancado del voluminoso jazminero de la entrada. Sonrojada por tal despiste, se cubrió el rostro con las manos.

—Jo. ¿Por qué no me lo has dicho? Estoy haciendo el ridículo. —miraba entre los dedos.

—Estás encantadora. Preciosa. No sé de qué te avergüenzas. Ojalá todo el mundo llevase flores en la cabeza o en alguna otra parte. Todos te miran muertos de envidia. Mira sus caras de indiferencia. Te ven favorecida pero no se explican el porqué. ¿Lo ves? Nadie se atrevería a coger jazmín de la entrada y ponérselo en cabeza.

Raúl hundió el tenedor en el pollo con salsa picante mientras Tina aprovechaba para llenar las copas hasta el labio del cristal. El pollo rasgó todo el conducto desde la boca hasta el estómago cuyos jugos se prendieron de inmediato cual río de lava. Desesperado Raúl buscó la copa. Bebió de un trago para sofocar la hoguera de su vientre. Adoraba los sabores picantes, pero no con tal desproporción.

—Quieres aprovecharte de mí, ¿verdad? —preguntó Raúl observando como ella volvía a llenar las copas.

Para reunir el valor suficiente ella optó por beberse de un trago la copa. Su mirada no podía ocultarla tras el flequillo, pues llevaba el pelo recogido, por lo que desvió la mirada a la mesa contigua hasta conseguir el valor suficiente.

—Me lo vas a enseñar todo sobre el sexo —Tina mostró una maliciosa sonrisa —, absolutamente todo. Quiero aprender, quiero que seas mi profesor particular. Por eso te pongo vino. Quiero aprovecharme de ti, quiero verte desinhibido. No quiero ningún tapujo entre nosotros.

—Para eso no necesito beber —Raúl le devolvió la misma sonrisa mientras observaba como el rostro de Tina cambiaba de color tan pronto probó el pollo—. ¿Práctica o teórica?

Para ahogar los vestigios del pollo Tina bebió la copa de un trago. Intentaba reprimir, así como el ardor en sus entrañas el pudor. Pero era imposible, su rostro se puso tan rojo como las llamas de las velas.

—¿Te sirvo verduras? —ella preguntó aliviada en apariencia.

Raúl asintió. Ahora era él quien llenaba las copas. El alcohol podía ser de ayuda para esclarecer la parte más inaccesible de Tina.

—Bueno —dijo Tina—, empieza ahora por la teórica, luego más tarde probamos con la práctica. No tengo ninguna prisa. La verdad es que prefiero

tomarlo con calma. Aunque si me suspendes, repetiré curso, ¿no?

Raúl asintió.

—Ya lo sabes —añadió ella. Salteaba las verduras para empezar por las setas; siempre en el mismo orden de preferencia: Setas, bambú, brotes de soja, y después el resto—, el sexo no es lo mío. Soy algo inexperta en la materia. Tendré que hacer muchas horas de recuperación. Por lo que deberías dejarme practicar cuanto sea necesario para pasar de curso. Quiero aprobar con matrícula de honor, a ser posible quiero ser la mejor.

Raúl rellenó las copas hasta vaciar la botella. Pensaba pedir otra, pero, mejor pensado, no debía pasarse, al menos durante la cena, porque esperaba de esta, una memorable noche para el recuerdo.

—Por cierto, ¿tienes lo que te pedí? —dijo Tina—. Forma parte de la teórica.

—Lo prometido es deuda. Lo llevo aquí guardado, en el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Me lo vas a enseñar?

—Quizá no te guste —dijo Raúl con la ironía suficiente para trastocarla un poco—. Es una descripción subjetiva, muy personal. No te la he mostrado antes porque la creía demasiado arriesgada. No sé, quizá cambien las cosas entre nosotros en cuanto la leas. Observa ahora todo esto. Esta es probable que sea nuestra última noche, nuestra última cena, nuestro último baile, nuestro último beso, nuestro último vino —estrelló la copa contra la de ella—... incluso puede de esta la última despedida.

—¿Me lo quieres enseñar? —dijo incómoda.

—Después de cenar.

Tina detuvo el tenedor en seco en el plato de verduras. Sus ojos le apuntaban colmados de reproches. Esperó así un instante, en completo silencio. Al rato, disconforme, aunque resignada, volvió a pinchar otro retazo de bambú. En tanto Raúl bebía concienzudo de jugar con su paciencia, pero ¿qué otra cosa había estado haciendo ella? ¿Por qué no le había dicho en qué consistía la reunión mensual? Quería saborear aquel sorbo de vino como si fuese en realidad el último sorbo, porque tal vez lo fuera, pensaba.

Una vez apurada la copa dio por finalizada la cena. Había acabado por fin su última cena. Desde de esa misma noche, algo le sugería que también ese era el último pollo bañado en salsa picante, al menos al lado de Tina.

El camarero chino regresó con la carta de los postres. Mientras recogía la

mesa ambos optaron directo al café.

—La descripción debía venir con el postre. —insistió Tina.

Raúl asintió, alargó la mano en busca de suya. Tina escéptica se la estrechó. En pos del tambaleo de los dedos se dejaron llevar por el mudo lenguaje de la piel y olvidaron por un instante la descripción y esquivaron la tensión. En el cruce de miradas sin palabras hablaron de amor.

—Ya hemos acabado de cenar —dijo Tina—. ¿Me enseñas la descripción?

—Depende de sí estás preparada. No quiero que acabe la noche, todavía no.

—Ya te he dicho lo importante que es para mí —suplicó deteniendo la mano—. Necesito leerlo. Por favor.

—Más tarde.

Sobrecogidos, enmudecieron un instante. Ante ellos crecía la tensión caldeada a fuego lento entre las llamas de las velas. El restaurante ya no era acogedor, el ámbito cambiaba progresivamente a una incertidumbre desesperada. Los murmullos del entorno se clavaban en sus oídos.

—No me importa.

Raúl la miró extrañado. De pronto había percibido en ella otro registro de voz, un registro nuevo y desconocido. Y eso no le agradó en absoluto.

—Seguramente se trata de una estúpida poesía —dijo con tal desprecio que sus ojos parecían escupirle—. No me interesa en absoluto. Es más, me importa una mierda.

De súbito resbalaron por el confín de su satírica sonrisa dos lágrimas que ahogaron un poco más su encanto. Entonces, junto al impávido rostro reaparecieron los extraños ojos: unos oscuros ojos codiciados de odio.

Ahora pudo verlo. Raúl no creyó en la existencia del infierno hasta llegar a descubrirlo en los mismos ojos donde había hallado el amor. Sin quererlo se había asomado al balcón de sus tinieblas para presenciar algo nada agradable. Por si caía al abismo desvió la mirada. Entonces, de soslayo percibió como Tina sacudía su tristeza con una opresión de dientes, mostrando un rostro rígido y sin alma.

—Eso es una puta poesía. Tú no sabes nada de mí —la sonrisa al fin se apagó del todo—. Nadie sabe nada de mí, ni tú tampoco, por eso me da igual lo que escribas en esa estúpida nota. No tienes ni puta idea. Estúpido cabrón mal nacido.

Raúl la miraba perplejo. Ella intentaba soltarse de su mano, encogía el

brazo hacia atrás en fugaces convulsiones, como si otra persona tirase vehementemente de ella para arrebatársela de su abrazo, tensándose en extraños espasmos desde el hombro. No obstante, Raúl se aferró, sobrecogido, con más fuerza. Intentaba mantenerla inmóvil para que no se fuera de la mesa. Pese al temor de la situación que escapaba a su comprensión quería llegar hasta el final.

—Eres patético. Deplorable. Me das pena.

Su mano perdía toda la fuerza y el resto permanecía inmóvil. Tina era una inalterable marioneta sin vida, llevada por alguien cuya voluntad movía los hilos dispuesto a apartarla de su lado.

—Tina, ¿qué te ocurre? ¿Qué es lo que te ocurre?

El camarero, ajeno a la situación, dejó los cafés y junto a un plato la factura. Apagó las velas del hornillo con un escuálido soplo y se retiró con la misma sonrisa.

De súbito, Tina se aferró sobresaltada a las manos de Raúl con una agitada sonrisa. Su frente y sus manos estaban impregnadas de sudor. Mostraba los nervios a flor de piel. Aunque mostraba un atisbo de ella, la mirada seguía siendo oscura y preocupante.

Raúl miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie se daba cuenta de la terrible escena. Todo seguía fiel a un segundo plano, como debía seguir.

—¡No me sueltes! —dijo ella echada hacia delante, oprimiendo con fuerza sus manos.

—No te soltaré. Pero dime qué te sucede. Dime qué es lo que te pasa.

—No lo sé. Es como si hubiese mucha gente dentro de mí —murmuró entre sollozos—. Hay mucha gente dentro de mí. Demasiada gente. No me dejan quererte. No me dejan que te quiera. Ellos no me dejan, no quieren verme contigo. Si se enteran de lo nuestro me matarán. Sé que me matarán.

Su mano se redimía con latidos frenéticos y el brazo la tiraba hacia atrás, aunque ella se resistía a soltar su abrazo.

—¡Suéltame! —exclamó sobrecogida.

—No te soltaré.

Entonces ella clavó las uñas en las manos de Raúl para librarse de las ataduras. Puesta en pie, le desafió con una mirada definitiva. Al no conseguir la reacción esperada de Raúl empujó vehementemente la silla hacia atrás y se alejó corriendo por entre las mesas hacia la puerta de salida.

Raúl intentaba dominar la situación, intentaba mantener la calma a toda

cosa para no causar expectación. Dejó un billete en el plato y se levantó apacible. Por un momento se sentía tan admirado como incomprendido, ante todo vigilado por la expectación. Recogió la silla que Tina había volcado y se despidió camino a la calle disculpándose.

Tras la puerta la noche de Luna llena se adentró en sus entrañas. La brisa venía cargada de misterio, rezumaba en su piel el aroma de Tina. Si bien, no la encontró. Anduvo por el muelle con la respiración agitada. La buscó tan aturcido que no se había percatado de que de su mano brotaba un delgado hilo de sangre causado por las uñas de Tina. Pero poco le importaba. Lo que realmente le importaba era que se responsabilizaba de ella. No la dejaría así, a casi treinta kilómetros de su casa. Podía ocurrirle lo peor, aunque en cierta forma ella era lo peor. Corrió a contracorriente entre la riada de gente cruzada de cara. ¿Quién la pudo haber visto? ¿Nadie la había visto?

Buscaba enloquecido entre una multitud de rostros desconocidos. Buscaba por todas partes mientras la gélida venteada le cortaba la cara. Miraba de derecha a izquierda, miraba hasta donde su vista alcanzaba. De súbito un nombre se forjó en su mente, *Underground*. Era una simple idea, aunque cabía la posibilidad de que estuviera allí. Era su sitio favorito, o al menos eso pensaba.

Cruzó la avenida sorteando los coches detenidos en el semáforo y entró en el barrio de las almas desoladas que curiosamente seguía atestado de gente con alguna copa de más. Nada más llegó a *Underground* de un envite abrió la puerta. Entonces la vio. Estaba sentada en la barra, rodeaba con las manos un whisky con hielo sin mover una facción de su cuerpo. Enseguida, consciente del peligro de acercarse a ella, tomó asiento en un taburete a su lado.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella sin volver la cabeza.

—Quiero a Tina.

Ella bebió un buen trago y golpeó la copa contra la barra. Una sonrisa despiadada cruzó su rostro mientras se disponía a hacer bolitas con las servilletas de papel que cogía de la barra. Después comenzó a dibujar con las bolitas de papel un rostro. Raúl al comprobar su obstinación, hundido aún más en el pozo de la exaltación prosiguió:

—Quiero amarla, cuidarla, protegerla y besarla —observó cómo escuchaba impasible con la dureza del acero mientras seguía dibujando lo que ahora parecía el rostro de un demonio—. Hacer el amor con ella, morir con ella y por ella. Estoy enamorado hasta la medula. No dejo de pensar en ella. Tienes

que a hacer algo al respecto o me volveré loco. Por todos los santos, esta extraña historia de amor debe tener un final feliz.

—¿De veras? —preguntó sarcástica— ¿Eso es cierto?

—La quiero —susurró Raúl a su oído—. Quiero a Tina.

—Si la quieres —se giró despacio apuntándole con una mirada oscura—, si quieres a esa pobre chica, entrégame medio litro de tu sangre, mal nacido. Si quieres a Tina, ofrécame tu sangre.

—¿Estás bromeando? ¡No me vengas ahora con eso! ¡Maldita sea! ¿Para qué quieres mi sangre? ¿Por qué me hablas como si no fueses Tina? ¡Tú eres Tina!

—¡No! —gritó—. ¡Maldito estúpido! ¡Yo soy superior a todo el mundo! ¡Soy superior a ti, a Tina, incluso, soy superior a Dios! ¡Estúpido necio! ¡Te he mostrado a Tina, para darte la oportunidad de enamorarte de ella con el único propósito de que seas fiel a mí! ¡Ahora si la quieres ya sabes lo que tienes que hacer!

—Entonces, si no eres Tina, ¿quién diablos eres? Dime, ¿quién eres tú?

—¡Nadie! ¡Estoy vacía!

—¿Y quién soy yo? ¿Qué soy para ti?

—¿Tú? —soltó una vacía carcajada—. ¡Quien yo quiero que seas! Pobre necio... te has enamorado de alguien que no existe, de alguien que jamás te corresponderá por mucho que lo intentes. Eres patético.

Raúl golpeó la cabeza contra la barra. Aquella situación le revolvía las tripas.

—No tienes alma. —le dijo Raúl con la mirada empañada.

—No tienes ni puta idea de esas cosas. —dijo Tina mostrando la desproporcionada dentadura.

—Vendiste tu alma para conseguir a un amor y ahora estás intentando recuperarla para estar junto a tu alma gemela, ¿no es cierto? Dime si me equivoco. De ahí tus cambios repentinos...

Tina comenzó a reír en voz alta. Raúl sintió haber dado en la diana, pero ella hacía lo posible por despistar sumida en su risa nerviosa e insolente.

—¿Qué te propones con todo esto? ¿Recuperar tu alma?

—Únicamente te ofrezco la oportunidad de conseguir cuanto quieras. ¿Titubeas? Solo quiero medio litro de tu sangre. Podrás estar con Tina para siempre. No seas estúpido.

—¡Nunca te daré mi sangre! ¿Cómo me pides semejante barbaridad?

—Está bien —dijo mientras cogía el bolso—. Nunca tendrás a Tina.

—¡Un momento! —la detuvo sujetándola por el hombro—. Antes de que desaparezcas de mi vida para siempre, por favor, lee esto. Léelo —extendió un papel sobre la barra de un golpe—. Léelo. Tal vez no sepas en realidad quien eres tú para mí.

—¿En serio? —Tina, sobrecogida dejó caer el bolso a sus pies.

Raúl asintió dando un paso atrás. Ella cogió la hoja con sonrisa alentadora. El mundo se detuvo para ella, se redujo a la distancia de medio metro, la distancia entre sus ojos y el escrito. Se moría por ver lo que tanto había esperado. Ahora simplemente bastaba con acercarse y asomarse al precipicio. Tras una rápida ojeada se lanzó al escrito:

*Decirte como te veo es tan complicado
que las palabras que empujan la voz
se ahogan en mi pecho
horneando miles de metáforas subjetivas.
Quizá sea porque alguien tan complicado
no pretenda respuestas tan simples,
Quizá decirte como te veo
no sería necesario si ahondaras en mis ojos.*

*Te imagino el sutil hilo de plata
Que se deshila al anudar dos delicados corazones.
El titubeante punto de un escrito
Que se interpone entre el te quiero y te odio.
La banda sonora de la vida
Merodeando perdida, realzando sensaciones.
La que habita en mi mente dormida
Que se acomoda y barre algún que otro pensamiento.
El ambiguo manuscrito de los elfos
Que fue desterrado y ahora nadie entiende.
La lágrima tibia que brota de la alegría
Desbordándose ante la amarga que huye del sufrimiento.
El reflejo de Luna llena sobre el mar
Que acapara los sentidos dormidos que nadie acomete.
La promesa que navega en llanto*

*Y desemboca en un enorme mar de dudas.
La piel de la tristeza de un encanto
Que envuelve un sueño enfurecido y prisionero.
La sonrisa cálida, los oídos generosos
Aquellos que día a día oirían de mis labios decir
Te quiero.*

La puerta se cerró de un golpe. Tina lo supo entonces, Raúl se había marchado.

Una gota que lamía el cristal de la puerta terminó estrellada contra el suelo. Eso era su historia: una gota en incesante descenso. Raúl se preguntaba por qué todos los finales tenían que ser lamentables. La única diferencia residía siempre en el tiempo. Pero siempre el mismo final. Paradójicamente su final era doble, pues también lo sería el de su novela. Por eso permaneció sentado en el suelo a escasos metros de *Underground*, con la fiel compañía de los borrachos antes menospreciados, arrollado por una lluvia que calaba su cuerpo y su alma. ¿Qué hacía ahora su alma sin estar con ella? Una lágrima brotó de sus ojos. Pensaba que, quizá arriba también alguien lloraba.

—Disculpa, hijo —dijo una voz familiar a su lado—. Se te ha caído esto. —de su dedo colgaba un cordón negro con un colmillo blanco.

No podía ser otro salvo su colmillo. Miró perplejo a través de la cortina de agua para cerciorarse de que en efecto la persona escondida bajo la andrajosa vestimenta, la barba enmarañada y la suciedad, era San Luar. Una corriente de alegría unida a una sarta de incertidumbre salpicó su desconsuelo. Aquel hombre aparecía de nuevo justo cuando estaba inmerso en la introspección. Aparecía como la duda a una pregunta. De cualquier manera, se alegraba de su presencia. Se aproximó a él tan cerca cuanto pudo para resguardarse de la lluvia en lo posible.

—Antes de que me digas nada, me satures de preguntas estúpidas, o intentes comprender qué hago aquí, quiero advertirte de una cosa: Tina saldrá por esa puerta, con la intención de encontrarse contigo para ofrecerte la reconciliación. Pero te concederé otro camino alternativo antes de que decidas tu futuro y sucumbas a sus encantos como siempre has hecho. Quiero que me des la oportunidad de darte otra opción. Quiero que visualices por un momento tu futuro con ella. Una noche cualquiera, al azahar.

—¿Cómo pretende averiguar mi futuro si no lo sé ni yo mismo?

—Se te perdió el colmillo ¿recuerdas? —San Luar se lo acercó a un palmo. Raúl intentó cogerlo, pero de inmediato San Luar lo alejó.

—Piénsalo primero. Este colmillo ya no te pertenece. Ahora no es tuyo.

—No entiendo nada —se llevó las manos a la cabeza—. ¿Cuándo perdí mi colmillo?

San Luar se aferró a su hombro, lo contempló conmovido.

—Simplemente quiero amarla. ¿Es tan difícil? Encuentro a mi alma gemela, y resulta que su alma no está al cien por cien con ella.

—Ahora no hay tiempo para explicaciones.

De sus fascinados ojos rodaron dos gotas cuales se diluyeron con la lluvia. Se cubrió la cara para que San Luar no le viera llorar.

—¿No me piensa explicar nada? —se asomó entre las humedecidas manos—. Necesito con urgencia una explicación para todo esto.

—Muchacho, es muy sencillo —dijo San Luar—, buscabas el amor verdadero y yo te di la esperanza suficiente para encontrarlo. El colmillo cumplió su cometido de talismán. Confiaste en su magia y te enamoraste sin remedio... ¡casi de un modo obsesivo! De todas las mujeres te enamoraste de aquella que el destino no puso para ti.

—Ella es mi alma gemela. Incluso, creo haber encontrado la fórmula del amor.

—Tal vez habéis cruzado el umbral del amor. De eso es lo que quería advertirte. Tienes que salir de esto, consciente de que el desamor es otra asignatura del amor.

—No me lo digas... parar encontrar el verdadero amor debes encontrar primero el desamor. Empieza a incomodarme tanto acertijo. ¿Por qué debo dejar de amarla?

—Recuerdas el dicho «el amor es ciego»? Pues tú, muchacho, ya no ves nada. Eres la persona más ciega que conozco. Hijo, necesitas de inmediato un perro pastor que te guíe. Por favor, hazme caso, acompáñame, deja de formularme preguntas o será muy tarde.

—No lo entiendo... ¿A dónde debo acompañarle? Aquí estoy muy bien lavando mi alma.

La puerta de *Underground* se abrió.

—No hay tiempo, Raúl—San Luar se levantó de un brinco—. Tina está a punto de salir. ¡Acompáñame! —le tendió la mano cuando en efecto, Tina

asomó por la puerta—. Yo te mostraré qué ocurrirá con Tina, en el caso de tu regreso con ella. Debes verlo con tus propios ojos.

Raúl osciló un instante. Desandaba la cordura recapitulando el suceso que tenía toda la pinta de una pesadilla: el agua sobre su ropa; la basura a un metro a su derecha; y un hombre desconocido, quien reaparecía como una perdurable visión dispuesta a prestar su ayuda, a guiarle por los atajos del futuro. Pero no era una pesadilla. Aunque tampoco un sueño.

Al fin, sin otra elección más alentadora a su alcance, estrechó la mano de San Luar, cerró los ojos y se dejó guiar por caminos insondables.

La noche era la más oscura y el silencio el más sordo que había conocido. Por la ventana entreveía bajo la luz de Luna menguante el vaivén de un mar infinito. Escuchaba el sonido de las olas y olía el olor a arena mojada. Convencido de hallarse en una playa miró hacia atrás. Tina esperaba desnuda de rodillas sobre una cama doble de lo que parecía un pequeño hostel. Ella ansiaba hacer el amor. Tendía los brazos en su dirección, con los ojos tan penetrantes que Raúl sentía dolor. Ella dejó caer la persiana cegando la escasa luz, y a oscuras hallándose también desnudo él se tumbaba resignado junto a ella. Miraba hacia el techo cuando Tina montó sobre sus caderas. Apresurada comenzó a moverse sinuosamente, dibujando un pequeño ocho. Cuando ella sintió la erección bajo su vientre, cambió el dibujo a un agitado cero. Entonces, empezaron a emitir mutuos gruñidos de satisfacción. Las camas se mecían produciendo unos crujidos alarmantes. Hasta que de pronto, de un manotazo lanzaron las copas que con un sonido atroz se reventaron bajo la cama. El somier se hundió, y el colchón se extendió desordenado por el suelo. El escándalo congeló la pasión y se separaron escandalizados por el revoltijo armado en un momento. De inmediato, unas centelleantes luces asomaron desde la calle llenando el cuarto con una amarillenta franja de luz. Dos sombras buscaban de un lado a otro mirando desde la ventana. ¿Pero qué venían a buscar? ¿Era por el ruido? Intentaron contener la respiración, tratando de no producir el menor ruido. Tina le miraba horrorizada. Permanecieron agazapados en completo silencio hasta que de pronto las franjas de luz, y las sombras se alejaron. Raúl aplastó la cabeza contra el colchón y dejó fluir la oscura noche.

Abrió los párpados mojados. Creía haber despertado de una pesadilla, a no

ser que seguía tirado en el suelo en una calle colmada de grisáceos charcos, de basura de los restos de la agitada noche, rodeado de borrachos, delante de *Underground*. De súbito lo recordaba todo. Miró bajo la camisa, pero no halló el colmillo. Buscó a un lado y a otro, pero, San Luar ya se había ido. Todo seguía en el mismo sitio.

Tina reaparecía tras la puerta roja buscándole desesperada de lado a lado. Tan pronto le vio, una sonrisa la llenó de satisfacción. En busca de su abrazo corrió hacia él proclamando su nombre. Raúl no podía negarse, se levantó del suelo y abarcó su cuerpo contra el suyo. Aferrado con más fuerza emanó gotas de arrepentimiento sobre su hombro, pues, aunque se negaba, sentía resurgir las corrientes del amor.

—Te quiero. —susurró Tina entre sollozos.

Permanecieron un buen rato inmersos en extraños pensamientos, mientras el cielo se cernía sobre ellos con un húmedo abrazo de agua fría. Un frío calor se apoderó de ellos. Raúl la miró. ¡Qué bella era! Era lo más bonito que había conocido jamás. La miró, frunció el cejo y la volvió a mirar. Sus ojos llenos de agua relucían cual dos estrellas ante la azulada bruma. ¿Esto era el amor? Obviamente lo era, porque no lograba contenerse. Entonces, al verla llorar se unió a ella dejando caer el agua de sus ojos. Fue un llanto largo y reciproco surtido de risas inquietas de reconciliación. Fue un llanto equivalente al que debía ser una despedida.

—¿Vamos a un sitio oscuro? —preguntó Tina.



Capítulo 18

ALREDEDOR de cien latidos por minuto surgían de los dos cuerpos desnudos, vestidos con sudor, en el interior del coche rojo. Bajo una vieja manta, Tina, desinhibida por completo, se agitaba sobre Raúl con un frenético balanceo. Se sacudía erguida en un constante vaivén, con las manos aferradas a su garganta, con una mirada insondable. Le arrollaba con un desagradable aliento. ¿Quién era ahora, un ángel o un diablo? En el vaho de la ventana había trazado la palabra *muerte*. Pero, aunque ella lo tomaba a broma, la gélida noche unida a su desencanto conseguían perturbarle. Una inquietud surcaba la frente de Raúl. No era dicha palabra lo que le producía escalofríos sino la insolente sonrisa. La descabellada sonrisa de su papel de diabólica, para la ardiente escena que por momentos salía de contexto. Raúl intentaba moverse, pero los músculos saturados de la tensión no respondían a sus órdenes. Apenas conseguía mover los brazos con libertad o dejarse llevar por el camino de la pasión.

Seguía resignado, sumido al perpetuo balanceo, cuando Tina, excedida en una funesta carcajada, oprimía con más fuerza su garganta. Intentaba pedir auxilio, pero el nudo de su garganta interceptaba su voz. No podía pronunciar palabra alguna. Pidió auxilio con la mirada, pero era imposible. Ella disfrutaba demasiado como para detener su perversión.

—Tina —dijo al fin—, suéltame.

Las palabras se desvanecieron inadvertidas en el silencio. Su voz no servía de nada. Ella, sorda a su clemencia, continuaba con el eterno resuello, moviéndose arriba y abajo en un ejercicio mecánico, con la mirada aferrada a la suya, sin apenas pestañear.

La miró con tanto odio como le fuera posible. Entonces, una desagradable sensación le sacudió todo el cuerpo. La persona que brincaba sobre su ingle con la intención de estrangularle no era Tina, no tenía nada que ver con la chica que conoció aquella lejana noche de octubre. No era dulce, ni atrayente.

No poseía aquello que en otro momento le enamoró. No descifraba los mensajes de su mirada. No sabía por qué, pero esa grotesca persona no era ella. Lo que hacía no le causaba placer, sino un temor desconcertante. Por momentos perdía la pasión y en consecuencia la erección. Ansiaba salir del coche.

—¡Suéltame! —gritó Raúl.

Al ver que seguía sin hacer caso, de un fuerte tirón se desprendió de sus manos y la tumbó en el asiento. La encerró bajo su cuerpo sujetándole las manos. Inmovilizada por completo ya no le haría el menor daño.

—Ahora te tengo atrapada —dijo entre dientes—. La situación está ahora bajo mi control. Esta vez llevo yo las riendas. No dejaré que te escapes.

Una perturbadora sonrisa cambió el helado semblante de Tina.

—Cuando yo quiera —dijo ella con ironía—. No puedes conmigo.

Raúl lleno de rabia empezó a moverse sobre ella. Creía vestirse bajo las pieles de un violador. Sin embargo, ella se abrió a las violentas embestidas aferrada a su cuerpo clavando las uñas a su espalda. Diez afiladas cuchillas se deslizaban peligrosamente. Creía oír crujir la piel abierta al desfilarse sus uñas. Una fuerte molestia le extasió. Emitió un gruñido que a ella le deleitó, pero siguió con las embestidas. Imaginaba su espalda abierta en canal, toda manchada de sangre; casi podía oler la sangre derramada tras él. Su dolor era placer para ella. No existían caricias, ni palabras amables, ni susurros al oído, ni besos cálidos. Nada de eso.

Probó a besarla, despacio, como a ella le gustaba. Recorrió despacio la cavidad de su boca en busca de una respuesta, de una señal de agrado. Pero no reaccionó de ninguna manera; su lengua permanecía inerte, su cuerpo rígido con la frialdad de un cadáver. Sus uñas quedaron varadas y su resuello se desvaneció. No movía una fracción en todo su cuerpo, mientras él recorría toda su boca con la lengua. Hasta que Tina cerró la boca atrapando la lengua de Raúl entre sus dientes. Raúl gritó saturado de dolor. La creía capaz de seccionarla y luego escupirla por la ventana como si nada. Pero al parecer su intención era retenerla. Aunque cada vez apretaba un poco más. Raúl la golpeó vehemente en los hombros hacia atrás para liberarse y saltó al asiento contiguo. Sentía haber perdido la mitad de la lengua en el trayecto, aunque como se apresuró a comprobar, no había ocurrido.

¡Había llegado al límite! ¡Había cruzado el límite de lo permitido!

Arrebatado buscó la ropa bajo su asiento. ¡Quería terminar cuanto antes!

Tan pronto se vistió arrancó el motor y metió primera. Las ruedas chillaron con un sonido atroz resquebrajando el silencio. De un giro brusco hacia la carretera, golpeó a Tina contra la puerta. Una vez en la carretera pisó a fondo el acelerador. El marcador de velocidad ascendía sin remedio. Sus ojos seguían firmes hacía el horizonte de la carretera.

Tina apenas se había puesto el sujetador negro cuando quedaba atrás el oscuro paraje. Se incorporó con una preocupación que brotaba de cada poro de su piel. Parecía ignorar el motivo de su obstinación.

—¡Ya está bien! —Tina exclamó con una voz quebrada por el pánico—. Esto no me gusta nada. —se acercó a su lado.

Tina le acarició la nuca. Ella intentaba por todos los medios retornar a la normalidad, pero fracasaba en su intención. Aquella caricia le quemaba la piel. Sus caricias no servían de nada. Ahora repugnaba su tacto. Tina se detuvo sucumbida al gesto de rechazo; nunca lo había visto de ese modo, oprimiendo las mandíbulas constantemente con los brazos yertos al volante y la furia escrita en sus ojos. Vio que la aguja rozaba los ciento cuarenta kilómetros por hora. Era el fin.

—No me hagas esto —dijo ella entre lágrimas—. Por favor. Ya está bien, he tenido bastante.

Raúl dibujó una colérica sonrisa. Ella no lo sabía, pero repelía sus palabras. Ahora ella no le importaba en absoluto. Nada le importaba. Tal vez lo mejor fuera la muerte. Sí, ella lo había escrito en la ventana. Muerte. Tal fuera la mejor idea, el mejor final para aquella historia de amor macabra.

En tal caso la velocidad ascendía sucumbida a su voluntad. Cuando de súbito por el carril izquierdo un coche que venía de frente adelantó a otro invadiendo su mismo carril, a tal velocidad que apenas tuvo tiempo para reaccionar. Todo era cuestión de segundos. Luz próxima; afonía; ceguera; bocina; frenazo; chirrido; estupor...

Tina se echó sobre él y giró el volante desviando el coche al arcén. Raúl pisó el freno deteniendo el vehículo. El coche quedó a unos metros fuera de la carretera fuera de peligro. Las luces se alejaron, el peligro se desvaneció, las bocinas se alejaron junto a otros vehículos de la carretera. Los corazones azuzaron el silencio con un estruendoso palpitar. Que la vida pende de un hilo, ahora lo sabían. Tenían el mismo parecer. La vida había transcurrido en la cuerda floja y ambos fueron tan estúpidos para cortar aposta dicha cuerda. Se miraron un segundo enmudecidos por completo. En la mirada desprendían

esquirlas de tensión. De pronto eran dos extraños en una situación extraña, exaltados y sometidos.

—Perdóname —dijo Tina con una voz debilitada por el pánico—. Por favor.

Raúl giró la cabeza impasible, con la mirada arraigada a la carretera. Consideraba el posible accidente mientras recapitulaba su vida, recapitulaba la historia de amor.

—Yo he tenido la culpa —dijo Tina abrazada al cuerpo inerte de Raúl—. Lo siento. Háblame, dime algo. No me dejes así. Por favor, perdóname.

Raúl escuchaba aquella voz como manipulada por una actriz de personalidad bipolar. Desconocía a la persona que le hablaba. No sabía por qué le empapaba de lágrimas la ropa, ni qué esperaba que dijese acerca del accidente. Su abrazo no le ofrecía calor; su llanto le resultaba patético. No quería seguir escuchándola.

«Cállate de una vez —pensó—. No quiero acordarme de tu existencia. Cállate de puta una vez. Cállate. Cállate. Cállate.»

—Háblame, por favor —insistía ella entre sollozos—. Mírame al menos.

Rehuía su mirada. Esquivaba sus ojos para no tropezar con los vestigios del amor, para no volver a prender la llama. Podía encontrarse cara a cara con la ternura, la magia o la pasión. Si la miraba, tal vez caería rendido a sus pies, como ella esperaba. No la miraría. Por ella había cometido una locura. ¿Quién se creía que era?

«Cállate, quien quiera que seas. Cállate para siempre.»

—Es muy difícil quererme, ¿verdad? Lo entiendo. Necesito tiempo. Por favor, mírame al menos —suplicaba Tina—. Quiero que me mires. Por favor, contéstame, dime algo.

Entonces Raúl estalló lleno de rabia.

—¡No quiero darte mi sangre! —la apartó de un empujón— ¡Jamás te daré mi sangre! ¿Entiendes? ¡Mi sangre me pertenece!

—¿Qué estás diciendo?

—¡No te daré medio litro de mi sangre! ¡Jamás vuelvas a pedirme semejante estupidez!

—¿Qué quieres decir? —Tina se encogió en un ovillo.

—¡No quiero saber nada de tu puta vida! ¿Entiendes eso? ¡No quiero saber nada del diablo! ¡Estoy hasta los cojones! ¡Me da igual quien quiera que seas en este momento! ¡Me importa una puta mierda!

—Me estás asustando —dijo refirmada a la puerta con los ojos llenos de agua—. No entiendo nada. No sé de qué me estás hablando.

—¡No me vengas ahora con esas! —la sacudió por los hombros— ¡No podrás conmigo! ¡No me volverás loco! ¡Esto no es un jodido juego!

—¿Qué diablos te pasa? Por favor. ¿A qué viene todo esto?

—¡Lo sabes muy bien, maldita sea! —Raúl se incorporó a su asiento y se aferró al volante descargando toda su ira a través de sus manos. Respiró hondo—. Jamás te daré mi sangre —dijo ahora más sosegado—, jamás venderé mi alma al diablo. Mi alma me pertenece. Ya puedes olvidarlo todo, absolutamente todo. ¿Entiendes?

—No sé de qué estás hablando. Me das miedo —introdujo la mano en el asidero de la puerta dispuesta a abandonar el coche—. Me voy a mi casa.

—No se trata de eso —retiró su mano de la puerta con firmeza—, tú no te vas a ninguna parte. Te llevaré a tu casa.

Se miraron un minuto en completo silencio. Raúl le indicó que esta vez llevaría cuidado para tranquilizarla.

—Quiero irme a mi casa, quiero irme a mi casa... —repitió hasta la saciedad golpeándose la cabeza contra el cristal.

Raúl hundió el pie en el acelerador. Esta vez se incorporó con precaución a la carretera. Mantendría la calma si Tina estuviera callada. No soportaba oír la repetir lo mismo, por lo que encendió la radio y le dio volumen hasta silenciarla. Casualmente les sorprendió aquella canción cual hicieron suya en una de las primeras noches. Subió el volumen e imaginó aquella bonita noche de Luna llena de un mes de octubre, cuando sus pasos sonaban en la escalera. Tal vez nunca debió subir aquella maldita escalera.

Una vez llegó a casa de Tina, Raúl apagó el motor, la radio, y prendió un incómodo silencio que fluctuaba ante la mirada expectante de ambos. No surgió palabra alguna en los minutos siguientes. Las bocas permanecieron cerradas. Tina abrió la puerta y cabizbajo abandonó el coche sin mirar atrás.

Joel servía el antídoto alcohólico sin dejar de escudriñar en su mirada. Intentaba indagar en su dolor. Pero esta vez no necesitaba esforzarse demasiado, pues, en efecto, estaba en ese lugar por el mismo motivo que el propio nombre del bar.

—Desamor. —dijo Joel.

Raúl asintió. Se aplastó el pelo hacia atrás. Después golpeó la cabeza

contra la barra.

—Todos venís aquí por lo mismo —continuó Joel—, pero hoy no ha venido nadie excepto tú. La gente debe amar hoy más que nunca.

—Eso es un consuelo. —volvió a golpear la cabeza contra la barra.

Joel cambió la luz a otra más tenue, idónea para los momentos de confidencias.

—Tienes un aspecto deplorable.

—En realidad, mi amigo Pol me está ayudando con sus polvos mágicos...

—Seguramente es el final de una historia como tantas otras.

—Te equivocas —le apuntó con una mirada enfebrecida—. Ese no ha sido el final de la historia. ¡Ojalá lo hubiese sido! No estaría ahora aquí, bebiendo sin olvidar, imaginándola en cada copa...

Dispuesto a prestarle toda la atención, Joel salió de la barra, y tomó asiento en un taburete próximo. En realidad, esperaba impaciente su historia.

—Amigo, todos han contribuido en este establecimiento con sus historias de desamor. Por favor, continua —se cruzó de brazos afanoso—, me interesa tu historia. Cuéntame, no tengo prisa, no tengo clientela esta tarde.

—Tenía que haber terminado esa misma noche —su tristeza surcó toda la estancia—. Sin embargo, hace un mes que no se de ella y su recuerdo no se desvanece sino al contrario, va creciendo. Ha crecido tanto que no cabe en mi cuerpo. Mírame, mi cuerpo es el envoltorio de su recuerdo. No soy más que un pellejo hinchado. No puedo dejar que esto termine... es demasiado fuerte, importante... es el amor verdadero...

—A lo mejor necesita tiempo.

—Me lo dijo en una ocasión, necesitaba tiempo para saber qué era lo que quería. Me pidió un tiempo muerto para reorganizarse. Tal vez para recuperar su alma. Pero no puedo aplazar el momento señalado. Si le doy tiempo acabará en otras manos. Es tan extraño... pero lo sé, acabará en otras manos. Alguien me lo aconsejó, debía haberla dejado hace mucho tiempo, pero no hice caso —se detuvo sobre una escultura fiel a ella—. Ahora es demasiado tarde, ella forma parte de mí. ¡Maldita sea, un mes sin saber de ella!

—Amigo —lo rodeó por el hombro—, ¿tanto la quieres?

Con una apática sonrisa respondió a la pregunta. La mirada transparente se llenó de agua. No necesitaba añadir nada más. ¿Tan difícil era de creer?

—Entiendo. —dijo Joel.

—Las pesadillas, los recuerdos me acechan... Ella es la droga más dura

que conozco.

Joel se percató de las ojeras, el pelo enmarañado, la barba de varias semanas. Había engordado varios kilos. En general había descuidado su imagen. En realidad, Raúl presentaba un aspecto deplorable.

—Tuve un accidente con mi coche. Gracias a dios no fue nada. ¡No puedo siquiera conducir! ¡No logro concentrarme en la maldita carretera! Por si fuera poco, en consecuencia, me echaron del trabajo... Quizá no sea el final de mi vida, pero te juro lo parece.

—¡Amigo —saltó del taburete con un tono entusiasta—, llegó el momento! Raúl lo miró impasible.

—¡Ha llegado el momento de terminar para siempre con esa historia de amor! ¡Vas a ponerle de una vez el punto final!

—Qué casualidad, eso mismo quiero hacer —pensó en voz alta—... en mi vida real y en la novela.

—Ahora mismo vas a escribir en la pared el testamento de un amor inconcluso para dar por finalizada una relación imposible... No será el final de tu vida, te lo aseguro, pero sí de esta historia...

—¿Cómo dices?

Joel entró tras la barra. Raúl sentía inquietud. Imaginaba que buscaba algo importante. No veía nada salvo un mechón de pelo de Joel sobre la barra y el traqueteo de unas copas.

De pronto la puerta de cristal negro de la entrada chirrió. Tras la franja de luz un apuesto hombre vestido de negro cruzó el umbral. Detuvo los pies varados a la alfombrilla de bienvenida hasta que su semblante resplandeció.

—La sentencia. —le dijo.

—¿San Luar?

La puerta se cerró de un golpe. San Luar se aproximó con paso firme.

—Hijo —le volvió a decir—, en el momento que escribas en esa pared de tu puño y letra la sentencia de amor, todo habrá acabado... ya estarás listo para encontrar el amor.

Raúl lo miró perturbado. San Luar tomó asiento junto a él con su distinguida calma. Joel regresó y tomó asiento al otro lado.

—Muchacho, debes escucharnos con suma atención. —dijo San Luar.

—Tienes que escribir la sentencia. No volverás a sufrir por ella.

Sonaba gratificante, a eterna salvación. Pese a todo intentaba no ceder a aquellas palabras porque tan pronto saliese de allí, aunque su cuerpo estaba

lejos de ella su alma regresaría junto a ella.

—Debes escribir esa poesía cual te engulle el pecho en aquella pared tintada de la sangre del desamor.

Raúl contempló las paredes tintadas de sangre. Luego se volvió hacia San Luar y hacia Joel. ¡No, no era posible, de ninguna manera! Todo aquello era una broma macabra. Si aceptaba ambos se reirían de él. No quería formar parte del juego de dos lunáticos.

—¿Confiaste en mí cuando te regalé el colmillo? —San Luar esperó hasta que Raúl asintió con la cabeza—. Tuviste la fe que ahora te vuelvo a pedir para poder desecharlo.

—No creo en tus palabras. No creo en nada. Ni siquiera sé quiénes sois.

—No olvides que has alcanzado tu anhelo de vivir una historia de amor —dijo San Luar—. Muchacho, todos no han corrido tu misma suerte.

—¿De qué sirve eso? ¿De qué me sirve si debo olvidarla?

—Nada es para siempre. Ahora, si quieres terminar, la opción ya la conoces. No es un pacto con el diablo...

—¿Entonces?

—Con tu sentencia certificas que estás listo para el siguiente paso —dijo San Luar—. Es el examen final del amor...

—Amigo, no pierdes nada. —Joel sacó un bolígrafo del bolsillo.

—Todo esto no es una tomadura de pelo, ¿verdad?

—¿Y si lo fuera? Tal vez estés en lo cierto. Tal vez todo sea una tomadura de pelo. Pero ¿qué otra opción tienes?

—Volver cien veces con ella mientras muero poco a poco.

—Todo puede ser una tomadura de pelo. No tienes nada que perder.

Miró a San Luar y a Joel respectivamente. Ambos con una inquietante sonrisa por etiqueta de confianza. No tenía nada que perder porque lo había perdido todo. Tan solo debía escribir la poesía de sentencia de amor en una pared. Demasiado simple para que surtiera efecto.

—No te preocupes, esto no duele —le dijo Joel mientras giraba una parte del bolígrafo que hacía sacar una especie de aguja en la parte posterior—. Necesito una gota de tu sangre.

Una sonrisa cruzó el rostro de Raúl. ¡Todos querían su sangre! Al menos ahora se conformaban con una gota.

—Decídate de una vez —Joel le amenazó con los ojos—, no es tan complicado.

—No tengas miedo —dijo San Luar—. No eres el primero, no te preocupes.

—Bueno —Joel guardó el bolígrafo en el bolsillo—, si no quieres, no pasa nada.

Raúl lo pensó por última vez, un único segundo. No arriesgaba nada salvo dejarse guiar hacia la locura. Pero en realidad ya estaba demasiado cerca de conocer la locura. ¿Entonces? Tan pronto aceptó un crujido le revolvió las tripas. Joel había traspasado con la aguja la piel de su dedo. Bombeó la almohadilla del extremo hasta extraer una gota de su sangre, desclavó la aguja, giró el extremo y la nimia aguja se ocultó. Agitó el contenido para mezclar la tinta con su sangre y con una sonrisa afable le entregó en la mano el extraño aparato de escritura.

—Adelante —le dijo—, escribe donde te plazca, en cualquiera de las paredes del establecimiento. A tu elección queda.

—Una cosa más —dijo San Luar—: intenta no fijarte en ninguna de las ya escritas; ya sabes —dijo con una sonrisa—, cosas del plagio.

Con el despropósito de escribir la dichosa sentencia, se encaminó impávido hacia el fondo. Las paredes eran íntegramente palabras y más palabras: en las esquinas, casi en el techo y cerca del suelo. Cientos de escritos ornamentaban el local, tantos escritos que creyó no encontrar un hueco libre para una sola línea. De cerca comprobó que algunos eran auténticos historiales, otros, sin embargo, una simple línea. Evitando la tentación de leer alguno de ellos encontró un hueco donde plasmaría toda una sentencia cual presentía ser muy larga. Se detuvo un instante.

—¿A toda esta gente le funcionó? —preguntó.

—Hijo, muchos de ellos no volvieron a pasar por *Desamor*. Confía en mí.

Raúl frunció el cejo. Aunque no confiaba demasiado en su palabra, se había convencido así mismo. De nuevo necesitaba fe para llevar a cabo la sentencia. ¿De veras quería olvidarla? Necesitaba de su aliento más que del aire. Recordó por última vez su presencia. ¿De veras lograría olvidarla?

Una vez creyó encontrar la punta de la madeja de su pensamiento, con la estilográfica en su mano derecha a modo de instrumento del alma, comenzó a escribir todo cuanto sentía. Palabra a palabra se fue vaciando del peso de las cenizas del amor, el odio, el rencor y todo cuanto habitaba en su ser. Con cada palabra sentía desprenderse de un sentimiento unido a un recuerdo relacionado con ella. Sentía como con sus propias manos liberaban su corazón. No sentía

dolor. Nada le impedía acabar su sentencia. Una vez terminó se desplomó un paso atrás para observar el escrito.

San Luar se acercó sigiloso para conceptuar con los ojos entornados su obra de arte. Le asedió con su mano por la espalda, recogió el bolígrafo y le estrechó la mano.

—Te has esmerado —le dijo San Luar—. Enhorabuena. Buen trabajo.

Raúl asintió entristecido. Sumido en una eterna indiferencia sintió como en su pensamiento se borraban progresivamente los recuerdos y tachaban las preguntas. Sentía el pecho cada vez más libre de las vicisitudes del tiempo atrás. Miró perplejo a San Luar. Una incontrolada opresión por llorar, pero los ojos estaban secos, se habían cerrado las presillas de los sentimientos. ¿Por qué quería llorar? ¿Por qué se esforzaba por hacerlo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? De pronto quería gritarlo por si alguna de las dos personas postradas a su lado le respondían, pero tampoco conseguía pronunciar palabra. No podía gritar, la voz apenas alcanzaba a ser suspiro. Sentía desvanecerse. La sangre fluía escuálida por las venas, los músculos se debilitaban faltos de presión sanguínea. No recordaba qué henchía su angustioso vacío, pero sin embargo le urgía encontrarlo. Estaba terriblemente vacío. Era un vacío perturbador.

En un arrebato incontenible, ante la perplejidad de San Luar y Joel, salió corriendo hacia la calle acarreando con las sillas interpuestas a su paso. Las sillas se golpearon contra el suelo y la puerta se golpeó contra el marco.

El aliento de la calle inundó sus pulmones colmando su vacío. Intentaba retomar el papel al que hacía frente para calmar su angustia. Permaneció largo tiempo apoyado en la pared mientras la brisa se adentraba en sus pulmones. Entonces de la memoria surgió un lejano nombre, un remoto nombre incrustado en las paredes del olvido: Tina. Arrebatado, sin saber por qué, se puso a andar. ¿Quién era Tina? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo era?

Anduvo por las calles tropezando con Tina una y cien veces. Tropezaba con ella en cada cuerpo cruzado en su camino, en cada rostro, en cada imagen. Escuchaba su voz en cada intrínseca garganta, en cada silencio, pero seguía sin recordar quien era. ¿Quién era Tina? ¿Por qué necesitaba con tanta urgencia dicha respuesta? Escuchaba su nombre en cada palabra pronunciada a su alrededor. Por si fuera poco, aún sin recordarla en cuerpo presente, sentía extrañarla más que nunca. Estaba en cualquier parte, en cualquier lugar donde

mirase. Todo le recordaba a Tina. La calle olía a Tina. El viento hablaba de Tina. Los zapatos seguían el camino hacia Tina. Tina. Tina. Tina. Al fin, su imagen reapareció en su mente. Su rostro forjado con fuego derritió las dudas una a una. Por fin recordaba quien era esa chica que tan hondo le había calado. Respiró aliviado. ¡La sentencia no había funcionado! ¡Había logrado extraer su recuerdo de las garras del olvido! ¡Nada era tan fuerte como el amor que por ella sentía!

¿Y ahora qué?

Mientras se hacía esa pregunta, una floristería le llamó la atención. Una fútil idea surcó su cabeza. A lo mejor no fuera tarde para volver a empezar. Tal vez una declaración de amor lo arreglaba todo. Un bonito ramo de rosas a domicilio ninguna mujer debe despreciarlo. Se acercó al cristal. Una docena de rosas rojas, engalanadas con un buen surtido de gladiolos acompañadas por una franca carta de amor tal vez servirían de algo. Estaba decidido. Abrió la puerta y entró.



Capítulo 19

SUYO era el todo, la nada; el destierro, la ubicación; el ruido, la afonía; el desgarró, la sutura. En la palma de su mano tenía la última carta: la última noche con Tina. Y la última noche no pudo ser de otra manera que repitiendo escenario en el mismo restaurante chino de la última cita. Las flores habían surtido efecto. Había conseguido una cita con el diablo de la mano de Tina a las nueve y media, y otra más, tarde con Dios para evaluar los desperfectos causados por el encuentro. Debía olvidarla, pero necesitaba terminar con ella como era debido. Necesitaba el final absoluto para su novela. El final que sin duda obtendría esa misma noche.

Sentada frente a él, la dulce Tina, no dejaba de sonreír plenamente arrepentida.

—Pensaba que no me perdonarías nunca. Recibí las flores y el escrito pidiéndome perdón —dijo con la mirada oculta tras el flequillo—, cuando soy yo quien debe disculparse. Por eso te llamé inmediatamente, para pedirte disculpas de cuerpo presente.

Raúl la miraba mientras sus sentimientos cruzaban por una cuerda tensada entre el odio y el amor. ¡La quería y la odiaba a partes iguales! Ella (ajena a su pensamiento), a decir por la misma vestimenta, parecía querer retomar la misma noche en el mismo escenario. Mantenía intacta la misma dulzura, el mismo deseo, la misma incertidumbre... pero, de ninguna manera ahora era comparable a ninguna noche anterior. El cuerpo de Raúl no se estremecía junto a ella, los latidos apenas se aceleraban ante su sonrisa. Ella no se daba cuenta, pero todo había cambiado entre ellos. Los sentimientos se agitaban en un conflicto bélico.

—A partir de ahora intentaré que lo nuestro vaya en serio —prosiguió Tina—. Prometo cambiar. No puedo dejar escapar el amor verdadero por mi mal comportamiento. Además, necesitas un final feliz para la novela que estabas escribiendo. Ya sabes: vivieron felices y comieron...

—Visceras...

Tina oprimió los labios confundida ante la repentina incursión. Raúl soltó una seca carcajada ante el acierto de aquella frase. Por supuesto necesitaba un punto final. Pero ella no lo esperaba ésa misma noche.

—Todo tiene final, ya te lo dije —dijo Raúl mientras le servía vino en su copa, ahora sin miedo al exceso, pues quería desatar en ella todo lo que contenía—. No seré yo quien termine, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo todo. Tengo mucha memoria.

—¿Jugamos al *juego de la verdad*?

—No, únicamente se puede jugar una vez por relación.

—Vaya —dijo Raúl con una sonrisa irónica—, me gustan esas reglas.

—No las puse yo. —dijo Tina mientras apuraba su copa.

—Cuando te pregunté si habías encontrado tu alma gemela me dijiste que no, ¿verdad?

Tina asintió.

—Si no dijiste la verdad, la mentira se pudo haber vuelto en tu contra. Por lo tanto —Raúl prevenía extraer de un momento a otro a la otra Tina—, no podrías estar a mi lado...

—Si mentiste en que nunca habías hecho el amor, ahora no podrás hacerlo conmigo. —Tina retornó la misma ironía.

—Tal vez de ahí venga la explicación a la dificultad para hacerlo —dijo Raúl—. ¿No te das cuenta? Siempre que lo intentamos sucede algo. Parece que algo se interpone entre nosotros. Estamos condenados a estar separados.

—Casualidad.

—Creo que causalidad.

—Ahora mismo podemos comprobarlo. —insinuó Tina jugando con el tenedor hincado en el pollo al limón—. Estoy deseando demostrártelo.

—Volverá a pasar.

—Esta noche no.

—En cuanto terminemos de cenar te llevo a —Raúl se detuvo un instante. Acudió a su mente la imagen de la premonición de San Luar—... un modesto hostel junto a la playa que conozco.

—Me parece buena idea, pero en tres horas tengo que estar en mí casa.

—Confía en mí. Sigo siendo tu profesor, ¿verdad?

—Ajá —dijo Tina con una tímida sonrisa—. Todavía me queda mucho por aprender.

—¿Qué te apuestas a que algo sale mal? ¿Qué te apuestas?

—Nuestra relación —dijo Tina estremecida. Intentaba mantenerse serena mientras hundía la cuchara en el helado frito flameado—... es tan complicada como yo.

—Pondremos nuestro amor en las manos del destino. Quedará patente que nuestra historia es un imposible.

—Mi última oportunidad.

—Trato hecho. —Raúl tendió su mano y ella la estrechó más seria de lo normal.

El trato ya estaba pactado. Se miraron unos instantes en silencio. Durante el postre, otro era deseado con más vehemencia para ambos: el deseo de devorarse mutuamente. Raúl se apresuró en pagar la cuenta tan pronto terminaron, y abandonaron el restaurante en busca del lugar idóneo para desatar la pasión.

La pasión para Raúl permanecía bien sujeta por las cuerdas de la desconfianza. La noche era propicia para una noche de amor, pero el presentimiento no ayudaba demasiado. A posta había elegido el mismo motel de la premonición mostrada por San Luar. Ahora él acudía a su cita con el destino y no viceversa. Apoyado en la pared asomado a la ventana entreveía el vaivén de las olas del mar de una playa desértica. Sus pensamientos eran como las olas: le alejaban de ella, pero luego volvían a empujarle contra ella. Las dudas parecían hacerse notar en voz alta sobre el silencio. Pero una voz interna le decía que debía hacer el amor con ella, debía comprobar si en efecto algo iba a suceder. Desnuda de rodillas sobre una cama Tina le aclamaba impaciente. Ella quería hacer el amor a toda costa. Él en cierto modo también.

—¿Sucedo algo? —le preguntó Tina.

—Sé lo que pasará a continuación. —dijo Raúl con la mirada perdida en el mar.

—No te preocupes demasiado, es una simple apuesta.

—Es lo que me preocupa. Me preocupa perder la apuesta y encontrar el punto final.

—Yo estoy impaciente por empezar la lección de esta noche, profesor Raúl.

Raúl respiró hondo. Dejó caer la persiana para opacar el paisaje, para

involucrarse en su apuesta. Iluminado por la tenue luz de la luna que surcaba la persiana se acercó desnudo a la cama. Temía volver a fracasar y a no fracasar. Si fracasaba, había obtenido la razón para terminar; si no fracasaba, la historia no terminaría nunca. Tina le entregó una copa con champán y alzó la suya para brindar por nada en particular. Tras beber dejaron las copas sobre la mesita. Tumbado en la cama, Raúl miraba el techo sumido en sus pensamientos cuando Tina sin previo aviso montó sobre sus caderas. Impaciente comenzó a moverse sinuosamente, dibujando un pequeño ocho. La erección se resistía por momentos. Su pene estaba más confundido que sus propios pensamientos. El aliento de Tina sobre su pecho derretía toda pasión. Ese no debía ser el final. De ser así, todo el peso de la culpa caería sobre él. Entonces, por suerte su miembro despertó, y ella satisfecha por haberlo logrado, aceleró el ritmo. Las camas mecidas al ritmo marcado por Tina hacían demasiado ruido. Intentaba ralentizar el movimiento de Tina, sujetarla con firmeza para reducir el ruido, cuando su mano derecha tropezó con las copas arrojándolas al suelo. Al incorporarse el somier se hundió y cayeron al suelo. Se miraron inmóviles. Tina contenía la risa, pero Raúl temía completar la premonición. De inmediato, unas luces asomaron desde la calle llenando el cuarto con una amarillenta franja de luz. Dos sombras sin rostro miraban desde el otro lado de la ventana indagando en el interior. Tina se reafirmó a la pared hecha un ovillo para protegerse de la luz, de nuevo afloraba en ella el pánico. Golpeaba la cabeza contra la pared sin dejar de lamentarse. Raúl la abrazó para tranquilizarla. Sin embargo, la persona aferrada al abrazo no era ella, no la sentía como a Tina. De nuevo parecía estar vacía.

—Eres mi alma gemela, pero, para que dos almas estén juntas tienen que estar en sus respectivos cuerpos —Raúl se detuvo, para prevenirse de una reacción colérica—. ¿Dónde está tu alma, Tina?

—No lo sé, no lo sé —murmuró con la mirada apagada, sin dejar de golpearse la cabeza contra la pared—. Tal vez divagando, perdida en un punto entre el cielo y el infierno.

—¿No tienes alma?

—Ya te lo he dicho.

—Yo he podido conocer tu alma, escondida a veces tras un telón oscuro. ¿Por qué? Quiero saber la verdad. ¿Por qué?

—Vendí mi alma al diablo para vencer al desamor, y él me la cedió con una serie de condiciones, entre ellas no enamorarme. Cada vez que el amor

limpiaba mi alma, el infierno la volvía a ensuciar.

—¿Quién te busca ahí afuera? —dijo Raúl de pronto descubierto por el haz de luz— ¿Qué son esas sombras? ¿Qué buscan?

—¡Me han encontrado! —apartó a Raúl de un empujón y se puso en pie para no ser alcanzada por la luz— ¡Ya no recuperaré mi alma! ¡Todo ha sido culpa tuya!

—¿Qué quieres decir?

—¡Tú me trastocas! ¡Déjame en paz! —Tina agachó la cabeza y se apresuró a correr hacia la salida.

—¡No te vayas! —gritó Raúl corriendo tras ella.

Afuera, la buscó en la amplitud de la playa. De soslayo, vio dos sombras desaparecer, alejándose ingravidas sobre la gran superficie del mar. A pocos metros, Tina se mojaba las piernas hundidas en la fría arena. Sigiloso, Raúl se acercó a su lado, hundió las rodillas en la arena y la contempló extasiado. Un hilo de sangre brotaba de su labio inferior. Raúl deslizó el dedo pulgar sobre el labio para limpiarlo.

—¿Te has mordido el labio?

Tina permanecía impassible a la pregunta. Su piel desnuda vestida por la luz de la luna, como si de un traje hecho a medida se tratase, fulguraba alimentando el deseo. La imagen era de tal belleza que ningún pintor, ni siquiera una fotografía podría capturarla, únicamente la retina de los ojos de Raúl. El deseo hacia ella crecía tanto que su corazón apenas podía soportarlo. Moría por abrazarla, aunque también creía morir si la abrazaba, pues podía resultar la escultura de dos cuerpos desnudos, imperecederos. El monumento póstumo de la fórmula del amor. La magia se manifestaba en los intermitentes destellos de su piel, aunque su mirada se esforzaba por extinguir toda luz. La pasión permanecía en modo de espera, perturbada por los latidos de ambos corazones. Y la ternura obligó a Raúl a volver a la habitación por algo de abrigo para combatir el frío. Al regreso a su lado, la abrigó, y despacio, tomó su cara con la mano para reencontrarse con su mirada.

—Tú has ganado la apuesta —dijo Tina con los ojos enfebrecidos—. Tú ganas.

—No, en el amor no hay apuesta que valga.

—Era mi última oportunidad para demostrarte que podíamos estar juntos.

—Podemos estar juntos.

—Todo tiene final —las lágrimas empañaban sus ojos, pero Tina hacía lo

imposible por no llorar—. Aprovecha la ocasión. No prolongues más la despedida.

—¿Y si me niego? —Raúl hundió los puños en la arena—. No quiero que esto termine. Tú tampoco quieres que esto termine.

—Raúl, no puedes aplazar la hora señalada. No me lo pongas más difícil.

—El final no está escrito.

—Ellos se han llevado mi alma —dijo ella con la mirada puesta en el mar—. Tú no mereces una persona sin alma, un envoltorio sin nada en su interior.

—Tal vez recuperes tu alma con mi ayuda.

—No querrás morir en el intento. Ahora es el momento de terminar.

Raúl enmudeció con la mirada puesta en la luna. En el fondo más inaccesible de su alma, encerrado bajo una única llave en propiedad de Tina, guardaba todo aquel sentimiento que había desechado, y ella, con esas palabras había abierto el cerrojo. En efecto ella tenía razón: era el momento oportuno para terminar. Tal vez no tenía sentido pelear por ese amor. De no ser el final, era sin lugar a duda uno de los finales de su historia, pues algo había muerto entre ellos. Una lágrima consiguió escapar de su contención y cayó en la arena dando paso a un incontrolado llanto. Abrazados, ambos lloraron hasta que no quedó gota alguna. No supieron cuánto tiempo transcurrió, pero sintieron vaciarse y librarse de una pesada carga.



Capítulo 20

POR desgracia, en el variopinto Puerto de Levante, los peores momentos eran expuestos a repetirse. Como antaño, podía subsistir aferrado al cristal toda la noche, hasta ser echado de menos o de más. Entonces, cuando menos lo esperaba, una remota visión se adhirió desde afuera con un rostro impregnado de sorpresa. La desaparecida Melania volvió a aparecer para su extrañeza como en la última noche, en el mismo lugar, enfundada en el mismo vestido violeta. ¿Acaso no había pasado el tiempo?

—No me he movido de aquí en dos años. —ironizó Raúl.

Ella entró con la propia arrogancia de siempre y se detuvo frente a él. Presentía volver a la misma escena cuando ella le imploraba el proclamado baile. En realidad, ahora añoraba ese momento, deseaba bailar con ella.

—¡Te he buscado por todos los pubs del puerto! —dijo Melania también irónica.

—Melania, me alegro mucho de verte. Me alegra verte como siempre. Por ti no ha pasado el tiempo. Estás increíble.

—Gracias —dijo confundida—. Tú no eres el Raúl que yo conozco.

Sumidos en el abrazo propio del reencuentro consideraron unos brazos debilitados por el paso del tiempo. Aunque quisieron rememorar aquel cariño, ya no era lo mismo. La sonrisa y la piel no eran la misma. Melania ocultaba algo. Una traza de cautela desfilaba entre ambos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Raúl.

—Bien, muy bien. ¡Salta a la vista! —dijo Melania dando un saltito que a Raúl le hizo sonreír—. Esperaba tu llamada, pero nunca haces lo esperado.

—Soy así, voy en contra de mi destino. Por eso hoy estoy aquí, para reanudarlo. Por cierto, según recuerdo teníamos un baile pendiente.

—Pues si es así, te invito a bailar. Esta vez no espero un no.

Apresurado, como quien quiere retomar algo inacabado, la llevó de la mano hacía la pista de baile. Entonces, asida con firmeza por la cintura la hizo

girar. Satisfecho pero incomodado por el recuerdo de Tina. Deseaba el cese inmediato de la música, pero por otro lado no quería dejar de bailar. Su cuerpo imploraba más baile, quería estar activo para no someterse al recuerdo de Tina. Al fin la canción llegó al final y concluyó el baile. Agradecía el baile a Melania cuando alguien le llamó por la espalda. Raúl frunció el cejo. La presencia de Pol no le interesaba demasiado.

—Tranquilos, ya he acabado de bailar —dijo Raúl al entender (a decir por el guiño recíproco de empatía entre Pol y Melania) que estaban juntos—. Tenía un baile pendiente que ha sido saldado.

—Uli, quédate con nosotros un rato si quieres. —dijo condescendiente.

—Tengo que irme, me esperan para otro baile —le estrechó la mano a Pol—. El baile del juicio final —tendió dos besos a Melania—. Cuídate, amiga. No te preocupes por nada.

Para no escuchar las explicaciones de Pol, Raúl se alejó entre la muchedumbre. No sabía qué explicaciones podía dar, pero las imaginó ubicadas en el pentagrama de la música latina. Fuera lo que fuese le traía sin cuidado. Lo único que quería ahora era correr, alejarse de todo lo que le recordara a su pasado, olvidarse de todo.

Cerca de la barra, lejos de sus amigos, predispuesto a saciar su angustia con el alcohol, levantó la mano. La camarera corrió a atenderlo con una sonrisa que delataba la alegría de volverle a ver. No recordaba su nombre, pero sí su rostro, su pelo recogido, su simpatía, sus ojos verdes, y sobre todo la noche que habló con ella acerca de la búsqueda del amor, cuando empezaba todo.

—Hola Raúl —le dijo ella—, ¿qué tal? ¿Un whisky con hielo?

No solamente recordaba su nombre, sino también lo que tomaba, por lo que además de una memoria portentosa, era significativo. Tras colmarle la copa, le entregó una papeleta con un número bajo el nombre de la discoteca.

—Gracias...

—Estela, ¿no recuerdas mi nombre?

—Ahora sí.

—¡Es un número para el sorteo de esta noche! —dijo Estela alborozada.

Raúl la miró impasible.

—¿No lo sabías? Un crucero por el Mediterráneo. Desde esta noche, cada sábado se realizará un sorteo hasta un total de cincuenta.

Raúl guardó el número en el bolsillo de su camisa negra. A decir verdad,

un crucero no era lo que su soledad requería en ese momento. ¿Con quién pasaría cinco días en un crucero? Sí, lo sabía: con su propia sombra. Tragó del supuesto el antídoto del desamor para ahogar las penas. Después reintegró una despreocupada sonrisa a la mirada expectante de Estela.

—No tengo pareja para ir al crucero.

—Si sale tu número, hazme un favor, ven a por mí. —le guiñó un ojo mientras se alejaba para atender a otra persona.

—Desde luego que sí. —dijo Raúl.

—¿Te encuentras bien? —le dijo Estela de vuelta a su lado.

—Al final vuelvo al principio de todo. Se recapitula la historia. Me siento como si presenciara el final de una efímera novela —dijo ensimismado—. Se pide a gritos el punto final, concluidas las letras se cierra el libro con un sugestivo sabor de boca —no se daba cuenta, pero su flemática voz no hacía frente a la música, por lo cual Estela ya no podía escucharle.

—Para conocer el verdadero amor, deberás conocer primero *Desamor* —le extendió la tarjeta de San Luar— ¿Recuerdas?

—Por supuesto.

—Te invito a otro whisky con hielo.

Mientras Estela se alejaba al estante de las bebidas consideró todo el rollo del final como una mentira. No sería un buen final sin saber de Tina. Era ella el papel más importante de su historia, no lo descuidaría de esa manera. Necesitaba saber de ella para colocarla sobre el justo pedestal. Necesitaba cruzar con ella la mirada definitiva, la última mirada. Tal vez, de esa forma diera por concluida su historia de amor.

Estela regresó con otra copa de whisky. De nuevo otra papeleta para el sorteo y un nuevo deseo de suerte. Anotó en su tarjeta el precio de la consumición y cuando se la entregó se detuvo en su mirada. En su inexplorada mirada brillaba una ligera preocupación.

—¿Encontraste el amor verdadero?

Una sonrisa amarga cruzó el rostro de Raúl por respuesta.

—¿Acaso existe?

—No lo sé. Pero, tú querías encontrarlo...

—Cierto, quería encontrarlo.

—Por tu forma de hablar, no solo creo que lo has encontrado, sino que también lo has perdido.

Con pesadumbre asintió con la cabeza. Hablar del amor rasgaba sus

cicatrices recién selladas. Tal vez necesitaba más alcohol para sellarlas. En tal caso bebió de la copa. De súbito, sus ojos se asieron a una repentina imagen. Como aquella primera noche, de una forma inadvertida, el corazón volteado heló sangre paralizándolo un gesto de confusión. Como era de esperar, el destino también la trajo para arrebatarse la calma aún inerte. Tina cruzaba la entrada tan radiante cual añorada visión. Aparecía enfundada en unos pantalones negros de piel y un jersey gris de cuello vuelto. Se acercaba en su dirección, con la miope mirada alzada sobre la multitud en busca de alguien sobre la barra. Se detuvo en la esquina presuntuosa de su reaparición. Entonces agitó la mano aderezada por una de sus mejores sonrisas. ¿Se dirigía a él? A decir verdad, su falta de vista le hacía dudar si ese saludo era para él pues iba encauzado en su misma dirección.

Raúl conceptuó la gente a su alrededor. A su lado dos mujeres exuberantes mantenían una apasionante conversación con un hombre de mediana edad; otra bailaba apoyada en la barra con suma indiferencia; el quinto individuo bebía girado hacia la pista de baile, muy encerrado en su atractivo como para ver a alguien; y, por último, en la esquina, justo frente a ella, el sexto dibujaba una moderada sonrisa cual reprimió enseguida cruzado de brazos. ¡Ese era!

Un repentino hormigueo irrumpió en su cabeza. Tina, seguida por Rosa, Viviana, Asunta, desfilaron a pocos centímetros de su posición sin volver siquiera la cabeza, sin mostrar alterada alguna fracción de su cara, demasiado concentradas en el destino para perder un segundo en un saludo. Una vez en el final de la barra, se detuvieron. En efecto, Tina saltó a los brazos del sexto sospechoso. ¡Estaba con él! El hormigueo se desvaneció y el corazón volvió a dar otro vuelco. Una por una, tras el protocolo de los dos besos en la cara al nuevo candidato, abrieron hueco a Tina, quien volvió a asediarlo en un fuerte abrazo. Parecía una estrecha amistad, pero su acción desveló otra cosa: aferrada a su cuello le tendió un beso en la boca. ¡Todo estaba perdido!

Mientras intentaba reconstruirse, jugó a desmenuzar el físico del desconocido: no era alguien del otro mundo, aunque lo peor era la espantosa camisa amarilla, además de su carácter apaciguado, su pelo corto rizado... Pero, por todos los santos. ¡Ella estaba con otro! ¡Quién quisiera que fuese le traía sin cuidado! Colmado de angustia una gota se desbordó por la comisura de su mirada. Entonces, en arrebatado de celos, con los ojos borrachos de cólera, fue hacia ella como un diablo dispuesto a cruzar el infierno. Apartaba la gente a empujones dispuesto a acabar de una vez por todas con la esperanza

sin perder de vista la pareja cual seguía abrazada. Hundió el índice en la espalda de Tina que enseguida se giró. Totalmente trastocada por su presencia, sus ojos le acusaban de algo incierto.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Raúl— ¿No te alegras de verme?

Raúl esperaba de brazos cruzados una reacción cualquiera, sin embargo, no hubo otra reacción que la inmovilidad propia del espanto. Permanecieron inmóviles, varados al suelo a cinco centímetros de distancia sin saber qué decir. Batían un duelo con miradas de una eterna nostalgia empañada por una frustración. Como antaño, el mundo se cernía a ellos dos, ambos rehusaban cuanto les rodeaba.

Raúl incrustó en ella todo el dolor cuanto llevaba adentro, le arrojaba los desperfectos acumulados en año y medio de relación. Por un momento creyó haberla hecho partícipe. Enseguida, sus ojos se impregnaron de desconfianza y se tornó esquivia.

—¿Tan pronto me has olvidado?

Tina apenas movió un gesto. Continuaban inculcados en el duelo sin siquiera pestañear.

—No lo puedo creer —dijo Raúl—. ¿Ese de ahí es tu novio?

El susodicho se acercó sigiloso.

—Es un amigo —dijo Tina con una voz atenuada—. Es un amigo de todas nosotras... tan solo es un amigo.

—Claro, debe ser un buen amigo, demasiado... Creo tener el derecho de saber si estás con otro. ¿No te parece? Aunque si no me lo quieres decir no me importa. Ya no me importa nada.

—Es un amigo. —repitió con la cabeza agachada, delatando la mentira.

—Hace tiempo que lo veo merodeando a tu alrededor.

—Eres tan... susceptible.

Raúl la apartó a un lado. Tan pronto dio un paso se topó con los oscuros ojos de aquel tipo que enseguida cedieron a los suyos arrepentido. Raúl le inculcaba una pizca de envidia, sin embargo, una sensación de lástima se antepuso de inmediato. Aquel nuevo personaje no sabía nada de nada. Era alguien quien emprendía el camino hacia una relación, desconocedor de las piedras colocadas en su camino. Sentía lástima por él. Sentía una lástima colmada de agradecimiento, salpicada por una pizca de envidia. Tal vez por temor a ser golpeado, el tipo retrocedía, hasta que Raúl le tendió la mano con simulada conformidad.

—Enhorabuena. —le dijo Raúl.

Tina y él quedaron boquiabiertos.

—¿Qué pretendes? —soltó arrebatada— ¡No quiero verte en tu puta vida!
¡Estuve a punto de recuperar mi alma y la perdí por tu culpa!

—¿Y con ese tipo no te hace falta el alma?

—¡Lo perdí todo por tu culpa! —le empujó por los hombros hacia atrás—
¡Maldito seas!

—No digas estupideces.

—¿Cuándo vas a entender que lo nuestro terminó?

—Lo tengo asumido.

—¡Qué me dices de los repetidos mensajes anónimos al móvil! —le empujó de nuevo— ¿Me sigues la pista y me llamas puta? —volvió a empujarle— ¿Me quieres volver loca acaso?

Le volvió a empujar. Raúl permanecía absorto ante tal reacción.

—¡Me quieres volver loca! —seguía empujándole— ¡Me quieres volver loca!

—No sé de qué me estás hablando —Raúl tropezó con alguien a su espalda—. ¡Yo no he enviado ningún mensaje anónimo!

—Entonces —se cruzó de brazos—, es tu amigo Pol, ¿verdad?

—Te lo prometo, no tengo ni idea. Además, Pol no tiene tu número.

—Entonces no es nadie, ¿no? ¡Aparta de mi camino! —le empujó hacia atrás—. ¡Me trastocas!

Raúl la sujetó del brazo cuando emprendía la huida. Ella le miró despreciativa.

—¡Un momento! —Raúl se aproximó a su oído lo suficiente para que escuchase la siguiente palabra—. Adiós. —le tendió un beso en cada mejilla.

—¿Ves cómo me trastocas? —de un empujón lo apartó a un lado—. Me trastocas, me trastocas... —no dejaba de repetir mientras se abría camino entre la muchedumbre seguida de su pareja.

Así como de su vida, Tina desapareció de su vista, dejando un extenso surco. Una mueca de desconsuelo invadía el rostro de Raúl. Tenía gracia, entre la masiva aglomeración estaba completamente en soledad. Oprimido entre varios centenares de personas divagaba entre la música, la razón, los celos, la sinrazón, el desacuerdo, la furia, el perdón, el olvido... sentía desvanecerse las dudas y crecer la certeza del engaño.

Su ámbito se cernía a un metro cuadrado en torno a él. A su alrededor veía cuerpos descontrolados; notas repetitivas; provocadoras luces; simuladas pasiones; falsas propuestas de amistad; despotismo para bailar; risas forzadas por reír y para hacer reír. ¡Todo y nada a la vez! El todo y la nada había sido su historia de no sabía cuántas páginas.

Decidió acercarse a la barra antes de que sus piernas se desplomaran para pedir otro whisky con hielo. Necesitaba encubrir su conciencia para terminar de anesthesiarse de una vez. Si sobrellevaba la carga del desamor, sus piernas debían de concederle el favor de acercarle hasta Estela. Creía que Estela no escuchaba su inapreciable voz, pero enseguida se acercó con la botella y le sirvió la ansiada copa. Marcó en su tarjeta otra consumición y tras guiñarle un ojo le entregó otra papeleta para el sorteo.

Inundadas sus entrañas, el alcohol sofocaba su angustia cual arrollador río. Percibía un efecto de anestesia local en el pecho que ascendía hasta su aturdida cabeza. Si bien eso era bueno, el corazón ahora apenas lo creía latir en su caja torácica. Los pilares de sus sentimientos habían sido sacudidos, sin embargo, se mantenía en pie, aunque con la cabeza fuera de lugar. La desconcertante situación ya no le afectaba en absoluto, ya no podía con él porque ahora todo le traía sin cuidado. Las lágrimas intentaban brotar, pero se detenían ante una exigua presilla. Lo único que sabía era que no volvería a llorar por ella, porque no merecía una gota de su llanto. Se sentía tan aturdido que remiso dejó caer la cabeza sobre la barra.

Nadie se daba cuenta de su deplorable estado, nadie se percataba de que rozaba la desesperación. Todo permanecía en el mismo sitio y su cabeza sobre la barra. Pensó estamparse contra barra para ver si alguien se fijaba en los sesos esparcidos por doquier. Pero en realidad nadie se apiadaría de su persona porque a nadie le concernía su historia. Todos tenían una, o varias historias personales. Golpeó la cabeza contra en la barra. A nadie le dolía su dolor. Debía liberar la memoria, no enclaustrarla entre cuatro paredes óseas. Debía olvidar tan pronto pudiese. Debía dejar de pensar en el dolor de su pecho, por lo que se golpeó de nuevo contra la barra. Esta vez más fuerte, para borrar los recuerdos a golpes. Quería sentir más dolor en su cabeza que en su corazón. Lo repitió reiteradas veces, cada vez más fuerte. Cuatro, cinco, seis...

—Te vas a hacer daño.

Al escuchar aquella voz de mujer se detuvo un instante. Quizá no estaba tan solo como pensaba, tal vez era importante para alguien. En realidad, le traía

sin cuidado quien quisiera que fuese, por lo tanto, eludió dichas palabras y prosiguió golpeándose contra la barra.

—Te vas a hacer daño. —insistía.

—Quizá ya me lo haya hecho —dijo entregado a su penitencia—. Por favor, ¿le importa?

Ella apoyó una mano sobre su hombro izquierdo.

—Sí, me importa. —insistió obligándole a que se girara.

Entonces la curiosidad venció a sus plegarias. Imaginaba no sorprenderse siquiera ante la presencia de un ángel. Y en efecto, lo era. El corazón despertó del profundo letargo y volvió a bombear llenándole de vida. Sin duda alguna, Estela podía ser un ángel; en sus ojos verdes halló un profundo cielo azul y una benévola sonrisa en su gesto. Enseguida compartieron una recíproca sonrisa.

—No sé, quizá ya no me duela.

—He pedido permiso para salir. —dijo Estela.

Raúl la examinó incrédulo. Fuera de la barra no parecía la misma. Se había soltado la cola de caballo, lucía unos pantalones vaqueros rojos y una camiseta blanca de tirantes, y curiosamente llevaba colgado un colmillo de piedra blanco.

—Es un colmillo muy bonito —dijo Raúl extrañado—. Me es muy familiar...

—Es mi talismán del amor.

—También fue el mío. —dijo Raúl al comprender que era el mismo colmillo que había llevado.

—Lo sé —frunció una pícaro sonrisa—. A los dos nos ha traído suerte.

—¿A qué llamas suerte? —apoyó su mano en la barra pues sus piernas perdían el equilibrio— ¿Qué es para ti la suerte? ¿Perderlo todo?

—No, eso no —de nuevo reaparecía la sonrisa concienzuda—. No ha perderlo todo, sino a reencontrarlo todo. A recobrar el sentido.

—¿Qué sentido tiene esto?

—Los dos hemos encontrado el amor.

¡Para broma ya estaba bien! ¡No le veía la gracia! Alzó la cabeza en busca de San Luar para obtener una explicación a aquella casualidad. No debía de estar muy lejos. ¡Maldito cobarde! ¿Dónde estaba escondido? ¿Desde dónde controlaba la perfección de su plan?

—¿Por qué te golpeabas contra la barra?

Una sonrisa amarga cruzó el rostro sonrojado de Raúl.

—Porque a nadie le importaba... la barra por supuesto.

Ambos rieron, cruzaron de nuevo las miradas sumidos en una extraña atracción. Raúl se esforzaba por recobrar algo de su mesura para aclarar sus pensamientos.

—A mí me importas tú —sus ojos le alumbraban saturados de alegría—. Por algo mi colmillo de Luna ha sido tu talismán.

—¿Qué quieres decir? —dijo Raúl desorientado— ¿Conoces a San Luar?

—En realidad él se prestó a ayudarme.

Raúl no daba crédito. Tal vez el alcohol o la música interceptaban aquellas palabras.

—¿Ayudarte?

—Para que pudieras escribir tu historia de amor. Yo conocía tu talento de escritor, del mismo modo que conocía tu falta de musa. Buscando una historia encontraste tu verdadera pasión...

—Escribir.

—Será todo un éxito. Mi colmillo de Luna te ha dado la suerte necesaria. Te aseguro que tu sueño está a un paso de cumplirse. Tu novela pronto será un éxito.

—Mi sueño...

—Sé mucho sobre ti, San Luar me tenía informada.

—Vaya... ¿Por qué tanto interés por un tipo tan estúpido como yo?

Estela encaró su mirada con la intención de añadir algo sin palabras. Pretendía que descifrara algo en sus ojos, no obstante, Raúl no podía, apenas hacía esfuerzos por no parecer tan borracho como lo estaba. Entonces Estela dijo:

—Obvio. Tú eres diferente a todos los demás. Mientras los demás se interesaban en el sexo, tú te interesabas en conocer el amor.

—¿Y tú? ¿Por qué te interesaste por mí?

—Porque en ti hallé el amor.

Casualmente la frase coincidió con el principio de una canción lenta. Su voz sonó con tal claridad que Raúl no podía eludirla. En efecto, ella estaba enamorada de él.



Capítulo 21

SIEMPRE había pensado que los momentos en los que una decisión ofrece la oportunidad de dar un giro a la historia, se presentaban una vez en la vida, y ahora el caso. Raúl evidenciaba la presencia de Tina a pocos metros, incrédula y disconforme; junto a la barra San Luar le guiñaba un ojo con una sonrisa embaucadora, satisfecho de su proeza; y entre sus brazos una nueva mujer le arrastraba hacia otro nuevo camino. Raúl se debatía entre estar quieto o echar a correr. Permanecer con los pies enraizados en el suelo, o dejarse llevar a ninguna parte en concreto. No sabía si era buena o mala elección, pero su cuerpo no hacía nada por regresar junto a Tina, y su mente permanecía exiliada en algún remoto pensamiento. Únicamente quería dejarse llevar de la mano más cercana, aquella que le ofrecía mayor seguridad: la de Estela. Siempre había eludido a las camareras, las consideraba fuera de su alcance precisamente por estar al alcance del público, y, sin embargo, ahora tenía una entre sus brazos. Ella siempre había estado a su lado, le había conducido por un camino cuyo final conducía hasta ella. Todo había sido obra suya y San Luar cómplice imprescindible, y él, cegado por la luz de algo llamado amor. Intentó dedicarle una sonrisa de agradecimiento a San Luar, lo buscó a su alrededor, pero ya había desaparecido.

Un nuevo sentimiento, certero y extraño, crecía a cada compás de la música lenta. Fundidos en el abrazo, imaginaban su mundo en la inmensa oscuridad mientras brotaban los sentidos. Raúl se moría por descubrir el sabor del cuerpo de Estela, moría por darle un beso. Una sensación sugestiva hacia el cuerpo opuesto los oprimía con mayor fuerza. El deseo de sucumbir en un beso se impuso ante ellos con tal vehemencia que prestaron atención a sus sentidos. Entonces, sumidos en el abrazo se besaron.

Tina se acercó para confirmarlo. Quien besaba a aquella chica con tanta pasión en mitad de la pista de baile, no debía ser él, pero en efecto, lo era.

¡Era Raúl! Los veía besarse. Sentía una enorme e incontrolada necesidad de llorar, no obstante, no podía: sus sentimientos se habían largado con su alma aquella noche vaciando su cuerpo. Llamaba en silencio a su alma para poder sentir celos, remordimientos, envidia, tristeza, furia. Había perdido lo que más quería por recuperar su alma y seguía vacía por dentro. ¡Quería su alma de regreso!

De repente incontables voces fueron ciñéndola de arriba a abajo. No era gente a su alrededor, sino algo invisible, las ondas sonoras de una palabra. Su cuerpo era sacudido por cientos de palabras que golpeaban su cuerpo. Prestaba atención para entender el mensaje, intentaba descifrar la palabra, pero el volumen de la música no se lo permitía. Las voces invisibles seguían acechando su cuerpo cada vez con mayor violencia. El susurro ascendió el volumen hasta convertirse en un múltiple grito.

—¡Elige!

Esa era la palabra. ¡Debía elegir! ¿Qué debía elegir? Preguntó en voz alta qué quería decir aquello, qué debía elegir.

—¡Elige tu alma o él!

Tina se llevó las manos a la cara tan fría como el hielo. Su mundo se mecía a pocos metros de Raúl entre dos opciones. Su cuerpo quería correr a su encuentro mientras su pensamiento deseaba recuperar el alma. Tal vez necesitaba una vida entera para elegir, entre tanto, las palabras le obligaban a precipitarse a responder. Su cuerpo comenzaba a debilitarse. ¡Debía elegir o las palabras terminarían por matarla a golpes ante la mirada expectante de la gente a su alrededor! Sí elegía a Raúl sería un cuerpo vacío, si por el contrario elegía a su alma, sería un alma anclada al recuerdo. Las palabras no daban tregua a sus pensamientos afilados cual cuchillos cortando su piel. Sentía como su cuerpo se empapaba de sangre.

—¡Elige o te mataremos aquí ante todos!

Quizá esa fuera la mejor opción: caer derrumbada en una aparente muerte natural e inexplicable. De repente su cuerpo se sublevó ante tal pensamiento, y sin su aprobación consiguió hacerla gritar:

—¡Mi alma! ¡Mi alma! ¡Mi alma!

La gente a su alrededor la miraba de forma despectiva, juzgándola como una loca. Pero a ella poco le importaba. Su cuerpo había elegido por ella.

—¡Mi alma! ¡Mi alma! ¡Mi alma!

Enseguida una sombra con forma humana penetró en su cuerpo inundando

sus entrañas. Su cuerpo se estremeció, por momentos perdía el equilibrio, su mente sintió una extraña sacudida. Una explosión de sentimientos paralizó su cuerpo. ¡Había recuperado su alma en el peor de los momentos! Observó su cuerpo comprobando que no tenía ninguna herida. Entonces, sus ojos se inundaron de repente de sucesivos recuerdos, buenos, malos, lejanos, cercanos, añorados, olvidados.

Permaneció llorando inerte, anclada en el mismo punto, mientras subsistía pasado líquido en su cuerpo. Lloró cuanto pudo llorar. Lloró hasta que la música lenta cedió el paso a la música movida. Entonces cedió el paso a su derrota, limpió sus lágrimas, y con la cabeza agachada totalmente abatida abandonó el local.

Raúl vio a Tina alejarse sin hacer nada, como quien deja a un acontecimiento caer en el foso del pasado. No sabía cuánto tiempo había estado observándole, tal vez lo suficiente para entender que él había elegido otra alternativa. La presencia de Tina parecía no haberle calado tan hondo como esperaba, pues sus heridas parecían estar cicatrizando a una velocidad de vértigo.

De pronto la música cesó dando paso a una voz que daba comienzo al sorteo del crucero. El disc-jockey procedió a llamar de entre el público a una mano inocente, pero en su defecto fue proclamada electa la primera chica en alcanzar la cabina. Aquel sorteo lo suponía amañado a favor de familiares del propietario, amigos, o incluso camareros. De ninguna manera subiría a bordo de ese crucero, por lo tanto, ni siquiera se molestó en comprobar sus papeletas. Al redoble del tambor la chica introdujo la mano en un saco con todos los números, extrajo uno al azar, e indicó el número de cuatro cifras ante una abrumadora expectación. Estela metió la mano en el bolsillo de su camisa, miró los números y gritó de alegría. Sus ojos debían de jugarle una mala pasada, pero, para su sorpresa el número dictado ganador se hallaba entre sus manos. ¡Había conseguido el viaje a Génova! Su cuerpo quedó suspendido en el aire distante de la realidad. Mantenía la papeleta ganadora con los ojos desorbitados. No lo creía cierto. Estela le abrazó dándole la enhorabuena. Apresurada lo guio de la mano abriendo una brecha entre la multitud hasta el estrado donde se encontraba el interlocutor que repetía por última vez el número.

La chica rebuscaba en la bolsa la siguiente papeleta hasta que el disc-jockey advirtió a los ganadores que alzaban los brazos entre la aglomeración.

Entre la expectación, Raúl se acercó al estrado con oídos sordos y le entregó la papeleta al disc-jockey, que tras verificarlo anunció a los ganadores.

—Señoras y señores: ¡tenemos a los primeros ganadores del crucero!

Enseguida la multitud desmenuzó las esperanzas. La gran mayoría rasgó las papeletas por la mitad lanzando al aire los añicos, otros se marchaban cabizbajos descontentos por el fallo del jurado. En tanto, mientras todo volvía a la normalidad, bajo la lluvia de papeles, Raúl y Estela se miraban sobrecogidos. Esto debía de ser un sueño. Apenas una hora atrás Raúl se sentía tan solo que mil personas no servían de compañía, sin embargo, ahora era el centro de atención. Ahora toda la multitud estorbaba; quería celebrar su suerte con Estela a solas, aunque aún no la conocía lo bastante.

Al instante el disc-jockey bajó de su cabina para recibirles dándole la enhorabuena.

—¡Seguirme, por favor!

Apresurado, les guio hasta la puerta de entrada donde había una vitrina de cristal. Contemplaron bajo el enunciado de «Crucero por Mediterráneo» las fotos de publicidad con imágenes de las instalaciones de abordo.

—Esperar un momento aquí —dijo el disc-jockey—, voy a avisar al fotógrafo, os va a hacer una fotografía para colocarla en el tablón para que todos puedan ver a los ganadores de esta noche. Podéis seguir mirando las fotografías y todo lo demás. Ya estaremos en contacto.

Raúl y Estela se miraron embelesados mientras el disc-jockey regresaba a su cabina. Aquella repentina fortuna había sacudido la más enraizada parsimonia. No servía explicación alguna, pero así era, un nuevo motivo para pensar que el destino no estaba escrito.

Se separó un instante de los brazos de Estela. En sus ojos entrevía un sentimiento de compresión aún sin conocer su dolor. Tal vez el implacable cauce del río del desamor lo llevara a esa orilla, pues si así era, deseó con todas sus fuerzas, más que nunca, poner el punto final a aquella historia cual se hubo empeinado en darle comienzo.

Entonces, Estela, dispuesta a sacarlo de dudas, lo sujetó por la nuca y le entregó el más magnífico de los besos. Se disiparon las dudas bajo el resuello de la pasión. Prolongaron el beso hasta que se desplazaron a otro sitio donde no existía aquel extremado bullicio. Aferrados el uno al otro, con los brazos pasados por la espalda cual cinturón de seguridad desataron un viaje hacia otra nueva relación.

Raúl advertía la urgencia de sacarla de allí, de respirar la requerida calma. Pero cuando se encaminaba hacia la salida, de soslayo vislumbró una fotografía en la vitrina donde se mencionaba el crucero. Sorprendido se acercó para cerciorarse. En efecto, eran ellos dos, momentos atrás. Finalmente, la foto había sido tomada cuando se besaban abrazados.

«La mejor imagen del partido», pensó Raúl con ironía.

A decir verdad, salían favorecidos, tanto, que cualquiera que ojease aquel retrato juzgaría aquella imagen, además de la de los ganadores del sorteo, como la escena final de una historia de amor.

Afuera, la lluvia azotaba el asfalto, salpicaba el embriagado entorno de un sábado por la noche. El sorpresivo temporal, bajo la repisa donde figuraba el rótulo de la discoteca, mantenía cobijados a docenas de personas, entre ellas Tina, que lloraba desconsolada abrazada a su última conquista. Al sentir el gélido hálito de la noche se aferró a él con más fuerza a la espera de que aminorase el chapoteo. Pensaba en el motivo de su llanto, y en quien lo hacía, ya que por un momento confundió la inminente lluvia con sus lágrimas. De ningún modo debían de ser tuyas, no se lo permitiría. Era consciente del posible error de estar en otros brazos, por lo que debía sobrellevarlo sin derramar una sola lágrima. Al fin y al cabo, esa había sido su elección. De súbito una brisa helada espoleó todo su cuerpo. La imagen de Raúl con aquella chica se clavó más hondo si cabía. Por momentos se sentía desinflar. Se abrazó aún más fuerte a los brazos de su amigo, para sentirse protegida antes de vaciarse por completo.

Él la consoló, acarició su nuca, besó con sutileza su cuello y de paso le regaló palabras benévolas. Le dijo todo aquello que necesitaba oír. Ella se separó unos centímetros de su regazo para mirarle, y como había aprendido de Raúl, atravesó el marrón de sus ojos para hurgar en el fondo de su intencionada mirada. Buscó con todas sus fuerzas en el trasfondo, pero esta vez no distinguió nada. No encontraba otra cosa salvo una indeleble mancha oscura pintada sobre una blanca esfera. No encontró ni un reflejo de efecto cualquiera. Tal vez era la oscuridad de la noche la que le impedía llegar más allá de la mirada. No obstante, aún sin encontrar aquello cuanto buscaba, quiso creer sus audibles palabras, por lo que buscó con su oído aquella dulce voz cuyas palabras la colmaron de un conformado consuelo. Y siguió

escuchando.

Raúl y Estela respiraron la húmeda brisa albergada en la calle. Quizá sin la premisa condición de hallar de nuevo la magia, la ternura, o la pasión; con la duda de la certeza del amor verdadero dado por perdido; con un inmenso frío en la trastienda del corazón; o quizá cargando con la agri dulce condena del eterno sentimiento del pudo ser y no fue, Raúl sacó el colgante con el colmillo del viejo San Luar de Estela, y sin pensarlo un segundo lo lanzó tan lejos cuanto pudo. El colmillo sobrevoló las cabezas de la entrada y cruzó la leve llovizna hasta hundirse en un ovalado charco a unos metros.

Elevó a Estela por la cintura. Cuando todas las miradas recayeron sobre ellos, absolutamente todas, incluidas la del diablillo que había habitado en su colmillo y su supuesto nuevo pretendiente; surcó deliberadamente con el dedo en el vaho del cristal.

De una vez por todas.

Fin

«Habría sido un admirable final», pensaba Raúl ensimismado mientras cerraba con orgullo el libro cuyo título era *la fórmula del amor*. Hubiera dejado la palabra *Fin* esculpida sobre cemento. Dicha palabra, después de aquella noche, ya no figuraba en el cristal, solamente en su libro, donde debía permanecer. El reencuentro con Tina había vuelto a sacudir su esperanza, y la lectura había servido para revalorar lo vivido. En efecto, todo debía seguir su camino de la mano del destino. Se levantó despacio del suelo. Apenas fueron un par de horas, pero parecía haber pasado un año sentado. Sus piernas se habían dormido, inmerso en la lectura de su propia novela.

Ella no había acudido a la cita porque ya no estaba interesada en absoluto. Había reconstruido su vida junto a otra persona. Tal vez, al igual que él, rodaba el anillo de casado de su dedo anular con el pensamiento puesto en aquella relación que pudo cambiar el rumbo de ambas vidas, o que en su defecto consiguió cambiar el futuro.

De todos modos, acudiera o no a Sefarad, ya era tarde, la decisión estaba tomada. Estaba casado. En su despedida de soltero había dejado escapar la oportunidad, la llamó una vez casado, posiblemente porque se sentía más seguro para no caer en la tentación. Desde luego se sentía más seguro para pasar de una vez página.

En tal caso, esta vez sin escribir nada en el cristal, dejó la novela sobre el alfeizar de la ventana por si ella acudía a la cita con retraso, dio media vuelta y se alejó cabizbajo con las manos en los bolsillos, con el pensamiento aparcado en el tiempo presente. En el fondo deseaba que ella acudiera para que pudiera leer el libro. Pero nunca imaginaría que ella no llegaría a leerlo, pues, mientras se alejaba, tras él, el libro fue prendido en llamas de forma instantánea. Una fuerza extraña terminó por convertirlo en cenizas en pocos segundos. No quedó ni rastro de *la fórmula del amor*, el aire se encargó de esparcir por el mundo la ceniza de todos y cada uno de los ejemplares de la novela, estuvieran donde estuvieran. Raúl no tardaría en darse cuenta de que su obra ya no figuraba en ninguna librería, ni en ningún otro lugar. ¡Había desaparecido la prueba de existencia en toda la faz de la tierra! No quedaba constancia en forma alguna de que la historia hubiera tenido lugar. Nunca nadie recordaría la existencia de dicha novela.

¡Todo quedaba reducido a ceniza!

Ni siquiera Raúl encontraría jamás una fotografía de ella, pues en todo el

tiempo había conseguido arrebatarse una instantánea. Únicamente, permanecería intacto todo aquello encerrado en su memoria en forma de recuerdos.

Aún así, el destino, tan imprevisible y volátil como de costumbre, ofrecería una segunda oportunidad. Y una mota de brasa viva escondida entre la ceniza sería suficiente para prender la chispa necesaria para brindar a Raúl el comienzo del verdadero éxito en su carrera de escritor.

Entre tanto, paseó evadido de aquel suceso, inmerso en su vida, dejando atrás todo lo que tenía que ver con Tina. Las calles recobraban a su paso el mismo color. Los sonidos de murmullos ya no tenían ningún otro sentido. El aroma a su alrededor ya no era dulce ni tenebroso, únicamente el de una ciudad cualquiera al anochecer. Todo había vuelto a la normalidad.

Había quedado para cenar con Estela. En dos años con ella no había discutido una sola vez; no le había rechazado ningún regalo; no le había privado de conocer a su familia, sino todo lo contrario. Con ella sentía ir en el justo cauce de su destino, no a contracorriente. La vida seguía un curso cual nada lograba desviar. El anillo de casado en su dedo ratificaba su felicidad, y nada podía empañarla.

Al cruzar por *Desamor*, recordó la dichosa sentencia escrita con su propia sangre. Si había funcionado o no, poco importaba. Él había cumplido con su cometido de estamparla en la pared para poder olvidarse de ella. Desde fuera apenas reconocía el texto, sin embargo, no necesitaba leerlo, pues además de en dichas paredes, permanecía escrito en el doble muro de sus recuerdos.

Miró hacia dentro y una última vez leyó:

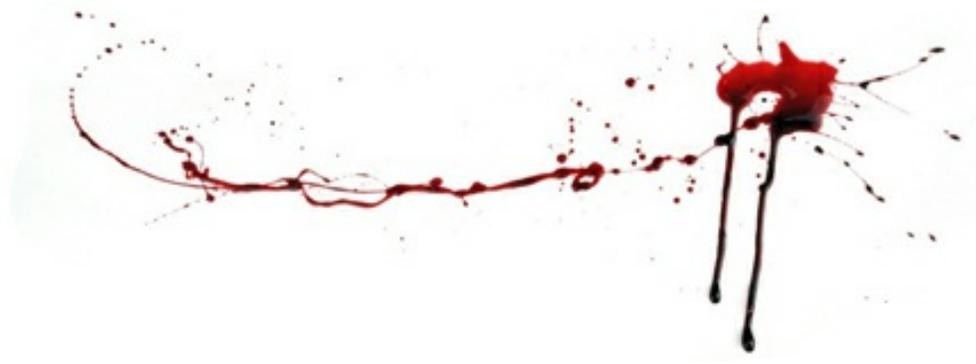
*Me ha vuelto a doler su ausencia,
sacudía la desesperación del olvido.
Desde ahora proclamo con urgencia; a todos mis sentidos:
acudan a mi santo juicio, se va a dictar sentencia.
Tendrá lugar donde pasean mis sombrías alimañas,
en el desfiladero que causó su torpe despedida,
como tantas otras veces, provocando vacíos en mis entrañas,
tan profundos, que siento vértigo al borde del abismo.
Mi abismo, mi telaraña.
El corazón acometido no complacerá con su presencia,
apenas puede latir, sin despojar sentimientos;
sin enviar coordenadas de amor al cerebro para que
las convierta en poesías,
sin sangrar en cada intento por sacarla del pasado, de mi fantasía.
Cada recuerdo será testigo,
cada beso, caricia, o abrazo: justificante.
Cada lágrima que fue derramada deberá brotar de nuevo,
formará parte del caudal de mi angustia,
volverá a recorrer el desavenido sendero.
El sendero que recorrimos juntos; ella y yo.
A veces juntos, a veces solos.
A veces sentados en el camino cogiendo flores,
otras enfrentados guardando rencores,
A veces perdidos,
A veces yo moría porque ella ya se había ido.*

*¡Señoría, se había ido!
Siempre me había escondido;
de sus pobres padres, de sus amigos.
Tanto más se alejaba más se alegraba de su suerte;
de marcharse y volver, sin pensar cuánto daño pudiera hacer,
bendita sea, que me mató sin darse cuenta,
olvidando que el amor formaba parte de dos,
téngase en cuenta que no solo era cosa de ella.
Deduzco que la odio.*

*La odio y la amo,
la añoro y la extraño.
La envidio y me compadezco de ella,
La espero y la engaño.
Pero ahora me estorba, me molesta en la memoria,
debo arrancarla de donde nunca debía haber anidado,
devolverla al pasado, a su disfraz de inocencia,
Donde el amor fue regalo de su luminosa inconsciencia.*

*La sentencia es, pues, el olvido y el perdón, el consuelo de otra
ofrenda.
Señor santo juicio:
¡Se cierra la sesión!*

Aquí concluye



La

fórmula del amor